
Cuando la nieve cubra el prado
ROCÍO GALLEGO

Cuandola nievecubra el prado

ROCÍO GALLEGO

ISBN: 9798385626991
Sello: Independently published

Título: Cuando la nieve cubra el prado

Maquetación: Sandra García (@correccionessandrag)

A mi padre,
que me enseñó a viajar con las letras.

Prólogo

¿Alguna vez os habéis sentido vacíos? Sin vida…

Como si vuestra existencia fuera un sinsentido desde que te levantas hasta que te acuestas.

Creo que todos en algún momento de nuestra existencia nos hemos sentido así de alguna manera. Yo, sin ir más lejos.

Siempre he temido a la soledad, pese a que no es tan mala como pensaba. En ese momento me aferré a él como a un salvavidas pensando que no estaría sola. Y sucedió todo lo contrario, pues me sentí aún más sola que nunca.

Un vacío en mi interior se había instalado cual agujero negro: «La nada». Como en *La historia interminable*, se apoderaba de mí de manera inexorable, sin yo hacer nada para impedirlo.

¿Por qué seguía con él?

Una pregunta sencilla, pero difícil de explicar. ¿Cómo podía revelar que tenía una atracción enfermiza hacia él?

Nadie podía llegar a comprender cómo me sentía a su lado.

Hay personas tóxicas que te atrapan en su núcleo de tal manera que es muy difícil salir. Te anulan como persona y pasas a ser un pelele dirigido por sus manos. Antes de que te puedas dar cuenta, ya te ha atrapado. Puedes impedirlo, pero miserablemente, una parte de ti se siente culpable ante esos pensamientos.

Contradictorio, ¿verdad? Ya os dije que sería complicado de entender. Espero que al término de este relato entendáis un poco más, por qué hice lo que hice. Cuando entras en esos círculos viciosos ya es muy difícil salir de ellos (no todo el mundo lo hace). Sientes que la culpabilidad te atrapa, acabas pidiendo perdón por todo y agachando la cabeza.

Esa mujer no era yo; tan solo era una sombra de lo que alguna vez fui. Mis padres para nada me educaron para ser un pelele, pero tomé la decisión más complicada de mi vida. Sé que ellos no estarían orgullosos de mí en ese momento. Sin embargo, nosotros somos la suma de nuestras decisiones.

Una voz en mi interior gritaba desesperada por salir. No la dejé, no quería escucharla. FUI UNA COBARDE, SÍ.

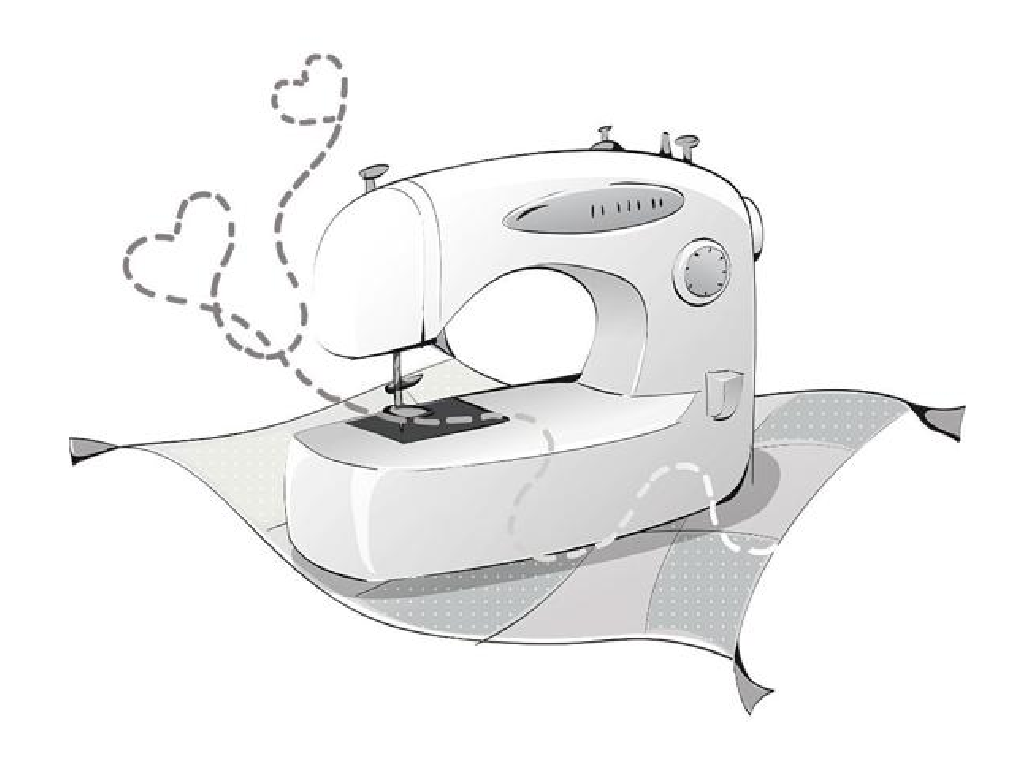
Me aferré a la ilusión de un amor que nunca existió; una quimera. Era como una droga, sabías que te hacía daño, pero no podías prescindir de ella. No quería salir de la burbuja que había creado a mi

alrededor. Nadie sabía cómo me sentía, dado que me había creado una máscara donde escondía muy bien mis sentimientos.

La verdad es que no hubiese soportado que me miraran con pena. Ya no podía dar marcha atrás, apechugaría con las consecuencias.

Seguiría con esa relación tóxica hasta el final… o ¿quizás no?

Te haré una sencilla pregunta y me gustaría que la respondieras al final del libro: ¿Qué preferirías, estar sola o sentirte sola? Parece lo mismo, pero no te engañes. Son dos conceptos muy diferentes y yo lo averigüé demasiado tarde.



1. La boda

Estoy frente al espejo y observo mi traje de novia. Es hermoso. No es blanco. ¿Para qué? Ya no me importa. Siento que mi vida se ha convertido en una mentira. Una mentira muy gorda de la que ahora me es difícil salir.

Nunca he querido casarme de blanco (no creo en las supersticiones). Aunque ahora que lo pienso… tiene un suave color albero, y está hecho entero de chantilly (lo que viene siendo encaje de toda la vida. No sé por qué la dependienta de la tienda se empeñó en nombrar el encaje de esa manera). Lo que más me gusta son las mangas acampanadas, como los trajes de los elfos de la película *El señor de los anillos*. Sí, soy una friki y me encanta, no lo voy a negar.

Tiene una pequeña cola, puesto que no quería que fuera muy grande, me tropiezo bastante y sé que acabaría en el suelo (mis pies de pato hacen que me caiga más veces de las que puedo contar y hoy me niego a hacer el ridículo más de lo que lo hago cada día). No me gustaría ser el centro de atención. Al menos, no de esa manera. Sobre todo, el día de mi boda.

Mi maquillaje es sencillo. Unos tonos tierra resaltan mis ojos color verde con unos reflejos miel. Por su parte, mi pelo castaño está recogido en un moño bajo con algún que otro pelo suelto dándole un toque de elegancia a la par que juvenil. En él he puesto unas flores pequeñas hechas artesanalmente de una pasta que, la verdad, no sabría ponerle nombre. No son muy llamativas, pero me gusta como quedan en mi pelo.

Sólo puedo pensar en: «¿qué estoy haciendo? ¿De verdad esto es lo que quiero? ¿Todas las novias tienen este dilema antes de casarse? ¿Los nervios del cambio a una nueva vida?».

No sé si después de tantos años juntos me caso por comodidad o porque quiero de verdad estar con él. Me he amoldado a sus necesidades, a su vida.

«Sí claro, ahora se llaman nervios, no te jode. Los nervios no te ponen los cuernos». Mi cabeza me juega una mala pasada. Empieza a gritarme lo que yo ya sé, pero intento eludir. No hace falta que me lo recuerde.

Mis pensamientos se dispersan evocándome al pasado, cuando no me sentía así y donde mis padres aún estaban conmigo. Esa época en la que no estaba sola, pues ellos me arropaban, me querían.

¿Hubieran aprobado esta decisión? No lo creo, pero me hubieran apoyado.

¿Lo hago por no estar sola? Seguramente.

¿Me estaré precipitando? Quién sabe. Algo dentro de mí me grita que no continúe, que aún no es tarde. Pero no quiero escuchar nada. Tan solo quiero que este día acabe lo antes posible.

El sonido de la puerta al abrirse interrumpe mis pensamientos. Es Cloe, que con su sonrisa ilumina la estancia. ¿Por qué no puedo ser como ella?, tan risueña, tan alegre y sin problemas de ningún tipo.

«Antes eras así, no te confundas. Has cambiado por él», razona una parte de mí, que me sigue atormentando.

En un tiempo no muy lejano yo también sonreía, era completamente feliz. Sin miedo a nada. ¿Qué me ha ocurrido? ¿Cuándo cambié y pasé a ser una persona gris sin vida en la mirada?

—Vamos nena, ¡que te están esperando!

—¿Estoy bien? ¿No te parece que voy demasiado recargada? —Le pregunto a Cloe.

Me siguen asaltando las dudas. Nunca he sabido valorarme como mujer, aunque todas mis amigas dicen que soy una mujer guapísima yo sigo sin creérmelo. Yo creo que me sobrevaloran.

—¿Tú te has mirado al espejo? ¡Si no se puede ser más guapa! —Me encanta su alegría, la manera de decir las cosas. Me hace sentir más segura de mí misma. Será por ese acento de Jaén que tanto la caracteriza, que me hace sonreír, incluso cuando no tengo ganas.

—Vamos nena, ¡que te están esperando!

—¿Estoy bien? ¿No te parece que voy demasiado recargada? —Le pregunto a Cloe.

Me siguen asaltando las dudas. Nunca he sabido valorarme como mujer, aunque todas mis amigas dicen que soy una mujer guapísima yo sigo sin creérmelo. Creo que me sobrevaloran.

—Si tú lo dices… será cierto. Vamos, que me está esperando, ¿no?

—Pues claro que lo es. Hay que darse prisa o llegarás tarde.

—¿La novia no debe llegar un poco tarde? —Son tradiciones absurdas, pero no me apetece llegar al altar. Es más, por poner una excusa.

—Claro que sí, tú hazte de rogar. Déjalo que sufra un poquito. Anda, vamos que las chicas nos esperan y esas sí que no tienen paciencia.

Él será mi futuro marido, llevamos cuatro años de novios. Cuatro años de altibajos, días buenos y días malos. Como en todas las parejas, ¿no? Aunque últimamente tenemos más días malos que buenos.

¿Por eso nos casamos? No sé si será la solución a nuestros problemas, solo sé que quiero que esto salga bien, que no quiero decepcionarlo. Nunca me lo perdonaría.

«Le tienes miedo Carlota, no te escondas». Mi voz interior me recuerda que todo esto es una completa locura. La ignoro.

Nos encaminamos hacia la salida y siento como mi pecho me comprime el corazón. Tengo miedo y no sé por qué. O tal vez no quiero saber por qué. ¿Me estaré precipitando?

Otra vez me asalta la misma pregunta, esa que lleva días rondándome. Si él piensa que esta boda solucionará nuestros problemas, pues lo haré. No voy a defraudarlo, aunque por dentro esté muerta de miedo por lo que pueda pasar después.

Las vecinas se arremolinan en la entrada para verme salir. Las adoro (ellas me vieron crecer y convertirme en la mujer que soy). Son unas mujeres estupendas y jamás podré pagarles lo que han hecho por mí en todos estos años.

Durante mucho tiempo han sido mi familia (junto con mis amigas). Me he sentido muy arropada en este gran día con todo el vecindario. Ellas se han encargado de limpiar la puerta y poner algunas macetas con flores: geranios, gitanillas y claveles adornan el pasillo de la salida; son un amor. Es una pena que no las haya podido invitar a todas. Me hubiera gustado que me acompañaran todos mis seres queridos, pero él no quería que a nuestro enlace asistiera mucha gente; lo que no entiendo por qué, va a acudir toda su familia. En cambio, yo, solo he podido invitar a mis amigas.

—Estás preciosa, mi niña. Tus padres estarían orgullosos de ti. —Gloria, mi vecina, me sonríe con una pequeña lágrima cayendo por

su mejilla.

—Gloria, ¡no llores! Harás llorar a nuestra niña en este día tan especial y no queremos que se estropee el maquillaje. ¿Verdad, cielo? —Antonia me mira con dulzura. Sé que me adora, tanto como yo a ella.

Mis amigas están en la puerta de la iglesia esperándome. Sabía que no me dejarían sola. Son mi refugio, mi pequeña familia.

—Joder chica, estás arrebatadoramente bella. —Candela me observa con los ojos muy abiertos, sé que lo que voy a hacer no lo aprueba, pero siempre me apoya. No lo soporta, pero no me juzga. Por mí, hace lo que sea y se lo agradezco.

—Vamos a darle espacio chicas, estáis bloqueando sus *chakras*. —África intenta que las demás no me presionen mucho, sabe que estoy de los nervios. Ella lo siente, pues siempre ha sido muy intuitiva. Aunque la verdad hoy se me nota hasta en la cara.

—Joder tía, que pesada eres con los *chakras*, desde que volviste del Tíbet te has vuelto una plasta.

—¿Podrías dejar de decir esa palabra tan soez, Candela? —Marta siempre está mediando entre las dos. Es la más sensata del grupo—. Bueno Carlota, creo que es la hora. Te están esperando dentro cariño.

—Sí. —Voy con paso seguro a pesar de que me tiemblan las piernas. Mis chicas me acompañan. No estoy sola.

Llegó la hora. Ya no me puedo echar atrás. ¿O sí?

«¡Corre! Carlota no te quedes con él, aún no es tarde para nosotras. ¡Huyamos a una isla paradisíaca donde nos sobren tíos para elegir!». Mi cabeza no para un segundo.

Entro en la iglesia con paso firme, aunque no muy decidido. Junto a mí tengo a Marta. Su manera de llevar la vida me reconforta. Me tendría que haber llevado al altar mi padre, pero, como ya he dicho antes, solo están ellas. Marta es la más segura de todas; nuestra templanza, la que siempre nos guía. Nuestro faro. También me gustaría tener la confianza que tiene ella. Cada una de mis amigas tiene una cualidad que las hace especiales. Yo, en cambio, no tengo nada. Aunque dicen que soy la más especial de todas nosotras, creo que lo hacen para que me sienta bien.

«Somos especiales. Tú ahora no lo ves, pero algún día lo harás», me recuerda mi conciencia.

Mientras camino hacia mi futuro incierto, veo como su familia me observa. Me juzgan, lo sé. Nunca les caí muy bien.

La iglesia es pequeña y las bancas donde se sientan los invitados están alineadas frente al altar dejando un pasillo que han decorado con mucho mimo con una alfombra en color granate y unas pequeñas flores blancas; *siemprevivas* si no recuerdo mal, al final de cada banqueta. La imagen que hay frente a mí es de un cristo crucificado.

Su rostro ladeado hacia la izquierda y la profunda tristeza que emana de la imagen me recuerdan que esto no es lo que yo quería. Solo deseaba una ceremonia en los juzgados. Una donde no esté la figura de Dios, esa religión que rechacé hace años y que él y su familia abraza con fervor.

Y ahí está él, junto al cura, esperándome. Su mirada fría como el hielo y un rictus serio. Parece como si no quisiera hacer esto, pero él fue quien lo propuso. Esto fue decisión suya.

Su traje es de un color plata brillante, demasiado brillante para mi gusto (a él sí que le gusta llamar la atención). La corbata me gusta. En rosa, como mi ramo de rosas (la de la floristería me dijo que eran rosas del Ecuador. Ni idea. Como si son de Chiclana, ¿qué más da?). Es algo que pude elegir, ya que él lo decidió casi todo de esta boda, así como nuestro futuro juntos.

No sonríe, sólo me mira. ¿Qué estará pensando? ¿También creerá que es un tremendo error?

«¡No lo hagas, Carlota! Aún estamos a tiempo», esa vocecilla vuelve a salir, suplicándome que detenga esta locura y después de tragar saliva, repito la misma operación. La ignoro.

Es solo un poco más alto que yo. Es por eso por lo que mis tacones no son muy altos para no sobrepasarlo (él no querría eso). Desde que estoy con él no he vuelto a usar tacones altos y me encantaban. Me gustaba cómo me hacían sentir: segura de mí misma. Una mujer fuerte y sensual.

¿Cómo he llegado a este punto en el que todo me da igual? Buena pregunta, dado que yo nunca fui así.

Su mirada es profunda y a veces tenebrosa; pero tiene momentos en los que también es tierna, aunque cada vez menos. Su pelo rubio y rizado cae en su rostro haciendo que parezca aún más joven. No es que sea muy guapo, la verdad, pero nunca me he fijado en el físico de una persona. Es extremadamente delgado al igual que toda su familia. Mis prominentes curvas hacen que junto a él parezca que estoy mucho más gorda. No es así, pero, para ellos, tengo sobrepeso.

A mí nunca me importaron los kilos, así que me da igual que me miren mal. La verdad es que no sé qué vio en mí si le gustan las mujeres con la cara más aniñada y las curvas menos pronunciadas.

Miro hacia los primeros bancos, donde los niños que llevan los anillos y las arras empiezan a pelearse. Su sobrino, que es el que lleva los anillos, es un torbellino. Al final la madre del niño decide poner fin a la pelea que tienen los pequeños. Por unos segundos pienso, que hubiera sido genial que siguieran peleándose y así poder postergar esta boda sin sentido.

Su madre me observa con recelo. Me mira con soberbia, pero he aprendido a pasar de ella. Ya no me duele su indiferencia y sus malos

modos. Ella piensa que su hijo se merece algo mejor, pero ¿y yo? ¿Merezco algo mejor?

Dejo de hacerme preguntas estúpidas y me centro en lo que el cura tiene que decir, aunque sin prestarle mucha atención.

—Estamos aquí reunidos para unir a esta pareja en santo matrimonio… —El cura comienza la ceremonia y mi mente se dispersa. No me interesa mucho lo que tiene que decir. No sé cuánto tiempo pasa, pero en un momento dado él me reclama.

—Carlota, te toca. Di sí. —Su tono es cortante. Lo acabo de avergonzar ante toda su familia, lo sé. Esto traerá consecuencias.

—Ahhh, sí, por supuesto —digo sin mucho convencimiento.

—Por el poder que me ha sido conferido, yo os declaro marido y mujer. Puedes besar a la novia. —Con esas últimas palabras, firmo mi sentencia.

Su beso es escueto, nunca se extralimita delante de nadie y hoy no iba a ser menos. Aunque pensándolo fríamente, nunca me ha dado un beso de esos apasionados, de los que se te caen las bragas al suelo, como en las películas. ¿Existirán de verdad o es un mito inventado por la televisión y las novelas?

«¡Pues claro que existen los hombres mojabragas! Pero guapa, te has lucido al elegir al tuyo». Mi cabeza sigue por libre…

La ceremonia ha pasado sin pena ni gloria, y no me siento diferente. Al parecer sigue todo igual. La gente se acerca a felicitarnos. Él por fin sonríe (hace el papel de su vida delante de los demás). Yo hago un intento de sonrisa que se queda en una horrible mueca. Me siento incómoda ya que siento que esta boda no era la más deseada por su familia, pero ha pasado todo tan deprisa...

Mi ahora suegra nos apremia, debemos estar en el salón de celebraciones (un bar de mala muerte elegido por ellos. Siempre lo deciden todo), en media hora.

«¿Y las fotos? ¿No vamos a tener fotos?», me pregunto agitada moviendo la cabeza a los lados buscando un fotógrafo o algo que se le parezca. Menos mal que las chicas están en todo y no paran de retratarme con sus móviles. Bueno, por lo menos podré tener algún recuerdo.

Me hubiera gustado tener un álbum de fotos de esos de los que encargan los novios. Hubiera sido bonito, pero él no ha querido gastar mucho.

—Vamos Carlota, hagámonos una foto. A saber, cuándo nos volveremos a juntar todas otra vez. —Cloe nos sorprende con una cámara de fotos de esas que salen al instante.

—Sí, eso. A ver cuando me volvéis a ver otra vez con vestido. —Candela odia ponerse vestido, le encanta estar todo el día en el campo cuidando de sus almendros.

—Preciosa, ¿y el fotógrafo? ¿No hace fotos en la iglesia?

—No, Marta. No hemos contratado fotógrafo. Él pensaba que era una pérdida de dinero.

—Bueno, no te preocupes; aquí estamos nosotras para que tengas un bonito recuerdo. —Mis chicas, como siempre, están en todo.

Una vez en el salón (comúnmente llamado bar de mala muerte), nos sentamos en una mesa rectangular frente a todos los invitados. En ella están mis suegros, él y yo. Junto a mí sólo hay un vacío similar al que siento. Al menos me podía haber sentado con mis amigas. Estoy segura de que con ellas sí me lo hubiera pasado bien; pero el protocolo que mi suegra quiere seguir a rajatabla exige que los novios se sienten con los padres. Entonces, si mis padres no están, ¿qué? ¿Me quedo sola? Todo este paripé es un despropósito, cada vez lo veo más claro.

«Pero ¡qué protocolo ni qué ocho cuartos! Ni que estuviéramos en un palacio». No sé si son los nervios o una locura transitoria, pero esta voz ya me está empezando a mosquear.

Decido que tengo que mirar para delante y que no debo estar triste. Es el día de mi boda. El día más importante de mi vida, ¿no? Tendré que sacar a la Carlota despreocupada y risueña por un rato.

Nos dedicamos a saludar a la gente que se aproxima a la mesa y todo me resulta abrumador. Empiezan a repartir las copas de vino y la comida. Me muero de hambre, puesto que no he probado bocado en todo el día. Pero claro, mi querida suegra no me deja que pruebe bocado, dice que es de mal gusto que la novia esté comiendo mientras nos saludan los invitados y, aquí estoy yo, muerta de hambre y saludando a todo Dios.

¡Ni que fuera la reina! ¡Maldito protocolo!

«¡Camarero! Una de chocos», grita mi cabeza hambrienta. Sí, definitivamente me volví loca.

La comida no es de lo mejor. Ha decidido que se sirva pescado frito y filetes con patatas, como si estuviéramos en un maldito cumpleaños.

Menos mal que mis chicas vienen a rescatarme. Ahora sí que lo voy a pasar bien.

—Venimos a secuestrarte. —Armada con su mirada traviesa, Cloe me confirma lo que pienso.

«Menos mal, esto se parece más a un funeral que a una boda. ¡Qué muermo de tío con el que te has casado! Dios, ¡qué vida te espera! Pero oye, me tienes a mí para alegrarte los días grises, que serán muchos…». Otro razonamiento más, de esa parte de mí, que se niega a aceptar este matrimonio.

—Hoy la liamos parda, que estoy sin niños todo el fin de semana. —Marta pone una copa en mi mano indicándome que debo beber y disfrutar de este día, y así lo hago.

—También debería comer algo, ya que no he probado un bocado y estoy famélica. Si bebo creo que me voy a marear. —Mis chicas lo comprenden y al minuto me encuentro con varias bandejas de comida.

—A ver, que tampoco hace falta que bebamos para pasarlo bien. —África, con su filosofía de vida decidió hace mucho tiempo que el alcohol solo trae problemas.

—¡No te jode! Claro que vamos a beber, hay que celebrarlo. Tú no bebas si no quieres, que ya beberemos nosotras por ti. —Candela, como su nombre indica, echa más leña al fuego. Con ella no nos aburrimos nunca. Aunque su fachada es de chica mala, en su interior alberga una mujer tierna, comprensiva y muy muy especial.

—Bueno, bueno. Haya paz, debemos pasarlo bien, ¿no? Necesito beber y bailar con mis mejores amigas. Os necesito a todas. Nunca os había necesitado tanto—. Con la mirada les indico mi desesperación.

—¿Y el baile con el novio? —Marta pregunta extrañada al no verlo conmigo.

—No, Marta. No habrá baile. No le gusta y, según él, no tengo ritmo en los pies. —Me hubiera encantado abrir el baile con él, pero me adapto a todo. Siempre lo hago.

—Nena, tú no te quedas sin mover el esqueleto. ¿Me concedes este baile? —Cloe siempre está sacándome una sonrisa. Si es que la adoro. Además, una de mis pasiones es precisamente bailar. Antes lo hacía bien.

—Lo estoy deseando. —Por fin saco a pasear mi sonrisa más sincera y no es para él, sino para mis mejores amigas.

—Pues todas a bailar. Que no se diga que la novia no ha tenido un baile como Dios manda—. Candela nos anima a todas a salir a la pista.

Las chicas volvieron a sorprenderme una vez más. Habían avisado al DJ del salón para que me pusiera mi canción: *Stairway to heaven* de Led Zeppelin. Sé que no es lo que se suele poner en una boda, pero ellas saben lo que me gusta, lo especial que es para mí esta canción. Me recuerda a mi familia, me emociona, los siento más cerca en un día como hoy. Me conocen a la perfección y saben que es lo que necesito.

Cierro los ojos y es mi padre el que baila conmigo. Imagino su olor, su sonrisa. Tan sincera que me hacía sentir segura en sus brazos. Sé que está junto a mí. Me abrazo a mí misma en un intento de pensar que es él el que me abraza. Parece que funciona, me hace sentir un poco mejor.

There's a lady who's sure
All that glitters is gold
And she's buying a stairway to heaven
When she gets there, she knows

If the stores are all closed
With a word she can get what she came for
Ooh-ooh-ooh
Ooh-ooh-ooh-ooh-ooh…

Abrazadas las unas a las otras bailamos en un mar de emociones. La gente nos mira con extrañeza, pero a mí me da igual, estoy con la única familia que me queda y las malas caras no me van a estropear el momento.

Un instante único, especial. Uno de esos momentos que recordarás con cariño para toda la vida. Sí, me hubiera gustado disfrutarlo con mi marido, pero a falta de pan… buenas son tortas, ¿no? Y con ellas estaba siendo una delicia aquel baile.

«Di que sí, que le jodan al capullo», grita eufórica mi vocecilla interior.

No sé qué haría sin ellas, porque, sin duda, son las que me hacen sentir que cada día merece la pena. Bebemos, bailamos y reímos durante toda la boda. Instantes de felicidad, pues ellas son mi hogar, mi vida.

En mitad de la boda él desaparece y no lo vuelvo a ver hasta que ya los invitados se han marchado. Por suerte mis amigas nunca me dejan sola.

Ya me imaginaba donde estaba. Ha salido con su cuñado y sé de antemano lo que están haciendo. Él ha ido recogiendo los regalos de los invitados y, después de pagar el convite, lo que le ha sobrado, yo no lo veré. Sus vicios son caros y hay que pagarlos.

Llega con los ojos inyectados en sangre y un subidón de miedo. ¿Cuándo parará? Me aseguró que lo había dejado. Joder, otra mentira más para el cajón desastre.

—¿En qué coño está pensando este gilipollas? —La más guerrera de mis amigas está que trina—. ¿Cómo puede dejarte en el día más importante de vuestras vidas y llegar de esa manera? Joder, ¡qué es su puta boda!

—No te preocupes Cande, ya estoy más que acostumbrada. —¿Por qué siempre acabo defendiéndolo? Ella tiene razón. No debería de haberse marchado.

—Sí, ¡mis cojones! No te jode. —Su enfado va en aumento. Y tiene toda la razón, pero yo no quiero problemas y menos con él.

—Bueno, tengamos la fiesta en paz. —Marta, como siempre, mediando.

—Chicas, creo que debería irme. Él me reclama. Mi noche de bodas me espera, ¡yuju! —nótese el sarcasmo.

—Nena, disfruta de tu noche y no nos dejes en mal lugar. —Cloe poniendo un toque de humor a la velada. Lo que no saben es que hace mucho que no disfruto con él.

—No sé si seré capaz de hacer algo, entre las copas que he bebido y la manera en la que está él…

—Ya sabes que puedes contar con nosotras, aunque estemos lejos, el AVE nos dejará aquí en un periquete. No dudes en llamarnos. Ah, y que sepas que nos debes una barbacoa en esa maravillosa casa que os habéis comprado en plena sierra sevillana. —Él había decidido por los dos, que lo mejor, sería vivir en un pueblo de la sierra lo más alejado de la ciudad. Decía que así estaríamos más tranquilos.

«¡Y un cuerno, más tranquilos! Te quiere tener lo más lejos posible de toda la gente que te rodea». Esa vocecilla de mi mente sigue atosigándome con sus comentarios.

—Por supuesto, eso ni lo dudéis. Os quiero, chicas. Gracias a todas por venir, habéis sido mi bote salvavidas. —Mis lágrimas ya inundan mi rostro. Las voy a echar mucho de menos.

—Vamos a ver, petarda, que vamos a seguir hablando por videollamada, que no nos vas a perder. Además, te haré *Reiki* a distancia para que sientas que estoy junto a ti. —Y ahí estaba mi Dalai Lama particular, recordándome que seguiremos todas unidas en la distancia, puesto que cada una vive en una punta del país.

—Carlota, es hora de irnos. —Su voz suena cortante y autoritaria, nunca le han gustado mis amigas y está deseando librarse de ellas.

—Sí, vamos. —Mi escueta contestación le insta a agarrarme del brazo con fuerza, obligándome así a marcharnos a nuestra casa. Esa donde me aleja de todo y de todos.

Eso es lo que quiere, así me tiene más controlada, pero mis amigas eso no lo saben. Piensan que en mi nueva casa seré feliz, y yo también quiero creerlo. Sin embargo, en el fondo, la veo como una jaula en plena naturaleza.

Llegamos ya bien entrada la noche. Estoy agotada y la verdad, sin mucho ánimo de cumplir con mis deberes maritales. Tengo la libido por los suelos. ¡Vaya manera de empezar un matrimonio!

Lo observo en silencio, mientras se quita la ropa.

—Esta noche creo que deberíamos dormir en habitaciones separadas. —¿Eh? Pero ¿qué dice? ¿Está bromeando? Es nuestra noche de bodas. Después de cuatro años juntos ahora me viene con esas.

—No quieres… —¿Cómo decirlo? ¿No quiere acostarse conmigo? Pero ¿qué mosca le ha picado?

No es que llegue virgen al matrimonio, ya hemos estado juntos antes y dormido juntos en hoteles. ¿Qué pasa? Joder, que llevamos mucho tiempo saliendo.

Pero claro, yo, como siempre, callo.

—La verdad es que no estoy acostumbrado a dormir con alguien y creo que no vamos a descansar ninguno de los dos. Además, hoy estoy

demasiado cansado para… bueno, ya sabes. —¡No me lo puedo creer! Estoy flipando.

«Sí sí, tú flipa, pero hoy no follas. Total, para la mierda que iba a hacer, déjalo que se vaya». Esta vez creo que mi voz interior lleva razón.

—Bueno pues, si quieres, me quedo en la habitación pequeña. —Y sigo cediendo en todo.

—No. Yo me quedo en esa habitación. Tú quédate en la nuestra. —Mira, al menos me quedo en la cama de matrimonio, aunque sin marido…

—Buenas noches.

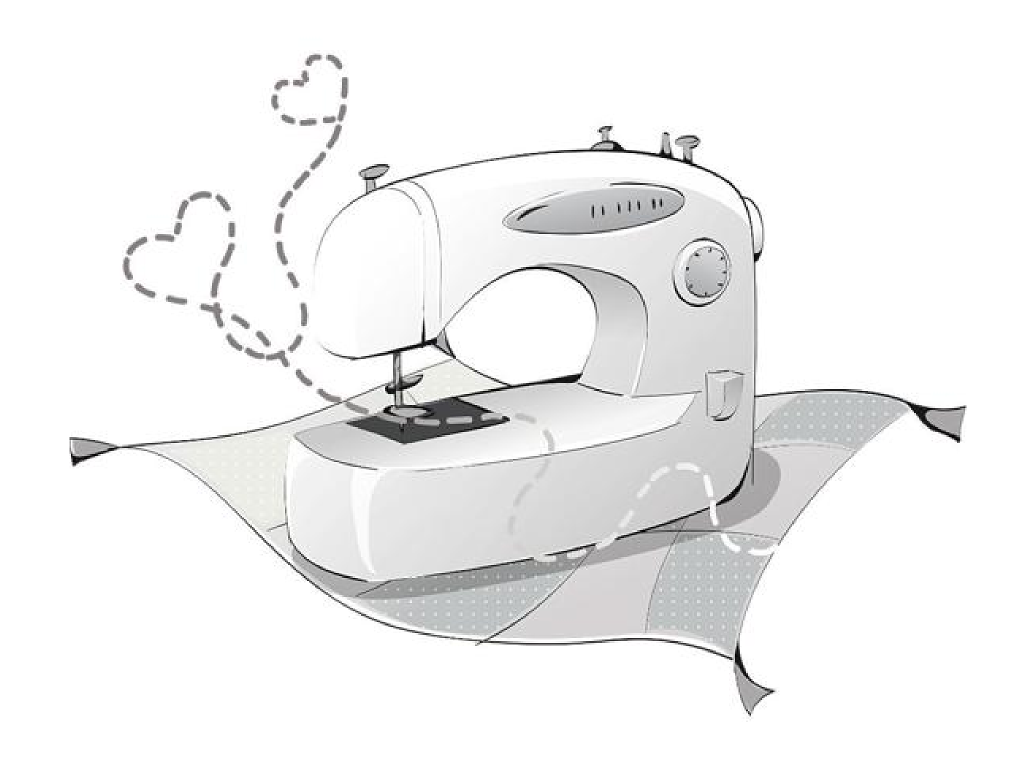
—Buenas noches.

Sí, esta es mi nueva vida. Un asco, ¿verdad? Pues la elegí yo. Ahora no puedo quejarme. Aquí me encuentro, sola en mi habitación en mi noche de bodas. Surrealista, sí.

«Es la vida que elegiste, ahora te jodes. Te dije que saliéramos corriendo. ¡Jamás me escuchas, cabeza hueca!», exclama con rabia mi Pepito Grillo.

Me recuesto en la cama y no me quito el vestido, ¿para qué? Así paso la noche, mirando al techo y pensando: «¿qué coño estoy haciendo? Esta no es la vida que había soñado. Nadie querría algo así. ¿Por qué me estoy haciendo esto?».

Presa del cansancio, caigo agotada en los brazos de Morfeo. Mañana será otro día.



2. El viaje

Me despierto con un fuerte dolor de cabeza, no sé si es por la cantidad de horquillas que lleva mi pelo (¿es necesario poner tantas?), y que no me quité la noche anterior o porque me bebí hasta el agua de los floreros. Tal vez por un cúmulo de acontecimientos, pero mejor le echamos la culpa a las horquillas.

«Sí, claro las horquillas…», ironiza mi vocecilla interior.

Miro mi vestido con tristeza (ese que aún llevo puesto). ¿En qué momento mi vida se fue al traste? Esto no me puede estar pasando a mí.

«Parece mentira Carlota, sabes muy bien qué es lo que ha pasado, no te hagas ahora la tonta. Decidiste perdonarlo. Ahora te jodes». Esa voz en mi cerebro me recuerda que no es oro todo lo que reluce. Todo es mi culpa, yo tomé esta decisión.

Me quito el vestido como puedo, (no sé para qué ponen tantos botones habiendo cremalleras), también las mil horquillas que inundan mi cabello (¡madre mía, qué descanso al quitármelas!). Necesito una ducha, de esas que borran las últimas veinticuatro horas,

las que han cambiado mi vida para siempre.

Ahí, bajo el chorro de agua caliente me quedo un buen rato, pensando. Recordando que hoy, nos marchamos de luna de miel. Para ser sinceros, no tengo ninguna gana.

Ha elegido un lugar paradisíaco, Punta Cana. Está de moda, ya que todos los recién casados van a esa maravillosa playa para disfrutar de su viaje de novios. A mí no me gusta la playa (la arena se mete en todos los huecos del cuerpo, es un horror. Odio tener el chirri lleno de arena), prefiero visitar países, ciudades donde pueda absorber su cultura, disfrutar de sus monumentos y museos… pero, no. Según él, eso no son vacaciones, son un martirio.

Y, al final, cedo.

«No te engañes, nunca fuiste así, cambiaste por su culpa. Ahora, o haces algo para cambiar de nuevo, o te jodes remojando la chirla en el mar de Punta Cana». Mi yo interior vuelve a manifestarse, ¿me estaré volviendo loca?

Ya tenemos las maletas preparadas. Tiene pinta de ser un viaje largo, así que decidimos viajar de noche para así descansar durante el vuelo.

Llegamos al aeropuerto con un par de horas de antelación, tenemos que facturar las maletas. Él ha elegido el vuelo más barato (¡cómo no!). Los asientos están muy juntos y no puedes estirar las piernas, algo me dice que el vuelo se me va a hacer eterno…

Ya sentada en mi asiento, cojo mi libro preferido: *Como agua para Chocolate* de Laura Esquivel y me sumerjo en esa maravillosa historia de Tita y Pedro, la que he leído más de veinte veces, pero nunca deja de sorprenderme. Una novela en la que la autora, mezcla la cocina con el amor y la pasión de dos personas unidas por el destino.

Yo sigo creyendo en el amor, pese a que en mi caso haya pasado de largo o cupido se haya olvidado de mí, porque no creo que haya querido putearme mandándome un hombre que no me quiere, ¿no? Si ella aguantó hasta el final, hasta poder tener al amor de su vida en sus brazos, yo también podré hacerlo.

Sí, podré ser feliz. O por lo menos eso espero.

Las cosas pueden mejorar si lo intentamos, tengo que hacer algo por cambiar esta situación. Este viaje puede ser mi salvación o mi condena. Si Tita usó la cocina para acercarse más a Pedro y así poder disfrutar ese amor prohibido, yo voy a pensar qué hacer para que mi matrimonio no fracase.

«Nena, tu matrimonio fracasó antes de empezar, ¡asúmelo! Miremos el lado positivo, por lo menos vamos a una isla paradisíaca. Seguro que allí hay maromos *pá aburrí*». Esta voz que tengo en mi interior me pone de los nervios.

Después de ocho insufribles horas sin poder moverme de mi

asiento, puesto que atravesamos unas turbulencias, por fin llegamos a ese paradisíaco lugar. Tengo las piernas hinchadas y me cuesta dar dos pasos seguidos.

El hotel (debo reconocerlo) es maravilloso, aunque no me gusten los *Resorts,* este es una pasada. Está rodeado de palmeras y vegetación tropical. Un lugar para soñar y disfrutar de una maravillosa estancia. Nos dan un buen recibimiento con un cóctel de la zona (creo que lleva ron). Después de veinte minutos en la recepción, enfocados en dar la bienvenida a los clientes, por fin nos llevan a nuestro bungalow.

Es un verdadero paraíso. El hotel es como una pequeña urbanización rodeada de jardines exóticos con toda clase de plantas y pequeñas casas de madera. El nuestro está coquetamente escondido entre unas palmeras. El chico que nos acompaña nos da las llaves y nos desea que tengamos una feliz estancia con la mano extendida, esperando una propina, que, por parte de él, nunca va a llegar. Mi cara refleja la vergüenza que estoy pasando. El chico, con una sonrisa comprensiva, me mira y se marcha.

La habitación es muy grande, hay dos camas de matrimonio. No entiendo para qué queremos dos camas de matrimonio.

«Se habrán equivocado», me repito a mí misma.

En una pequeña mesa han dejado una gran cesta de frutas tropicales de bienvenida: mango, papaya, fruta de la pasión. Sonrío, ¡me encanta la fruta! Y el nombrecito…

Entro en el baño, y cuál es mi sorpresa cuando veo una bañera de hidromasaje. Por fin un lugar donde relajarme. Quién sabe, a lo mejor encendemos la chispa en esa bañera. Se lo propondré más tarde.

«No seas tan ingenua, sabes que eso no va a pasar». Y, ahí está de nuevo mi voz interior jodiéndome las vacaciones.

Él suelta las maletas y prueba una de las camas.

—Yo dormiré aquí y, tú puedes dormir en la que está junto a la ventana. —No me lo puedo creer, otra vez con esas. Lo está diciendo en serio. ¿Había pedido camas separadas en nuestro viaje de novios? Esto ya es el colmo, me estoy empezando a hartar de sus gilipolleces.

—¿No vamos a dormir juntos? —Mi cara era de incredulidad total. ¿Qué le pasa? ¿Acaso se ha arrepentido de haberse casado conmigo?

—No, será mejor que por ahora durmamos separados. Así los dos descansaremos mejor. —Este tío es tonto del culo.

—Vamos a ver. Estamos casados, ya hemos dormido juntos cuando éramos novios, joder. Que nos hemos acostado mil veces, que somos marido y mujer, y deberíamos consumar el matrimonio, ¿no te parece? —Mi cabreo va en aumento. Yo no soy así, pero la paciencia tiene un límite.

«Muy bien Carlota, saca a la mujer que hay dentro de ti». Ahí está otra vez esa maldita voz interior que me enciende más todavía.

—Necesito tiempo para acostumbrarme a vivir contigo. —Su rostro se muestra frío ante mi incredulidad.

—¡Pues haberlo pensado antes de casarte! El matrimonio no viene con un manual de instrucciones, pero joder, podemos afrontar las cosas juntos, ¿no? ¿No me quieres? ¿Te arrepientes de haberte casado?

«Ahí, Carlota, asédialo a preguntas. Acorrálalo como en un ring. ¡Esa es mi chica!», me insta mi pequeño demonio interno.

—Creo que estás muy ofuscada. Voy a salir a tomar el aire. No me esperes despierta. —Mis ojos parecen salirse de las órbitas. ¿En serio me estaba pasando esto a mí?

«Por ahí va tu hombre, Carlota. Como siempre, huyendo de ti. Jamás será la pareja que necesitamos, ¿por qué te has casado con él?». Me pregunta mi voz, acusadora. ¿O es mi razón? Ya no sé ni que pensar…

Sin más, se marcha. Me deja en esta habitación triste y demasiado grande para mí. Tengo la sensación de que va a ser un muy largo y estresante viaje de novios. Miro la cesta de frutas y el champán que nos han dejado por cortesía de la casa. Me tocará beber sola…

Después de un rato mirando a la nada, decido explorar el lugar por mi cuenta (se me ha acabado el champán y mi estómago me pide otra comida que no sea fruta). Ha pagado el todo incluido del hotel, por lo que llevo una de esas pulseritas que confirman que puedo beber y comer todo lo que quiera, y pienso aprovecharla al máximo.

El camarero del bar-piscina (un chico guapísimo, todo hay que decirlo, de esos que quitan el hipo al verlo) me atiende con una gran sonrisa en sus labios. Al observarlo de cerca me percato de que, en su mejilla izquierda, luce una pequeña cicatriz que le hace muy atractivo. Su tono de piel moreno brilla a la luz del sol y sus maravillosos ojos negros me miran con cierta… ¿lujuria?

No, creo que no… ¡será mi imaginación!

«A ver cuando te enteras, Carlota, de que estás buena y los tíos suspiran al verte. De verdad que no te entiendo. Mírate al espejo y valórate de una puta vez».

—Buenas. ¿Qué desea la señorita? —Por unos instantes, me quedo embelesada mirándolo. Pues sí que es guapo el chico, ahora que lo veo de cerca...

—A ver, lo primero de todo, quiero un cóctel de esos que preparáis aquí con extra de ron. Creo que lo voy a necesitar y, después ¿podrías traerme algo de picar? Tengo un poco de hambre.

—Por supuesto, guapa. ¿Deseas algo más?

«De ti, nene todo lo que me quieras dar», responde en mi interior mi yo alocado.

—No, por ahora solo eso. Muchas gracias. —Los camareros aquí

parecen muy amables…

«Sí, amables, ¡ja! Y, además, están buenísimos», grita mi yo impulsivo. Creo que voy a dejar de luchar contra esta voz. Por lo menos tendré a alguien con quien hablar y no me moriré de aburrimiento estos días.

El muchacho se marcha a preparar lo que le he pedido, por lo que me siento a esperar en una de las tumbonas que rodean la piscina. La verdad es que es un lugar donde relajarse y disfrutar. Es cierto que me gustaría hacerlo con mi esposo, pero sé que eso no pasará. Tengo que hacerme a la idea de que mi luna de miel se ha convertido en un viaje individual y solitario. Cojo mi libro y comienzo a leer.

El barman no tarda en traer el combinado (con extra de ron, pues está fuertecito. Al final acabaré borracha) y algo para picar.

—Aquí tienes preciosa —dice ofreciéndome la bebida con una amplia sonrisa. ¿Me estoy volviendo loca o este tío me mira raro?

«No te enteras, te quiere dar matarile. Pero ¿en qué mundo vives? Voy a tener que darte una clase práctica de cómo ligar». Mi vocecilla sigue sacudiendo mis hormonas en mi interior...

—Muchas gracias. ¿Te puedo hacer una pregunta?

—Por supuesto, estoy aquí para lo que necesites. —Una sonrisa lobuna aparece en su rostro, y a mí me va a dar algo. ¡Pero que guapo es! Céntrate, Carlota que estás casada...

—¿Me podrías decir qué podría hacer por aquí que me resulte interesante? Aparte de disfrutar de las maravillosas vistas, claro y esta paradisíaca playa. —No puedo negarlo, el lugar es idílico, pero yo necesito visitar la zona, conocer la cultura, sus costumbres, la gastronomía local, y si mi marido no quiere acompañarme, lo haré sola.

—¿Es que no le gusta la playa o el hotel? Aquí puede apuntarse a muchas actividades. Tenemos esnórquel, submarinismo, visita guiada para ver los delfines, también puede visitar con un guía experimentado algunas de nuestras maravillosas calas… — explica extrañado ante mi pregunta.

—Claro que me gusta, pero me gustaría conocer el lugar más allá de este recinto.

—Mire, señorita… creo que no debería salir del recinto del hotel, aquí las calles no son muy seguras para una mujer. —El chico me habla dubitativo, y me mira con preocupación en sus ojos.

—No lo sabía, aunque si le soy sincera, quisiera hacer turismo por la zona igualmente. No sé, conocer esta maravillosa ciudad con su folklore y su gente. Puede que, incluso pruebe la cocina lugareña. —Además, pienso para mí misma, no soy una chica desvalida.

—Eso lo puede hacer aquí, sin salir del hotel. Esto es como una pequeña ciudad, no es necesario que salga, podrá encontrar todo lo

que desee.

—Ya, pero es que me gustaría pasear y ver el mundo que hay fuera. —El hombre parece reticente, pero al final accede a indicarme cómo puedo salir de allí.

—Está bien. Todas las mañanas sale una *guagua* (o como se dice en mi tierra, autobús), desde la puerta del hotel y vuelve por la tarde. El transporte la dejará en la ciudad. Allí podrá disfrutar del lugar, pero le recomiendo que no vaya sola. —El barman me observa esperando mi respuesta.

Esa no creo que sea una opción, puesto que mi señor marido no vendrá conmigo. Aprecio su consejo, aun así, nunca me ha dado miedo salir sola. Me gusta disfrutar de los viajes a mi manera y eso voy a hacer.

—Creo que podré apañármelas. Muchas gracias por la información, ha sido muy amable. —Le ofrezco una amplia sonrisa y la acepta gustoso.

—Gracias a usted señorita y ya sabe, para lo que necesite, aquí estoy. No dude en llamarme. — El camarero se marcha y me quedo absorta en mis pensamientos. He decidido disfrutar de mi tiempo y nada ni nadie me va a hacer cambiar de idea.

Termino la tarde viendo cómo se esconde el sol en la playa, una vez más, con la única compañía de mi sombra. Me acuesto temprano, ya que mi flamante marido aún no ha vuelto.

No sé a qué hora llegó, pero llegados a este punto, me da igual. Había decidido disfrutar de este viaje todo lo posible.

A las ocho de la mañana estoy montándome en la *guagua* que me llevará a la ciudad, ensimismada en mis pensamientos, cuando noto que alguien se sienta junto a mí.

—Buenos días. —Esa voz me es familiar. El camarero que me atendió la tarde anterior se sienta a mi lado. Mi corazón comienza a latir con fuerza. ¿Qué me pasa? ¿Por qué estoy nerviosa?

—Eh…, buenos días —añado sorprendida, pero oye, a lo mejor tiene que ir al pueblo, ¿no?

«Sí, sí; tú hazte la tonta, pero a ti te ha alegrado el día, guapa. Anda y déjate de chorradas y alégrate la vista con este maravilloso maromo que te han puesto delante», me sugiere mi amiga invisible (por llamarla de alguna manera).

—He decidido acompañarte. Hoy es mi día libre y no me lo perdonaría si te pasara algo. Por cierto, soy Elvis. Sí como el rey, ja, ja, ja. Mis padres eran unos fans incondicionales del artista. —Su sonrisa me desconcierta, ¿de verdad me va a acompañar?

«¡Hemos triunfado, nena! A este nos lo llevamos al huerto», suelta eufórica la voz que retumba en mi mente, y yo la aparto sin que se

note mi nerviosismo.

—Hola, soy Carlota. —No sé cómo reaccionar, estoy confundida.

—Hoy vas a poder disfrutar de mi país. Te enseñaré los lugares tan maravillosos que tenemos, disfrutarás de nuestra gastronomía y te enamorarás de su gente. Como tú querías. —Sigue sonriendo. ¿Por qué hace eso?

«Por qué va a ser, le gustas. Este quiere mojar el churro en tu chocolate. Esto se veía venir, somos irresistibles», continúa estresándome mi Pepito Grillo.

—No tienes por qué acompañarme. No creo que me pierda. Además, es tu día libre y no quisiera estropearlo.

—Será un placer poder acompañarte. Una chica como tú no se ve todos los días y no voy a desaprovechar ni un segundo sin estar a tu lado.

«Tres, dos, uno, ¡fuera bragas! A este me lo trisco», grita obscena la voz de mi cabeza y no puedo evitar sonrojarme...

Así, sin pensar en nada más, comenzamos una extraordinaria excursión por lugares maravillosos donde he podido disfrutar de todo lo que me ofrece la zona y por supuesto, de la compañía de Elvis, que ha resultado ser un gran conversador.

La *guagua* nos lleva al pequeño pueblo de Bayahíbe. Me quedo impresionada, no tiene nada que ver con el complejo hotelero. La pobreza se ve por las calles, pero, aun así, las casas pintadas de colores llamativos muestran la alegría del lugar. Sus gentes sonríen y saludan al pasar. Me siento cómoda en este ambiente. No hay muchos coches, pero sí ciclomotores. Elvis dice que son para pasear a los turistas, como las góndolas en *Venecia* y las vespas en *Roma*.

Se pueden ver puestos de fruta y verdura improvisados por las calles y artesanos intentando vender verdaderas obras de arte a los turistas.

—¿Sabías que *Bayahîbe* es una palabra indígena? —Elvis me saca de mis pensamientos—. Creen que ese nombre puede estar ligado al mar, pero no se sabe con seguridad. Lo que sí es cierto, es que este pueblo siempre fue pesquero hasta que los complejos hoteleros se apropiaron de toda la playa.

—Trabajas para un hotel, ¿no estás a gusto en él?

—No digo que no dé más riqueza al lugar y algo más de trabajo, pero los ricos se hacen más ricos y los pobres aún más pobres. Ya lo puedes ver acá.

—Pues es una pena. Es un lugar maravilloso y no debería de ser así.

A Elvis se le nota triste cuando habla de su pueblo y de su gente. Sabe el daño que pueden hacer los hoteles y esa clase de turismo en lugares tan paradisíacos como este. Por desgracia el ser humano no

está hecho para cuidar de nuestro planeta y los recursos que creemos ilimitados ya no lo son tanto.

Paseamos por las calles toda la mañana hasta que paramos en una pequeña casa reconvertida en un bar. Al entrar puedo notar el calor humano que desprende el lugar. Nos sentamos en una pequeña mesa verde con unas sillas de madera en azul. Al parecer aquí los colores son primordiales.

—Bueno, creo que toca que me hables un poco de ti, ¿no? —Elvis me mira con los ojos interrogantes esperando una respuesta por mi parte que no me apetece dar—. Sé que has venido de luna de miel, sin embargo, ¿dónde está tu flamante marido? ¿Por qué te deja sola? Una mujer como tú, yo nunca la dejaría sola. Al contrario, no me separaría de ti ni un segundo.

¿Me está tirando los tejos? ¿O estoy confundiendo las señales? Hace tanto tiempo que no hablo con gente que no sea de mi círculo de amistad que ya no sé interpretar esas dichosas indicaciones y me siento un pelín incómoda.

—A él no le gusta mucho salir a conocer sitios nuevos. Es más, de playa, tomar algo en algún bar. Ya sabes, en plan más tranquilo. —No sé si con eso bastará, pero tiene razón, debería estar junto a mi marido y no con un desconocido. Me siento un poco culpable.

—Siento mucho si te he incomodado, pero me parece muy extraño que no esté junto a ti.

—No, es que… él es diferente. —¿Cómo le digo a un desconocido que mi marido me evita? ¿Que mi matrimonio está roto desde antes siquiera de empezar?

Terminamos los aperitivos, todo muy rico. Uno de ellos es el plato típico de aquí: La bandera dominicana, que consiste en un plato de arroz y habichuelas con carne acompañado de una ensalada, aguacate y tostones (plátano frito machacado). Después de la copiosa comida regresamos al hotel. Mi mente no deja de dar vueltas maldiciendo, no tenía que haber salido con un desconocido. Si se entera se va a enfadar mucho.

Me despido de Elvis y me marcho a mi habitación. No me sorprendo al no encontrarlo, dado que esta luna de miel está siendo de lo más rara…

Minutos más tarde, cansada de esperar decido ir a buscarlo. No me inmuto al encontrármelo en la discoteca del hotel con dos chicas muy acaramelado. ¡Dos chicas! Y yo sintiéndome culpable. Que estamos recién casados, joder.

«Esto ya lo ha hecho antes, no sé por qué te pones así. Ahora atente a las consecuencias». Y ahí va mi cabecita loca recriminándome otra vez mis actos.

Me acerco con la rabia contenida a punto de explotar. Al verme

aproximarme, se levanta. Su mirada, en cambio, no muestra ningún atisbo de arrepentimiento. Al contrario, me desafía, altivo. Es capaz de haber tomado alguna sustancia otra vez.

Espero que no, aquí no sabe dónde encontrarla ¿o sí? Mis dudas se acrecientan al mirarlo a los ojos…

—¿Qué haces aquí? Deberías estar en la habitación durmiendo. ¡Márchate! Este no es lugar para una mujer casada.

—¿De qué hablas? Estamos de luna de miel, joder. Deberíamos estar juntos.

—Haz el favor de marcharte, sin montar una escena. —Su mirada fría me estremece.

Una escena, ¿yo? ¡Será gilipollas! Mis lágrimas pugnan por salir, cierro los ojos para no dejar escapar ninguna, pues no se merece ni una sola. En ese momento alguien me agarra del brazo y me lleva a la pista de baile. No abro los ojos, tengo miedo. Mucho miedo por lo que él pueda pensar o hacer. Aspiro profundamente, por su olor sé quién es… Elvis.

—Mírame Carlota. No quiero verte llorar y menos por ese hombre. ¿Entendido? No merece una mujer como tú.

No quiero abrir los ojos. Soy consciente de lo que me espera en la habitación cuando llegue. ¿Por qué o? ¿Por qué me tiene que pasar esto a mí?

—Me hubiera gustado habernos conocido en otras circunstancias. No sabes lo que provocas en mí, ¿verdad? —Me mira con sus intensos ojos negros.

—Elvis, no… —No puedo más. Las lágrimas corren por mis mejillas sin control y me falta el aire. Tengo que salir de aquí. Necesito respirar. —Lo siento. No puedo quedarme ni puedo hacer esto. No lo entiendes, ¡estoy casada! —Lo miro aterrorizada. Esto no puede estar pasando.

—Quédate conmigo, Carlota. Él no te merece. Yo puedo darte el cariño que necesitas. —Siento como mi corazón se desboca como un caballo asustado. Necesito alejarme de lo que siento.

Sin más, salgo aterrada, corriendo en dirección a la habitación como él me ha pedido. Sé lo que sucederá esta noche, ya ha ocurrido otras veces cuando hago algo que no le gusta.

Por la mañana decido ir a tomar un poco de sol a la piscina. Él está durmiendo y no se despertará hasta el mediodía, ya que anoche llegó bastante tarde y muy… ¿cómo decirlo? Pasado de alcohol y de otras sustancias en las que prefiero no pensar.

Llevo las gafas puestas, he estado llorando toda la noche y tengo los ojos hinchados y rojos como dos tomates. No quiero que nadie me vea así. Cuando llegó, como supuse, los insultos no me dieron tregua (zorra, desagradecida, muerta de hambre… por nombrar algunos). En

silencio, me los tragué mientras aumentaba mi indignación, mi enfado conmigo misma. No me merecía esto, quería ser feliz. Necesitaba ser feliz y mi alter ego desaparecido, lo sabía.

Aun así, me veía incapaz de abandonarlo. Quizás algún día…

Un cuerpo se pone frente a mí tapándome el sol. Sé quién es. Respiro hondo resignada.

—Hola, ¿cómo te encuentras hoy? —Suena arrepentido. Creo que intuye lo que ha pasado y yo no puedo seguir mintiendo.

—Para que engañarte, me engañaría a mí misma. Estoy hecha una mierda. —Mi rostro desolado lo dice todo.

—¿Por qué te casaste? No te merece. —Cuéntame algo que yo no sepa, pienso de manera irónica.

—No me conoces, no sabes lo que yo merezco.

—Sí que lo sé. Quédate conmigo aquí, Carlota. Yo… no te puedo ofrecer mucho, pero conmigo serías feliz. Los dos seríamos felices. Nunca te trataría con desprecio y serías mi mujer. Mi igual. —Una sonrisa irónica sale de mis labios sin pensarlo.

—No sabes lo que dices. Creo que no deberíamos vernos más. Esto está mal. Lo siento.

—No, Carlota. No te rindas, tú vales más. No te resignes a una vida mediocre.

—Adiós Elvis.

Me voy sin mirar atrás. No he vuelto a verlo. Lástima, porque es un buen hombre. Quizás en otras circunstancias…

Los siguientes días no me deja sola. Aparentamos disfrutar del hotel como una pareja de recién casados normal. Fingir se le da genial y a mí también, al parecer. No dejo de pensar en ningún momento en las palabras de Elvis. Sé que me estoy equivocando, pero el miedo es más poderoso que yo. Soy una cobarde, no quiero quedarme sola.

¿Qué podría hacer sin él? ¿Sin familia? No tengo donde ir.

Son preguntas que para mí solo tienen una única respuesta, sin mi esposo no soy nada.

En este viaje me he dado cuenta de que con él jamás seré feliz. Pensé que las cosas podían ir a mejor. Me equivoqué, nunca podrán cambiar. Mi cuento de hadas se ha convertido en un cuento de terror en el que vivo presa del pánico, a la espera de equivocarme para recibir mi castigo…

La luna de miel se ha acabado. Sin pena ni gloria, llegamos a casa. A ese lugar vacío, sin vida.

Mi vida de casada comienza...



3. Las lentejas

Él, por su trabajo, pasa largas temporadas fuera de casa. No sé exactamente qué puesto desempeña, tampoco sé lo que gana. Solo sé que viaja mucho. Llevamos un par de semanas casados y yo me encuentro sola en esta gran casa en un pueblo que, aunque es precioso, no tengo a nadie con quién hablar.

Hoy vuelve, me ha mandado un mensaje diciendo que prepare unas lentejas, que viene a comer. ¡Unas lentejas! Joder. Yo nunca he cocinado. ¿Y ahora qué hago?

Decido hablar con las chicas. Les mando un mensaje al grupo que tenemos en WhatsApp.

Carlota: «Chicas tengo un problema, necesito vuestra ayuda».

Los mensajes no tardaron en llegar.

Candela: «¿Por fin te has dado cuenta de que es un capullo y has decidido divorciarte?».

Carlota: «Nooo, es que tengo que hacer unas lentejas y no sé cocinar».

Candela: «Yo creo que lo mejor es que vayas al supermercado, compres una lata de esas de comida precocinada, pero léela antes, no vaya a ser que te traigas fabada en vez de lentejas. Luego las abres, las echas en una cacerola y las pones al fuego, cuando estén calientes las apartas. Más sencillo imposible, seguro que te salen riquísimas. A mi cari le encantan».

África: A ver, Candela, que es la primera vez que cocina, tendrá que hacerlo bien, ¿no?».

Candela: «Sí, hombre, para el gilipollas ese va a cocinar, que lo haga él, no te jode».

Cloe: «Vamos a ver chicas, que la estáis liando. Carlota, ¿de verdad no has hecho unas lentejas nunca?».

Carlota: «No, Cloe. No he cocinado nunca. No, ese tipo de platos».

Cloe: «Pues es lo más fácil del mundo. Pero vamos, que, si no sabes hacerlas, pues no las hagas.».

Candela: «Di que sí. Ve al bar más cercano y que te las hagan».

Cloe: «Solucionado».

África: «Pues yo sí que las haría. Estás recién casada, mejor empezar con buen pie».

Candela: «Hubiera empezado con buen pie, si nunca se hubiera casado. ¡A la mierda las putas lentejas y a la mierda el capullo insoportable!».

Carlota: «Mirad chicas, creo que lo mejor es que baje a la carnicería, como tengo que comprar las cosas para hacerla, de camino pregunto cómo se hacen, ¿no?».

Marta: «Creo que va a ser lo mejor, alguien sabrá como ayudarte. En los pueblos se suele cocinar muy bien. Te aconsejarán mejor que nosotras».

Cloe: «Tú acércate a la más vieja del pueblo, que seguro que hace unos guisos para chuparse los dedos».

África: «Bueno, y cambiando de tema, ¿cómo va tu vida de casada?».

Carlota: «No sé qué decirte, todavía no he podido disfrutar mucho, la verdad. Siempre está de viaje y cuando llega está muy cansado».

Candela: «¿En serio? ¿De qué coño va ese tío? Tiene un pibón a su lado. Debería estar babeando por las esquinas».

Carlota: «Llevamos muchos años juntos, nuestra vida tampoco es que haya cambiado».

«Lo defiendes porque te tiene absorbido el cerebro. ¡Que espabiles coño!», mi voz interior siempre tan sincera.

Marta: «A ver, Carlota, hace poco que estáis casados, lo normal es que estéis en una nube color de rosa y muchos arcoíris, disfrutando de vuestro reciente matrimonio».

Carlota: «Pues parece que a él le interesa más trabajar, que estar conmigo. Ya no me desea como antes».

El grupo de WhatsApp se queda unos minutos en silencio, hasta que la voz de Cloe irrumpe en un nuevo mensaje de audio.

Cloe: «Joder, nena. Deberíais de hablarlo. A lo mejor le ha venido grande lo del matrimonio».

Carlota: «¡Pero si era él quien quería casarse! No entiendo nada. ¿Qué estoy haciendo mal?».

Marta: «Bueno, tranquila, que ya verás que todo se soluciona. Ahora ve y prepara esas lentejas o lo que sea, que te va a salir de vicio».

Carlota: «Voy a intentarlo. Prepararé las lentejas y me sentaré a hablar con él. Ya es hora de que aclaremos las cosas».

África: «Muy bien dicho cariño. Ahora a ser fuerte».

Me acerco al mercado del pueblo, donde las mujeres, afanosas, compran productos frescos y charlan animadamente. Se nota que todo el mundo se conoce. Vislumbro la carnicería y me acerco con decisión. Detrás del mostrador se encuentra una mujer corpulenta y muy bella. Sus ojos verdes me miran con intensidad.

—Buenos días guapa. ¿Qué se te ofrece?

—Buenos días, quiero hacer unas lentejas o, por lo menos intentarlo y, no sé cuáles son los ingredientes exactos. Para ser sincera, tampoco sé hacerlas.

—¿Necesitas ayuda?

—Creo que sí. — Respondo, insegura.

—Le has preguntado a la mujer perfecta para ayudarte. —Una dulce voz detrás de mí me hace dar un brinco. —Perdona, no quería

sobresaltarte. Soy Luisa, y ella es Dolores —dice la desconocida señalando a la carnicera.

—Hola, soy Carlota. —Conozco la hospitalidad de los pueblos, aun así, me siento como un pez fuera del agua.

—Dolores, creo que deberías de ponerle un chorizo de esos que tienes en la trastienda, de los que hacen de los guisos un manjar. —Luisa le guiña un ojo cómplice.

—Ya lo había pensado. Tengo un chorizo que se te hace la boca agua con tan solo olerlo. Con él podrás hacer unas lentejas riquísimas, ya verás. —Dolores entra por la puerta de atrás y desaparece tarareando.

—Bueno chica, cuéntame. No eres de aquí ¿verdad?

—No. Me he mudado hace muy poco y todavía no conozco a nadie.

—Ya nos conoces a nosotras, ¿verdad Luisa? —Dolores reaparece con una ristra de chorizos en la mano.

—¡Por supuesto!

—Gracias. Me imagino que la receta de las lentejas no lleva solo chorizo, ¿no?

—Por eso no te preocupes. Luisa seguro que te acompaña al mercado y te indica lo que tienes que comprar.

—Claro que sí. Además, da la casualidad de que tenía que pasar por un par de puestos para comprar unas cosas. Te acompaño y así mato dos pájaros de un tiro. ¿Te parece Carlota?

—Por mí no hay inconveniente. Me viene genial un poco de ayuda.

«Un poco de ayuda, dice. Lo que necesitas es un milagro. Lo raro sería que esa comida saliera bien y no fuera aguachirri». Esa es la confianza que tengo en mí misma, ni mi voz cree que pueda hacerla.

Salgo de la carnicería junto a mi nueva *«amiga»* Luisa. Me acompaña a comprar los ingredientes mientras me cuenta cómo las prepara ella. La verdad es que paso un rato muy agradable y acabamos quedando para tomar café una tarde de esa semana.

Una idea que me alegra el día, porque tendré a alguien con quien hablar y ya no me sentiré tan sola.

Al llegar a casa, lo primero que hago es poner música. La canción *No Rain* de Blind Melon, suena por toda la casa; una canción llena de melancolía, con síntomas claros de depresión y tristeza.

All I can say is that my life is pretty plain/I like watching' the puddles gather rain.

Todo lo que puedo decir es que mi vida es bastante plana, me gusta ver los charcos que junta la lluvia.

Pero también con una intención de fe en encontrar algún día la

felicidad. Otras partes de la letra además explican muy bien este sentimiento de tristeza, pero esperanzador al mismo tiempo:

And all I can do is just pour some tea for two/And speak my point of view but it's not sane/It's not sane/I just want someone to say to me, oh/I'll always be there when you wake, yeah.

Y todo lo que quiero hacer es servir un poco de té para dos, sólo quiero que alguien me diga algo, ¡oh! yo siempre estaré ahí cuando te despiertes.

Me siento muy identificada con esta canción. Algún día seré feliz…

«Pues cariño, empieza por dejar al mequetrefe, si no, lo dudo mucho». Esa maldita voz otra vez, haciéndome flaquear. Dios estoy empezando a cogerle un poco de manía.

Él ha mandado instalar altavoces en todas las habitaciones. Al principio me pareció una tontería, pero ahora, me parece una gran idea. La música suena por todos los rincones de la casa y me hace sentir viva.

Con una gran sonrisa, me dispongo a preparar las lentejas. Me siento con unas ganas renovadas y tengo que ser positiva. Además, hoy he salido por el pueblo y me ha gustado. Y lo mejor de todo es que empiezo a conocer gente. Hoy el día ha sido diferente.

Ha llegado temprano a casa. Yo lo recibo con una sonrisa que no es correspondida.

—El almuerzo ya está preparado. Espero que te guste.

Entra sin más. Mientras yo voy poniendo la mesa, se marcha al baño a asearse. Ni un triste beso. Suspiro, a lo mejor me tenía que haber acercado yo.

«Joder Carlota, espabila. No te quiere. Te lo digo más alto si quieres, pero más claro…». Esa voz, a veces parece que es más sensata que yo.

—Has preparado lentejas. Me alegro, tengo ganas de comer algo casero, estoy harto de bocadillos en bares de carretera.

Mi sonrisa se ensancha aún más, por fin algo que hago bien.

«No seas petarda, haces muchas cosas bien. No te valora. No te merece». El tono de voz de mi mente me recuerda a Candela. Igual me estoy volviendo loca, pero es igualita.

Observo su rostro mientras se acerca a la boca la primera cucharada esperando su veredicto. Lo veo hacer una mueca de disgusto. Mierda. En ese momento sé que la cosa se va a poner fea…

—¡Pero qué mierda es está! —Su rostro muestra el desagrado al que no me acabo de acostumbrar.

—Unas lentejas, como me pediste. —Lo observo incrédula. ¿Tan malas están?

—Esta mierda no sabe a lentejas. Sabe a pimientos. —Su cara de

asco me hacen saber lo que vendrá después.

Decido probarlas, están buenas. No sé qué mal ve en ellas.

—Para mí están buenas. —En su mirada hay ira que despliega con gestos. Me aparto sintiendo un miedo aterrador.

—Sí, para ti, que tienes el gusto en el culo. Joder, Carlota, no puedes hacer nada bien. Voy a prepararme un bocadillo. Esta porquería es incomible. No sé por qué me casé contigo; eres una inútil. Podrías aprender algo de mi madre, ella sí que es una mujer de su casa.

«Su madre, una mujer sumisa relegada a la cocina. Tú no eres como ella, por suerte. Que no te amedrente». Me aconsejo a mí misma.

Sin más se marcha a la cocina. Yo me quedo sentada, frente a mis lentejas. Otra vez la he cagado. Esto va de mal en peor. Se marcha a su habitación (porque sí, sigo durmiendo en otra habitación), y se encierra allí durante toda la tarde. Otro día más en mi aburrida vida de casada y sigo sin hablar con él de lo que nos está pasando.

Mis dudas siguen siendo las mismas ¿me sigue queriendo? O, peor aún, ¿Algún día me quiso?

Por la mañana se vuelve a marchar. Estará toda la semana fuera por motivos de trabajo. Otra vez sola y sin nada que hacer. Mi vida pasa sin pena ni gloria y cada vez veo más lejos esa felicidad que tanto añoro.

«Y nunca llegarás a ella si sigues con él». Mi voz interna me da un fuerte golpe de realidad.

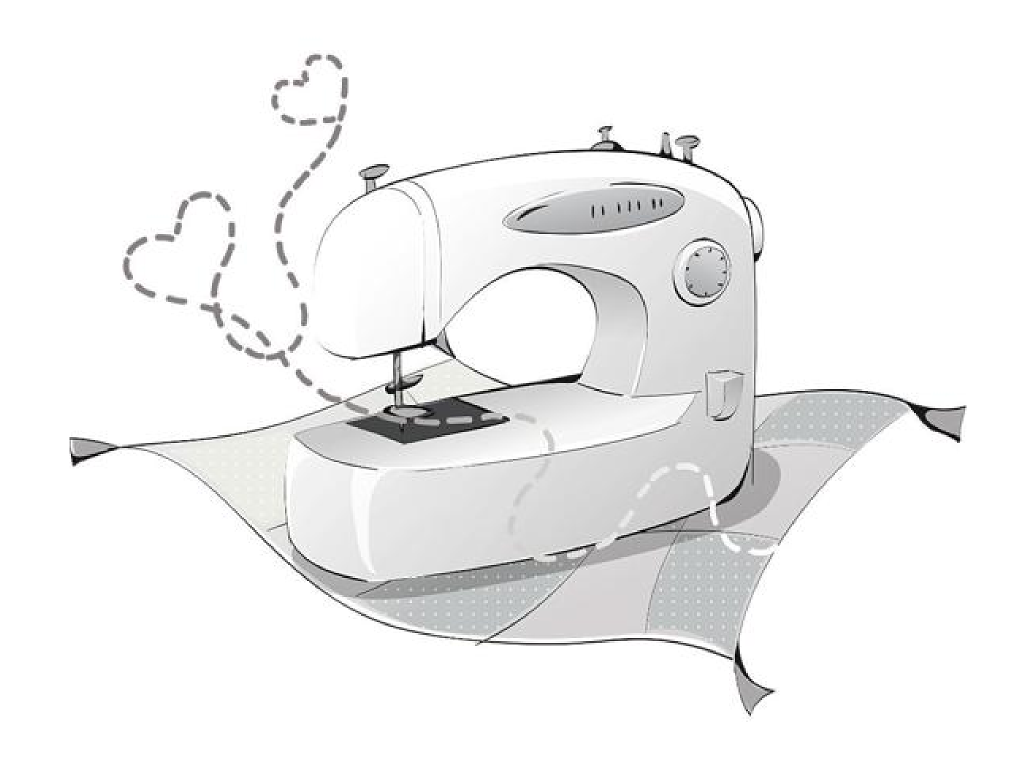
Una lágrima solitaria cae por mi mejilla mientras miro a la nada. Me he casado con un hombre que sé que no me quiere, si me hubiera querido no hubiera hecho las cosas que hizo.

¿Por qué he tenido que perdonarlo? A veces pienso que hubiera sido mejor huir sin mirar atrás.

«Claro que hubiera sido mejor, podríamos haber sido felices, sin miedos ni ataduras, viviendo lo que de verdad nos merecemos. Un amor que te trate por igual, no que te haga daño sin motivos. Te tenías que haber quedado en Punta Cana. Sol, playa, Elvis… todo el día disfrutando de un buen hombre». Me regaña mi parte irracional, mi yo loco que me incita a hacer locuras que sé que jamás haré.

«Fíate de mí, soy tu instinto intentando salir. ¡Escúchame!», grita esa parte de mí, convenciéndome cada vez más, de que debería ir a un psicólogo.

Pues nada, mis lentejas a la basura, una alegoría de lo que es mi vida…



4. El puchero

Hoy me levanto animada ya que he quedado con Luisa para desayunar. Él sigue de viaje y a veces me siento muy sola en esta casa tan grande. Me marcho a la cocina a por mi primer café de la mañana con energías renovadas. Luisa es una mujer especial, fuerte y luchadora que vive junto a su marido y sus dos hijos. La admiro mucho, porque ha creado ella sola su propio negocio. Tiene un pequeño taller de bisutería en su casa y hace cosas maravillosas. Nunca me planteé ser una mujer emprendedora, puesto que tengo demasiado miedo al fracaso y ningún objetivo claro, pero admiro a esas mujeres que sí son capaces de hacer sus sueños realidad.

Me pongo lo primero que veo en mi armario: unos vaqueros (bastante viejos, ya que hace mucho que no me compro ropa) y una camiseta básica, como dicen ahora. Yo la llamo camiseta antigua y raída y un poco descolorida, para que vamos a engañarnos.

«Carlota, nosotras estamos guapas, aunque nos pongamos un saco encima», me adula mi vocecita interior, recordándome lo sola que me encuentro.

Camino feliz por la avenida principal del pueblo y es que a esa hora todo el mundo está en la calle, pues salen temprano a faenar. Veo a mujeres limpiando sus puertas y otras llevando la cesta de la compra hasta el mercado. Me gusta este lugar, es tranquilo y al pasar la gente te da los buenos días. Creo que puedo acostumbrarme a vivir aquí, siempre me gustó la tranquilidad de los pueblos pequeños y este parece un buen lugar donde relajarse y disfrutar de la vida. No es como otras poblaciones, esas en las que la juventud se marcha a las grandes ciudades. Aquí se quedan para que el lugar prospere y eso me gusta. Hay niños por las calles jugando y riendo, eso da mucha vida al lugar.

Espero que algún día mis hijos también puedan correr por estas callejuelas y jugar a los juegos de antaño como la peonza, el tejo, la comba, el escondite…

¡Qué buenos recuerdos crearían! Como los que yo tuve de pequeña.

«Sal de tu nube Carlota, jamás serás feliz mientras estés con él». Me recuerdo a mí misma que mi vida no es de color de rosa…

Veo de lejos a Luisa sentada en la única cafetería del pueblo. Ella me mira y su sonrisa me llena de calor. La tristeza se refleja en mis ojos y Luisa parece que se ha dado cuenta, pero no sé si estoy preparada para hablar de ello y menos con una desconocida.

—Buenos días, guapa, ¿cómo llevas la semana? —Me tiende la mano señalando la silla que está junto a ella para que me siente.

—Buenos días, Luisa. Bastante aburrida, no me llego a acostumbrar a esta soledad. Él viaja tanto…

—Ya te irás acostumbrando. Además, no estás sola, estoy yo ¿no? ¡Camarero! —Luisa alza la mano llamando al hombre para pedirle nuestro desayuno.

La observo. Es una mujer muy guapa. Su pelo cae por los hombros y lo lleva algo moldeado con un color cobrizo. Sus ojos, aunque pequeños, desprenden mucha luz. Tiene una sonrisa que hace que me sienta segura a su lado. No sé qué es lo que tiene esta mujer que me da la paz interior que tanto necesito en estos momentos.

Mientras viene nuestra comida nos enfrascamos en una conversación sobre bisutería, es tan fácil hablar con ella. Noto mi móvil vibrando en el bolsillo del pantalón. Es él. Me avisa de que viene, que no prepare nada, ya que comeremos en casa de su madre. En ese momento mi cara cambia, no me apetece ir a ver a su familia. Mi nueva amiga nota mi cambio de humor.

—Cariño, ¿qué te pasa? Te has quedado pálida.

—No es nada —añado quitando hierro al asunto—. Mi marido quiere que comamos hoy en casa de su madre.

—Ah, ya entiendo. Las suegras, ja, ja, ja. Ninguna mujer es buena para un hijo. Eso desgraciadamente lo padecemos todas.

—La mía es especial. No le caigo muy bien. Lo cierto es que no le caigo bien a nadie de su familia. Pero tengo que ir, no me queda más remedio.

—Carlota, no me quiero meter donde no me llaman, pero por lo que veo no eres muy feliz en tu matrimonio, ¿no es cierto?

—Desde que nos hemos casado ha cambiado bastante. Sé que antes no era la alegría de la huerta, pero… no quiero aburrirte con mis tonterías.

—A ver, cariño, las amigas estamos para esto. ¿Sabes cuál es mi lema?: «Siempre positiva». Nunca te rindas. Si ves que el matrimonio tiene posibilidades; lucha. Pero si no es lo que esperabas, lucha, pero por ti. Siempre por ti.

Me quedo sumida en mis pensamientos. Hace tiempo que veo que este enlace ha sido un error. No soy feliz, pero tengo miedo. Mucho miedo. No sabría a donde ir ni qué les diría a mis amigas.

¿Que el matrimonio no es lo que pensaba…? Parecería boba. No puedo dejarle.

Además, no se lo tomaría muy bien. Se pondría de mala leche y a saber cómo reaccionaría. Al final mis miedos me atrapan en esta vida triste y anodina.

—Es cuestión de darle tiempo y espacio, ¿no? — Las dudas afloran de nuevo.

—A ver cariño, cuando yo me casé con mi marido no todo fue color de rosa, ya que los comienzos siempre son difíciles para todos. Si de verdad te quiere, te lo demostrará. Pero si no, lo mejor será que cada uno siga su camino.

—No sé, antes era diferente. Creo que se arrepiente de haberse casado. No sé qué le pasa, pero ya ni me mira y no dormimos juntos, ¿eso es normal?

—Cariño, me da en la nariz que tu matrimonio ha fracasado antes de empezar. Deberías de hablar con él a ver qué le pasa por la cabeza. A lo mejor todo esto le está superando. —Su mirada comprensiva me da la confianza para seguir hablando.

—No sé qué pensar. He intentado hablarlo en varias ocasiones, pero siempre me rehúye.

—Entonces ve pensando qué quieres hacer tú.

Las últimas palabras de Luisa dan vueltas en mi cabeza durante el resto del día: «¿Y si no tiene solución? ¿Si haga lo que haga no puedo arreglarlo?».

Acabo de desayunar con ella y me marcho al mercado, pues tengo que comprar algunas cosas. Me apresuro, porque cuando él llegue, la casa tiene que estar recogida y yo lista para marcharnos a casa de su madre. No le gusta mucho esperar y no tiene mucha paciencia. Así que me toca correr para estar lista y que no tengamos problemas.

Escucho la puerta de casa. Ya está aquí. Estoy lista, por lo que decido acercarme a recibirlo, a lo mejor hoy viene de buen humor. Odio estar siempre alerta, el no saber cómo vendrá me trae en un sin vivir.

—Carlota, ¿Todavía no estás lista? —Me observa con desagrado sin ningún disimulo.

—Sí. Ya estoy preparada. ¿No te gusta cómo voy vestida?

Me he puesto unos vaqueros oscuros y una camisa con pequeñas flores de colores. Me veo bien ante el espejo, pero por su mirada de asco, entiendo que no le gusta mucho. Tampoco es que tenga mucho donde elegir…

—Podrías haberte arreglado más.

—Solo vamos a casa de tus padres. Además, esta ropa me gusta, y me queda como un guante —protesto volviéndome a mirar al espejo.

—Ya es tarde, da igual. No tienes tiempo para cambiarte. Vámonos, no me hagas esperar como siempre. ¡Si es que no sé porque sigo contigo!

Y ahí está otra vez el puñetero comentario. A veces pienso que soy yo la que lo irrito. Le pido disculpas y cojo mi bolso para marcharme detrás de él. Siempre detrás de él.

«Este tío no sabe de moda. Vas divina, ¡anda y que le den!», me tranquiliza mi conciencia, por lo menos alguien me halaga…

Al llegar a casa de mis suegros mi estómago se encoge. No me gusta la comida de su madre. Hoy toca puchero (para los que no sepan lo que es, es un caldo con arroz o fideos, pero mi suegra siempre echa arroz), por su culpa he aborrecido ese ingrediente.

Cuando llegamos la mesa está puesta. Ella va sirviendo platos y claro, la última soy yo, como siempre. Mi arroz llega emplastado y parece un plato de gusanos en vez del dichoso puchero. Sé que lo hace queriendo, porque me odia y no lo disimula. Intento comérmelo, pero mi estómago se resiste y termino en el baño echando hasta la última papilla. Él, al ver que tardo demasiado, entra como un huracán arrasando con todo, también conmigo.

—Joder, Carlota, ¿qué coño te pasa? Has ofendido a mi madre.

—¿Yo? Pero ¡si me ha puesto caldo con gusanos! —La rabia me sale a raudales, empiezo a estar harta de todo.

—No exageres, que la pobre lo hace con mucho cariño. Y tú, como una niña malcriada haces lo que te da la gana. Ofendes a las personas que te dan de comer. ¡Eres una inútil! Me tienes harto. No sé qué hacer contigo.

«Otra vez la burra al trigo. Si no lo sabes tú…», me digo resignada frente a su repetitivo desprecio.

—No lo entiendes. No me gusta el puchero de tu madre y menos cuando está para pegar carteles.

—Cocina mejor que tú. Podrías aprender un poco de ella.

El puñal de su indiferencia se me clava hondo. Siento que no encajo en esta familia, me detestan. Una lágrima de impotencia se me escapa y él se percata.

—Y ahora te pones a llorar. ¿Crees que me voy a ablandar por eso? Me aburres. Consigues sacar lo peor de mí. Estoy harto de ti, de esta situación. Ya no sé qué hacer contigo. —Su rostro se muestra impasible ante mi estado de ánimo.

—Conmigo. ¡¿Que no sabes qué hacer conmigo?! Joder, que solo he vomitado. Dile que no me encontraba bien y que por eso estoy así.

—De eso nada. Asumirás tus actos y le pedirás perdón a mi madre.

—Vamos, que ya has hecho bastante por hoy. Volveremos a casa en cuanto te disculpes, y el arroz te lo comerás igualmente. No le vas a hacer eso a la pobre mujer, que lo hace con todo el cariño del mundo.

Me agarra fuerte del brazo para que salgamos del baño. Y yo, como la sumisa que soy voy a pedir disculpas por no poderme comer un caldo de gusanos. Con todo el asco del mundo acabo mi plato, le doy las gracias a mi suegra por una maravillosa comida y me despido con una gran sonrisa falsa que no se la cree ni mi padre. Ella me mira con ojos de cordero degollado, delante de su hijo es la mujer más lánguida que hay, pero por detrás, es una arpía de cuidado.

Cuando llegamos a casa, su enfado se hace notar. Me mira con rabia. Siento mi cuerpo temblar, ya que me espera un buen rapapolvo. Las llamas de sus ojos me indican que hoy toca un castigo peor que el de la última vez, y no me equivoco…

—¡Eres una consentida, Carlota! De verdad, que ya no sé qué hacer. Este matrimonio es un error. Tú eres un error. ¡Dios! ¡Me tienes hasta los huevos!

Empieza a moverse por el salón como un león enjaulado. Jamás lo vi así. De repente coge el jarrón que tengo sobre la mesa y lo lanza contra la pared. Estoy asustada, nunca creí que pudiera llegar a ser violento. Siempre grita, insulta, pero jamás me ha pegado.

Se acerca a la vitrina donde guardo todas mis copas de cristal y suelta su rabia contra ellas. Las tira contra el suelo y se rompen en mil pedazos. No deja ni una en pie.

Enfadado, sin poder contener la furia que le invade, se acerca a mí con rapidez y me agarra del cuello, levantándome unos centímetros del suelo. Joder, estoy aterrada. Su cara… ¿va a pegarme? ¿Qué le está ocurriendo?

—En serio, Carlota. Eres una inútil que solo me da problemas.

Sin soltarme del cuello, acerca su frente a la mía. Una débil lágrima sale de mi ojo izquierdo que tiembla sin control. Él levanta la mano y me da un fuerte guantazo en la mejilla derecha. Aprieta más

fuerte. Me falta el aire. El pánico hace mella en mí, cuando veo el odio en sus ojos. Un odio que jamás creí que vería reflejado en ellos.

«No seas débil delante de él, Carlota que no note tu miedo. Saldremos de esta». Esa voz intenta calmar mi desasosiego inútilmente.

Comienza a golpearme en el estómago con fuerza. El dolor es indescriptible, pero no me derrumbo. Con terror aguanto cada golpe y cada puñetazo que me asesta, que no son pocos.

Sus ojos se clavan en mi rostro y se da cuenta de lo que está haciendo. Rápidamente me suelta y se marcha a su habitación, dando un fuerte portazo.

Yo, presa del pánico, me dejo caer en el suelo y me tapo la cara. Las lágrimas salen sin control. La noche es larga y no duermo apenas. Ni siquiera sé lo que pasa por su cabeza, pero ahora, sí tengo miedo de que pueda hacerme algo más.

Cansada y dolorida, me marcho a mi habitación y cierro con el pestillo. No quiero que vuelva a tocarme. Ya no más.

«No te dejes vencer, eres una mujer fuerte. Siempre lo has sido. ¡Lucha, joder!». Esta vez no quiero escuchar a esa vocecilla. Ahora no… siento que me he fallado a mí misma.

Esta mañana se ha marchado sin apenas mirarme. Lo agradezco, puesto que no puedo mirarle a la cara sin sentir repugnancia por lo que me ha hecho. No sé si podré perdonarle alguna vez. Me pongo a recoger los destrozos de la noche anterior, lo que no puedo recoger son los trozos de mi alma cada vez más rota; los moratones que me ha dejado en el cuerpo lo atestiguan.

Ya no sé si merece la pena seguir con esta farsa, pero si lo abandono, vendrá a buscarme. Es un hombre muy orgulloso para permitir que lo dejen. Él siempre gana.

«¿Por qué dejas que te haga esto, Carlota? No puedes continuar así, tienes que pedir ayuda», grita mi conciencia desde lo más profundo de mi ser.

Algo en mí intenta que sea fuerte. Intento escapar de esa sensación que me embarga, pero no puedo. Lo necesito de una manera enfermiza. No puedo vivir sin él. Estoy sola en esto, si lo hablo con alguien no me creerá. Jamás creerán a una mujer como yo, dependiente, sin familia, que nunca estuvo sola.



5. En la soledad de la noche

Hoy me he despertado como un día cualquiera, con la diferencia de que tengo una necesidad imperiosa de hablar con mis mejores amigas. Necesito tener conversaciones banales, de esas que te hacen olvidar la mierda de vida que llevas.

Hace más de una semana que se ha marchado a trabajar y no sé nada de él, y la verdad es que jamás pensé que me alegraría de ello. Mi matrimonio se ha convertido en un infierno y solo deseo salir de él, pero no sé cómo.

Decido hacer una videollamada conjunta; las necesito. La primera en mostrar su rostro es Cloe. Su mirada y su sonrisa sincera hacen que mi humor cambie repentinamente. Ellas saben cómo hacerme feliz solo con una mueca.

—¡Hola preciosa! Qué ganas tenía de verte, ¿Cómo vas en tu matrimonio? ¿Te adaptas bien a tu nuevo hogar?

«Díselo, Carlota, te comprenderán y te apoyarán. No te rindas». No sé si mi voz interior tiene razón, pero después de meditarlo, aún no estoy preparada para hablar de ello.

No tengo ganas de responder ciertas preguntas sobre mi vida. No quiero que mis amigas sepan lo sola que me encuentro. ¿Y si no lo entienden? Me avergüenza todo lo que está pasando, me siento como una cobarde incapaz de enfrentarlo.

—Hola, Cloe. Por aquí todo bien. —Mi voz suena apagada, espero que no lo note.

Al momento, Candela asoma por la pantalla. Mi alegría aumenta al saber que todas están aquí para mí.

—Ey, chicas, ¿que se cuece por aquí?

—Aquí, la señora, que ya nos echa de menos. ¿No es verdad Carlota?

—La verdad es que estoy en casa sin hacer nada y necesitaba veros.

—Holaaaaaa. ¿Me echabais de menos? —África hace su aparición más contenta de lo normal.

—Y a ti, ¿Qué bicho te ha picado para estar tan contenta? —Ya tenemos a nuestra guerrera pinchando.

En ese instante aparece en pantalla Marta con su característica mirada.

—Buenos días, guapas. ¿Qué os contáis?

—Yo, como siempre, liada con mis olivos. Este año la campaña de la aceituna me tiene absorbida. No tengo ni un minuto de descanso. A veces pienso que es demasiado duro para mí, pero luego miro ese oro líquido que producen mis olivos y no deseo estar en otro lugar. Este es mi paraíso particular, solo me falta esa persona que me acompañe en este camino que estoy labrando. No me gusta estar tan sola. Estaría bien compartir mi alegría con mi alma gemela.

Cloe adora su tierra, Andalucía. Allí nació y creció junto a verdes olivares, en Jaén; su hogar. Por sus venas corre el oro verde andaluz (su adorado aceite de oliva), las tierras llenas de olivos de su familia la incitaron a ser una empresaria de éxito en el sector. No había hombre o mujer que la igualara y, a pesar de su juventud y su alocada cabeza, había llevado a la empresa a lo más alto.

—Es que tu aceite está riquísimo. Pues yo acabo de terminar una clase de yoga y me siento con energías renovadas. Creo que pronto volveré a hacer otro viaje, aunque todavía no sé dónde. Por ahora va ganando Japón, ya que quiero imbuirme más en esa maravillosa cultura. Aunque la India también me atrae, con esos colores y aromas.

África es un espíritu libre, en constante movimiento y, aunque tiene una vida feliz junto a su marido y sus dos hijos, en cuanto puede, se marcha al Tíbet, su lugar favorito y su remanso de paz. Su familia lo acepta, así la conoció su pareja y jamás intentó cambiarla. Se había enamorado de su esencia y no quería que fuera otra persona. El amor por ella es tan grande que traspasa fronteras.

Su amor por la espiritualidad la llevó a viajar por medio mundo buscando incansablemente lo que la hiciera volar, sentirse libre. Así descubrió su pasión por el *reiki*, una técnica de canalización y transmisión de energía vital a través de la imposición de manos, que utiliza para obtener paz y equilibrio en todos los niveles: físico, mental, emocional y espiritual. Es decir: armoniza y equilibra los *chakras* de tu cuerpo. Para poder encontrar su gran pasión, viajó hasta Japón, donde un gran maestro le enseñó todo lo que necesitaba saber sobre esta técnica.

Así llegó a convertirse en nuestra gurú personal, la voz que siempre nos insta a volar, a descubrirnos a nosotras mismas. Aunque yo últimamente ando un poco perdida, creo que ella algo nota. Lo bueno de mis amigas es que siempre han respetado mis decisiones, ellas saben que cuando desee hablar, lo haré.

El cabello lo lleva largo, muy largo, tiene una gran melena castaña que nunca llega a peinar. Sus ojos verdes con motas marrones transmiten una gran serenidad, es como mirar un mar en calma.

Enamorada de la naturaleza, se marchó a vivir al campo. Una pequeña casita en las afueras de un pequeño pueblo de Murcia. Allí ha conseguido la paz que tanto buscaba junto a su marido y sus hijos, aunque de vez en cuando se da una pequeña escapada a su amado Tíbet.

—A ver, África. ¿Dónde piensas marcharte ahora, alma de cántaro? —Marta se preocupa por nuestra amiga, siempre viajando a lugares exóticos donde ella piensa que el peligro acecha en cada rincón.

—Ya lo he dicho. No lo sé, pero pronto lo sabréis.

—¿Y tú Candela?, te veo muy callada. ¿En qué piensas?

—Carlota, no te lo vas a creer, pero mi niña me va a presentar a su novia esta tarde.

—¡eso es fantástico! Es la primera pareja que te trae Olimpia a casa, ¿no?

—Pues sí, chicas. No sé qué pensar. Sabéis que yo siempre he tratado de que mi niña sea libre de elegir de quién se enamora, pero no pensaba que fuera tan pronto. El «cari» está de los nervios. ¿Y si le hacen daño? No quiero que le rompan el corazón. Joder, no me acostumbro a esto de ser una madre comprensiva, si por mi fuera encerraría a Olimpia hasta que cumpliera los cincuenta.

Candela es la mujer más fuerte y constante que podáis imaginar. Su afán de superación hace que las demás tengamos esperanzas de ser mejores en todo lo que nos propongamos.

Trabaja con tesón, levantó su empresa desde cero, sola, sin ayuda. Aunque ahora tiene a su lado a su mayor apoyo, su Cari (apodo cariñoso con el que solemos llamarlo), que junto a su hija Olimpia, cada día hacen que la empresa se afiance más.

Es nuestro gran apoyo en el grupo. Un gran pilar en el que nos sostenemos todas. Aunque su trabajo no le da mucho tiempo libre, siempre busca un hueco para estar con nosotras.

—Tu niña tiene que tropezar en la vida y no puedes estar detrás siempre para cogerla, pero sí puedes estar ahí cuando caiga para arroparla entre tus brazos. Pero bueno, no debemos precipitarnos, seguro que es un amor de juventud. Esos amores van y vienen.

—Llevas razón, Carlota. Sin embargo, no puedo dejar de tener miedo. Hace nada era mi pequeña y ahora está pensando en el amor. No sé cómo actuar ante esta situación. Es nueva para mí.

—A ver, nena, que la niña tiene que experimentar. Déjala que disfrute de la vida. Lo único que tienes que explicarle son los riesgos del sexo sin protección. Sexo seguro, ante todo. —Ahí tenemos a nuestra empresaria del olivar, sacando la luz que nos falta. Ella es una mujer libre que se enamora de las almas de las personas, no de su género.

—Dejemos de hablar de mí. ¿Y tú qué Carlota?, ¿te aburres mucho por la sierra sevillana? ¿Para cuándo esa barbacoa que nos debes?

—A veces me siento un poco sola, aun así, ya he hecho algunas amigas. He conocido a una mujer muy especial; Luisa. Salgo con ella a veces para tomar café y dar algún que otro paseo. Es artesana, hace abalorios de bisutería y no tiene mucho tiempo, si le sumamos el trabajo y la casa. Aunque a veces algo le sobra para tomar un café conmigo y hacerme compañía. Esos momentos son los que me alegran el día. Además, este es un pueblo muy bonito, las gentes son muy amigables y hay mucha vida en sus calles.

—Me alegra que por fin socialices. Ya verás, que poco a poco, te irás adaptando. —Marta me anima. Si ella supiera…

Mi móvil suena, tengo un mensaje del innombrable. Hoy viene a casa, pero llega tarde y no quiere que lo espere despierta. Ya no me sorprende pues nuestra vida juntos no existe y, a decir verdad, sigo sin querer verlo después de lo que pasó.

No sé si seré capaz de mirarlo a la cara. Tengo miedo de que pueda volver a hacerlo. Sé que tarde o temprano me tengo que enfrentar a él, pero todavía no estoy preparada.

—Chicas, os dejo, tengo que ir a recoger a mis niños al cole. —Marta se desconecta la primera.

—Yo también me marcho. Voy a ducharme, la clase de yoga me ha dejado muerta.

—Yo, sintiéndolo mucho, también os abandono. Voy a seguir con la cosecha de la aceituna. Un beso a todas guapas.

Nos quedamos solas Candela y yo. Sé que quiere hablar conmigo. Lo presiento y temo esta conversación, intuye que me pasa algo y no se andará con rodeos.

—Ahora que estamos solas. ¿Cómo te encuentras? Tus ojos no brillan, algo me dice que te estás marchitando. Sabes que puedes contar conmigo, ¿verdad? —Mi amiga me conoce demasiado bien, pero no estoy lista para desvelar mi aterradora verdad.

—Lo sé, Candela. Sé que todas estáis ahí, pero necesito tiempo para poner en orden mi vida. No sé qué está pasando y si te digo la verdad, me siento desbordada con esto del matrimonio.

—Te está consumiendo tu vitalidad cariño, antes no eras así. ¿Dónde está la Carlota con la sonrisa eterna? Esa que nos hacía reír con sus payasadas.

—Estoy aquí Candela, solo que… necesito tiempo. Cuando esté preparada, os contaré todo lo que queráis saber.

—Como quieras, pero te repito que siempre estaremos a tu lado.

—Lo sé y te lo agradezco. Aun así, dadme un poco más de tiempo.

—Sabes que mi casa en Asturias está vacía, ¿verdad? Es tuya y cuando la necesites, solo tienes que decírmelo.

Agradezco infinitamente que, Candela, esté en mi vida, no sé qué haría sin ella. Sé que me dejaría su casa sin dudarlo, pero no me gusta abusar de la gente que me quiere ni pedir favores.

Al cabo de unos minutos nos despedimos con la promesa de que nos mantendremos en contacto más a menudo. Sabe que algo me ocurre y no lo dejará pasar, lo sé.

Después de un largo día, decido marcharme a la cama. No sé cuándo me quedo dormida, cuando, en el silencio de la noche, escucho un ruido que me sobresalta. Voy a ver qué pasa.

El sonido procede de su habitación. ¿Ya ha llegado? Me acerco en silencio. Si está dormido no quiero despertarlo, puesto que se enfadaría mucho y no me apetece nada que se vuelva a enfadar. Voy con pies de plomo desde lo sucedido aquel fatídico día.

La puerta está entreabierta y lo que veo me deja sin palabras.

¿Se está masturbando? No me lo puedo creer. Pero ¿qué coño le pasa? Me tiene en la habitación de al lado. Soy su mujer, joder. ¿Tanto asco le doy?

Me miro el cuerpo y siento que no soy lo suficientemente guapa. Es eso, no soy atractiva para mi marido, por eso me aborrece. Por eso prefiere su mano a mi cuerpo.

Todo esto me está destrozando, ya que jamás pensé ver algo así. Desde que nos hemos casado no me ha tocado. Le he dado su espacio, pero esto ya es demasiado. ¿Hasta dónde llegaremos?

No quiero seguir así. Todo esto me sobrepasa y ya no sé qué hacer.

«¡Joder, Carlota! Vámonos, él no nos quiere. ¿Qué más pruebas necesitas?». Mi vocecilla me devuelve a la cruel realidad que estoy viviendo.

Me marcho a mi habitación con las lágrimas corriendo por mis

mejillas. Mi matrimonio no tiene solución. ¿A quién quiero engañar? Está claro como el agua. No debía de haberle perdonado aquellas infidelidades. Si se acuesta con otras, es porque yo no soy suficiente.

A la mañana siguiente me levanto y lo veo tomando café en la mesa de la cocina. No le digo nada, no me atrevo. No quiero que vuelva otra vez a descargar su rabia contra mí. No sé por qué ha cambiado, y no me apetece averiguarlo.

—Buenos días. —Mi tono es neutro, no me apetece fingir. Total, si este matrimonio está roto desde el principio, ¿para qué hacer un paripé?

—Buenos días, Carlota. —Su tono es frío y cortante.

—¿Llegaste muy tarde anoche?

—No, pero estaba muy cansado y decidí marcharme a dormir.

Sí claro, a dormir. Joder, vaya mierda de vida. Todo son mentiras.

«Espabila, nena. Márchate lo antes posible». Estoy empezando a reconsiderar a esa vocecilla que sale de mi interior.

—¿Hoy vienes a comer? Puedo preparar algo que te guste. ¿Te apetece algo en especial? —¿Qué estoy haciendo? ¿De verdad voy a hacer como si nada hubiese pasado?

—No, tengo que hacer un viaje largo y no vendré hasta la semana que viene.

—No lo sabía, podías haberme avisado.

—No tengo que darte cuenta de lo que hago o dejo de hacer. A ver cuando te enteras, Carlota. Aquí tú no eres nadie, que te entre en esa cabecita tuya.

No hablo más por miedo, no quiero que vaya a más, que se enfade y… no. No me apetece discutir. Dejaré pasar mi vida, a lo mejor la cosa mejora.

Sin más, terminamos de desayunar y se va.

Me embarga la tristeza, se ha instalado en mi cuerpo y en el fondo de mi corazón. Tengo mucho en lo que pensar, estar sola estos días me vendrá bien para aclarar mis ideas. He de tomar una decisión, porque no puedo seguir así. Mi vida tiene que cambiar.

«Esa es mi chica. Coge el toro por los cuernos y manda a este pelele al infierno. Vivamos la vida que nos merecemos». Esta vez mi razonamiento me convence.



6. Como no lo vi venir…

Ya llevamos seis meses casados, de los cuales solo nos hemos visto uno. Por si fuera poco, seguimos durmiendo en habitaciones separadas. No hay peleas, yo intento evitarlas haciendo todo lo que me dice, puesto que cada vez se comporta peor. Es más agresivo y tengo miedo de que algún día, se le vaya de las manos, no controle su fuerza y termine en el hospital. O algo peor…

Aún recuerdo el primer insulto. Lo tengo grabado a fuego en mi memoria. Todavía éramos novios y esa noche me dejó temprano en casa. Decía que estaba cansado y no hice preguntas (aún confiaba en él en aquellos momentos). A la mañana siguiente me recogió andando y fuimos a buscar el coche que, por alguna extraña razón, no estaba en el mismo sitio donde lo aparcamos la noche anterior (de novios vivíamos muy cerca el uno del otro, por lo que siempre aparcábamos en el mismo lugar y me acompañaba andando a casa). Eso me escamó un poco, pero no le di más importancia. Al poner la radio me di cuenta de que no sonaba la misma música. La noche anterior dejé puesto un CD de los Red Hot Chili Pepper, mi grupo favorito. En

cambio, sonaba Malú. ¿En serio? ¿Malú? Jamás escuchaba esa música, no era mi estilo. Ni siquiera teníamos CD de esa cantante. Estaba claro que no era nuestro, sino de otra persona.

En ese momento me di cuenta de que algo no cuadraba. Le pregunté sobre el tema y me respondió con una mirada gélida. Un escalofrío recorrió mi cuerpo al comprender que había salido sin mí. Lo peor fue que me lo confesó. Había estado con otra. Me lo dijo así, tan tranquilo, como si fuera lo más normal del mundo.

La rabia salía por cada poro de mi piel. Me sentía engañada, ultrajada y no entendía como había hecho aquello. ¿No tenía suficiente conmigo? Una acalorada discusión terminó con un insulto despectivo por parte de él. Yo no me merecía que me tratara de esa manera, ya que no había hecho nada malo. Había sido él el que había sido infiel y yo idiota, no supe reaccionar. Me mandó callar, me entró el pánico y me marché de allí con las lágrimas corriendo por mi rostro.

¡¿Cómo pude ser tan imbécil?!

Al día siguiente apareció por la puerta de mi casa con un precioso ramo de claveles (mi flor preferida), pidiéndome perdón. Con bonitas palabras me rogaba que volviera con él, que no volvería a suceder… ¡qué tonta fui!

No tenía que haberlo perdonado. Ese fue el principio del fin. En las otras infidelidades que se sucedieron después, ni se dignó a esconderse ya que sabía que al final lo perdonaría. Tenía una fijación por las menores de edad y las mujeres con cara de niñas. Yo no era así. Mi rostro siempre hizo que pareciera mayor y creo que ese fue el detonante para que comenzara a tratarme mal. No era su prototipo de mujer, pero entonces, ¿por qué seguía conmigo?

«Ese día deberías de haber salido corriendo. Esa fue la primera señal. Nunca le gustaste, solo te quería para aparentar, ¿no te das cuenta, Carlota? Eres solo un títere en manos de un desalmado», susurra esa parte de mí que siempre supo lo que ocurría, pero no quise escucharla.

Hoy vuelve de un largo viaje. No sé si tengo ganas de estar en la misma habitación que él. Desde la noche que descubrí lo que hacía en la soledad de su dormitorio, empecé a huir de ese hombre. Le pongo la excusa de que estoy cansada y me marcho a la habitación. Es cierto, estoy agotada mentalmente.

Desde que estamos casados no me ha tocado ni una sola vez. Al principio lo buscaba, pero ahora huyo de él. Tengo tanto miedo a que vuelva a pegarme que solo me limito a seguir viviendo sin hacer nada que pueda enfadarle.

Decido ir al mercado para comprar algo para comer, pese a que sé

que me criticará la comida. Sin embargo, he llegado a un punto en el que todo me da igual. Me he convertido en un ser que vaga por las calles con la monotonía que caracteriza mi vida. Me levanto, voy al mercado, vuelvo, hago la comida, limpio y descanso tan solo para comer y dormir. Todos los días igual. Únicamente me permito el lujo de tomar café a veces con mi querida amiga Luisa, que se ha convertido en el pilar donde apoyarme.

No sé qué haría sin ella. En este hermoso lugar me encuentro muy sola, y su compañía, me alegra el día cuando tenemos ocasión de vernos.

El ambiente es jovial en las calles del pueblo, la gente hace vida con los vecinos; conversan, sonríen, disfrutan. Quisiera hacer lo mismo, pero soy reticente a hacer nuevas amistades y huyo por temor a las críticas. Envidio su felicidad. Miro a esas personas como si viera una película antigua en la que sus protagonistas llevan una vida sencilla, sin grandes lujos, pero también sin miedos.

Al pasar por el bar de la localidad me encuentro con Luisa que está sentada como siempre en la misma mesa. Decido sentarme a tomar un buen café. Hoy lo voy a necesitar. Ella, con su sonrisa, me invita a coger una silla. Llamo al camarero que, nada más verme, ya sabe lo que quiero: un café con leche muy caliente y azúcar moreno. Me gusta disfrutar del café, por eso siempre lo pido así para poder saborearlo despacio.

—Hombre a ti quería verte. Llevo días sin saber nada de mi nueva amiga. ¿Dónde te metes mi niña?

—¿A mí? Y ¿para qué quieres verme? Aquí estoy, cuéntame. —añado sorprendida, dado que no imagino para qué me puede necesitar.

—He hecho algo pensando en ti. Creo que te gustará, que es perfecto para ti y, además, lo he hecho con todo el cariño del mundo.

¿Algo para mí? No puedo creerlo. Me hace un regalo y sin apenas conocerme. Me siento abrumada. Un pellizco me aprieta el corazón, hacía tiempo que no me sentía querida.

Saca una pequeña cajita cuadrada de su bolso. Está bellamente decorada con un elegante lazo rojo, y la caja es de un azul oscuro terciopelo. Mis ojos brillan de la emoción y una lágrima de felicidad recorre mi mejilla.

—¡Venga, ábrelo! —La impaciencia de Luisa hace que salga de mis pensamientos. Le respondo con una sonrisa y suelto el lazo.

Mis manos tiemblan, pero lo abro con determinación. Ante mí aparecen unos bonitos pendientes con forma de bellísimas mariposas llenas de colores. Son maravillosos. Nunca había visto unos igual. Me quedo absorta mirando los colores que tienen y su combinación de verdes, amarillos, naranjas… son perfectos y pegan con todo.

—Dios mío, Luisa. ¡Son preciosos! No debiste hacerlo por mí, no los merezco. No creo que pueda aceptarlos. Te habrá costado mucho trabajo hacerlos. Se ve que están hechos con mucho mimo y cuidado. De verdad que son una obra de arte, no creo que deba quedármelos.

—Claro que debes. Los hice para ti y son tuyos, te pertenecen. No sé si lo sabes, pero estas mariposas son sinónimo de buena suerte, prosperidad y fortuna. Si hay algo que se desea con fuerza, pronto llegará. Necesitas un amuleto de la suerte. Además, las mariposas son el símbolo de la transformación femenina, del resurgir como persona y tú más que nadie necesitas resurgir, volver a brillar. Porque tus ojos me dicen que no eres feliz y tienes que serlo. Mereces serlo.

—Yo… —No me salen las palabras de la emoción.

—Mi niña, tu mirada refleja melancolía, una tristeza que no concuerda con tu belleza y tu amabilidad. Tienes un gran corazón y mereces ser feliz. Deberías mimarte y pensar en ti por una vez.

No sé qué decir ante esas palabras tan maravillosas. Ella es especial. En el poco tiempo que nos conocemos me ha acogido como a una más de su familia y no sé cómo podré agradecérselo. Le doy un efusivo abrazo silencioso, es lo único que tengo.

Me coloco los pendientes. Veo que me quedan genial y ella me lo hace saber con su preciosa sonrisa. Suspiro contenta, hoy me ha hecho sentir bien, y eso jamás podré pagárselo.

Al cabo de un rato y unos cafés decido marcharme, tengo muchas cosas que hacer y no quiero que se me haga tarde. Además, si llega y no estoy en casa, puede enfadarse mucho y no quiero eso.

«Despierta, nena. Él se enfadará de todas maneras. ¡Que le den al capullo!», por una vez mi mente y yo estamos de acuerdo. Aun así, me voy a hacer la comida, por si acaso.

He decidido preparar un buen potaje de garbanzos pues sé que le gusta la comida casera. Bueno, la de su madre, pero no cejo en mi intento de que, algún día, diga algo bueno de mi cocina. Luisa me ha estado enseñando algunos trucos y he mejorado bastante. Ahora preparo unos guisos bastante buenos y me siento orgullosa de mí misma en ese aspecto.

Llega pronto a casa, no lo esperaba tan temprano. Por suerte ya está todo listo. Pongo diligente la mesa, no quiero que se enfade. Hoy creo que le gustará lo que he preparado y puede que la cosa mejore entre nosotros.

—Hola, ¿cómo ha ido el viaje? —pregunto con naturalidad. Necesito entablar una conversación neutra, no quiero incomodarlo. Un saludo imparcial no da pie a discusiones entre nosotros.

—No quiero hablar de trabajo, Carlota. Estoy agotado. —Otra vez esa cara de perro rabioso—. Ponme la comida, que vengo hambriento. A ver con qué me sorprendes hoy, ¿o vas a volver a decepcionarme?

—Ahora mismo te la traigo, creo que hoy te sorprenderé gratamente.

Me apresuro a poner los garbanzos, esperando que hoy sí que le gusten. Los acompaño con una buena ensalada de lechuga, tomate, zanahoria, cebolla y atún (su favorita). Pongo el plato frente a él, lo miró esperanzada retorciéndome las manos, y me pregunto nerviosa: «¿Habré acertado hoy?».

Mira la comida, coge la cuchara y la mete en el plato. La llena de garbanzos y se la lleva a la boca. Lo miro expectante, volviéndome a interrogar: «¿Le gustará?».

Su cara de asco lo dice todo, el odio con que me mira me hace saltar las alarmas. Me preparo para una futura discusión.

—Joder, ¿qué mierda es esta? ¿Cuándo coño aprenderás a cocinar? —Se levanta furioso—. ¿Tan difícil es hacer unos putos garbanzos? ¡Hasta un niño los haría mejor que tú!

Inmediatamente cierro los ojos, ya sé lo que viene ahora. Por inercia me escondo entre mis brazos. Un ruido ensordecedor me hace abrir los ojos asustada. Ha tirado el plato de comida contra la pared. Los garbanzos se deslizan por esta con lentitud dejando un reguero de manchas anaranjadas. Lo miro aterrada.

«Huye, no te quedes ahí parada. Vamos, cariño. Reacciona». Mi cabeza me insta a que salga corriendo, pero presa del miedo, me quedo inmóvil.

—Estoy harto de esta mierda, no aguanto más. No puedo seguir viviendo contigo, Carlota. —¿Qué él no aguanta más?

—No te entiendo, ¿qué quieres decir? —Es tanta la indignación que mis lágrimas amenazan con salir.

—Me voy a casa de mi madre y espero, que cuando vuelva, no estés aquí. Márchate de mi casa. No voy a mantener a una inútil como tú.

—¿Y dónde voy a ir? No tengo nada ni a nadie. —Esas gotas de agua salada comienzan a salir sin control. La cabeza me va a explotar.

—Me importa una mierda donde vayas, ¡pero márchate! ¿Me has entendido? No eres la mujer que esperaba. No sabes cocinar ni limpiar. No sirves para nada y tu cuerpo ha cambiado. ¡Me da asco! ¿Lo entiendes? No te quiero, y no quiero volver a verte.

—Entonces ¿por qué te casaste conmigo? Tú eres el que deseaba esto. Tú me incitaste a que nos casáramos.

Se acerca a mí amenazante. Doy un paso atrás y me encuentro con la pared, estoy atrapada. Me agarra del brazo y se acerca a mi oído despacio. Su aroma llega a mis fosas nasales, ese olor que antes me volvía loca y ahora me horroriza. Me provoca náuseas. No puedo estar cerca de él.

—¡Eres repugnante! Ningún hombre te querrá a su lado. No eres

nada. Márchate y no vuelvas.

Me suelta y se aleja de mí. Se aproxima a la puerta de la calle y la abre. Un sonoro portazo anuncia su salida. Sola, abandonada por un marido que me desprecia, me desplomo en el suelo. Hundo la cabeza entre mis brazos pensando: «¿Dónde iré ahora?».

«Llama a las chicas, ellas te ayudaran. Marchémonos de aquí, es nuestra oportunidad de escapar». Por primera vez, voy a hacer caso a mi voz interior. Tengo que llamarlas. Me aconsejarán, no me dejarán sola. Necesito ayuda. Les mandaré un mensaje al grupo para avisarlas.

La única que contesta es Candela. Las demás están trabajando en ese momento.

Candela: Dime guapa. ¿Qué necesitas de la mujer más bella que tienes como amiga?

Carlota: Hoy no estoy para bromas Candela. Necesito tu ayuda, por favor.

Mi voz suena apremiante. Ella no se lo piensa dos veces y me hace una videollamada, en cuanto su rostro aparece por la pantalla me derrumbo y comienzo a llorar desesperada.

—Shhhh, tranquila. Cuéntame qué ha pasado. ¿Qué ha hecho ese impresentable? Como te haya puesto la mano encima, lo mato.

Entre hipidos le explico lo sucedido. Ella se mantiene en silencio. Su rostro se muestra impasible, aunque sé que está maldiciendo por dentro. Me escucha con atención, ya se imaginaba que algo de esto podía pasar, dado que nunca le cayó bien y no lo disimulaba.

—No lo entiendes Candela. ¡No tengo a dónde ir! —Mi voz suena desesperada. Estoy asustada, si vuelve y me ve, podría pasar cualquier cosa.

—Tranquilízate. Lo primero que tienes que hacer es ir a tu habitación, recoge todas tus pertenencias y haz las maletas. Mientras voy a ir comprándote un billete de tren para Teruel, te vienes a mi casa. Y no me pongas excusas, ¡qué te conozco!

—Está bien —murmuro entre sollozos.

—Lo segundo, no me cuelgues el teléfono. Mientras preparas tu ropa estaré contigo. No me marcharé en ningún momento, ¿entendido? —Su voz sosegada y segura me calma.

—No sabes cuanto te lo agradezco, estoy tan asustada. No sé qué haría sin vosotras. Hoy no hay excusas, os necesito a todas.

—Ahora lo importante es que salgas pitando de esa maldita casa. ¿Conoces a alguien en el pueblo que te pueda acercar a la estación?

—Sí, Luisa me ayudará. Es una gran amiga.

—Vale, te mandaré tu billete al móvil. Y márchate de ahí cagando leches. Ese tío no te merece, es un impresentable y pagará por todo el daño que te ha hecho.

—Gracias, Candela. De verdad que no sé qué haría sin ti.

Me despido de ella y hago lo que me dice. Dejo aquella maldita casa sin mirar atrás y me dirijo a casa de Luisa. Ella no me hará preguntas, me ayudará sin reservas.

Salgo de mi cárcel particular sin saber qué me deparará el futuro. Esa incertidumbre me encoge en el corazón. Respiro hondo. Me limpio las lágrimas y camino temblorosa.

La casa de Luisa está cerca del mercado. Con mis dos maletas arrastrándolas por las calles del pueblo, llego a mi destino. La fachada de la casa está pintada en color crema con unos ventanales grandes de madera. La puerta de dos hojas con una aldaba en forma de mano invita a llamar. Es una casa imponente de tres plantas. En la primera, se encuentra el recibidor, el salón, un pequeño aseo y la cocina que comunica con el salón. En la segunda, se encuentran las habitaciones con un baño en cada una de ellas y, en la última planta, se sitúa el taller de Luisa; tiene un gran espacio donde crea preciosas obras de arte.

Me asaltan las dudas, no sé cómo reaccionará Luisa al verme allí, pero necesito su ayuda. Es solo un instante, pues sé que ella no me la va a negar. Llamo a la puerta y espero a que salga.

Me abre, y en cuanto me mira entiende al momento que no me encuentro bien. Abre sus brazos para que me cobije en ellos. Es muy reconfortante sentirse querida. Me derrumbo entre aquel cálido abrazo y lloro desconsoladamente como una niña pequeña. Ella, sin decir una palabra, me da lo que en ese momento necesito, el calor de una amiga.

—Pasa cariño, y cuéntame por qué estás en este estado. ¿Quieres una tila?

—Luisa, siento importunarte, pero…

—No te preocupes, pasa. Sabes que me tienes para lo que quieras. Anda, entra que te preparo esa tila. Te va a hacer falta.

Camino hacia el salón y me siento en el sofá esperando a que mi amiga prepare la infusión. Mis nervios se van calmando, con la ternura en su mirada, que me tranquiliza más que la tila.

—Aquí tienes preciosa. Cuéntame porqué estás así.

Me abro en canal en ese sofá, necesito soltar todo lo que llevo dentro. Le cuento todo, absolutamente todo lo que me ha hecho vivir y sufrir este tiempo. Ella me observa. No me mira con pena, y lo agradezco. No quiero sentirme una víctima.

—Lo primero, quiero decirte que me tienes para lo que necesites.

—Lo sé. —Mi llanto ha cesado, pero mi inseguridad sigue ahí.

—Y lo siguiente, ¿sabes qué medidas vas a tomar? ¿Lo vas a denunciar? Podemos ir ahora, te acompañaré. No te pienso dejar en ningún momento sola y ni que decir tiene, que te puedes quedar en

casa todo el tiempo que te haga falta.

«¿Denunciar?». Nunca me lo había planteado, pero tiene sentido. Tendría que hacerlo. «Soy una víctima de maltrato, ¿no? ¿Será todo culpa mía?». Estoy confusa. Tal vez más adelante.

—Solo quiero salir de aquí. Mi amiga me ha comprado un billete de tren para Teruel y me marcho con ella.

—Pienso que no debes huir, sin embargo, es tu decisión y te voy a apoyar, aunque no la comparta. Te llevaré a la estación, pero si alguna vez quieres denunciarlo, aquí estaré para ayudarte. Ya sabes dónde estoy y tienes mi número de móvil para llamarme cuando quieras desahogarte. Sea la hora que sea, aquí estaré.

—Muchas gracias, Luisa. Jamás podré pagarte lo que estás haciendo por mí.

Pasamos largo rato hablando en el sofá. Me relaja la manera que tiene de hablarme. Sé que con ella tendré una amiga para toda la vida y atesoro cada momento que paso a su lado, como lo que es, el mayor tesoro que hayan podido ofrecerme.

El tren sale a las nueve de la noche. Luisa me lleva a la estación, la despedida promete ser amarga. Una amiga así es para siempre.

—Es hora de decirnos adiós, te voy a echar mucho de menos. —Sé que sus palabras son sinceras.

—Y yo a ti, Luisa. Eres una gran amiga. Jamás te olvidaré.

—Recuerda, cariño: Nunca te abandonaré. Y que no se te olvide: SIEMPRE POSITIVA.

Una solitaria lágrima cae por mi mejilla derecha, creo que ya estoy seca de tanto llorar. Un cúmulo de sentimientos afloran por todos los poros de mi piel. Por un lado, no quiero marcharme del lado de esa gran mujer, por el otro, tengo que salir de allí.

No estoy huyendo, estoy buscando mi camino. Ya es hora de volver a ser yo. No obstante, los comienzos nunca son fáciles y me aterra el volver a empezar.

—Vamos preciosa. No llores, que nos vamos a volver a ver. Mantendremos el contacto y cuando estés preparada para afrontarlo, aquí estaré esperándote. Nunca dudes de ti, eres una mujer fuerte que saldrá adelante. Jamás te rindas, ¿me oyes?

—No sé cómo agradecerte lo que has hecho por mí, has sido mi primera amiga en el pueblo. Me has enseñado a cocinar, aunque él no lo apreciara nunca. —Una sonrisa aparece en mi rostro recordando el día que la conocí.

—Él se lo pierde, cariño. Tú y yo sabemos que mis lentejas son las mejores. Ahora sube a ese tren y piensa en tu nueva vida. No te rindas y afronta lo que venga con una sonrisa, que la tienes preciosa. No lo olvides, no estás sola.

Me despido con la promesa de volver a verla y me encamino a mi nuevo destino. Tengo miedo, no sé qué voy a hacer a partir de ahora. Lo que sí tengo la certeza es que no volveré a mirar atrás. Dejo el pasado donde está, toca mirar al futuro. Un futuro incierto, pero que se muestra más esperanzador que mi presente y mi pasado.

«Allá vamos, Carlota. Juntas y libres. Podríamos buscar a un maromo de esos que están para mojar pan y darnos un festín». Mi cabecita loca vuelve a aparecer poniendo ese toque de humor a mi vida.

Jamás pensé que salir de allí fuera tan liberador, casi sin querer una leve sonrisa sale de mis labios. Empiezo a sentir que poco a poco el peso que llevo sobre mis hombros va desapareciendo. Hasta el aire me parece diferente, como si entrara más cantidad en mis pulmones.

¡Soy libre! Podía gritarlo a los cuatro vientos. ¡SOY LIBRE!



7. Teruel

En la estación me espera Candela y su hija Olimpia, una niña con una fuerte personalidad. Su carácter es una mezcla de ambos padres. Es afable, pero cuando saca a relucir su lado salvaje es como su madre Candela, un volcán en erupción. Para su edad (catorce años), es responsable, ayuda en casa, en las labores del campo y no deja atrás sus estudios y aficiones. Sus ojos color avellana y su larga melena castaña muestran un rostro angelical que la hace más bella si cabe.

Nada más verme se abrazan a mí, y siento que las necesito. Necesito su calor, su amor. Las tres lloramos por un cúmulo de sentimientos: lágrimas amargas; por todo lo que ha pasado, de felicidad; por nuestro reencuentro y de incertidumbre; por no saber lo que ocurrirá mañana.

—Por fin te desprendes de esa garrapata que tenías agarrada. Joder, Carlota, menos mal que has despertado de tu letargo. Bueno, miremos el lado positivo, nos hemos librado del capullo insensible.

—Mamá, joder. No seas dura con ella. ¿Qué hablamos antes de salir de casa?

Olimpia siempre ha sido una chica muy sensata y madura para su edad. Sonrío al ver la escena, tanto cariño me reconforta, me hace sentir, que nada ni nadie, podrá hacerme daño.

—Así me gusta. No quiero caras largas, ¿entendido? Carlota, tu sonrisa tiene que volver. Tienes que ser tú otra vez y nos vamos a encargar de que así sea. —Mi amiga viene dispuesta a levantarme el ánimo.

—Cuánto te he echado de menos, mi querida Candela. —Mis palabras suenan sinceras. Adoro a mi amiga, porque es capaz de hacer sonreír al más pesimista.

—Y a mí ¿qué? ¿No me has echado de menos? ¡Habrase visto! Claro, como soy la niña, ¡que me den! —Olimpia me reclama. La adoro.

—Por supuesto, cariño. A ti te echo de menos más que a nadie. Sabes que siempre serás mi niña, aunque creo que ya eres toda una mujer.

—Ya estamos, joder, Olimpia, que es mi amiga. —Los celos de Candela hacia su hija no son más que meras bromas para hacerme reír. Para ella su hija es lo primero en la vida.

—Tranquilidad, chicas, hay Carlota para todas. Ya tendréis tiempo de aburriros de mí.

—Eso nunca, que lo sepas. —Mi querida Olimpia me deja claro su postura, luego me agarra del brazo y vamos juntas hasta el coche.

—Vámonos, que el Cari está a punto de arrancar y, al final, con tanto parloteo, se va sin nosotras.

—¡Ha venido! Qué ganas de verlo… —Adoro a su marido, pues es el Cari de todas.

—Como para dejarlo en casa. Ya sabes cómo es, no se pierde una. Chica, así no me busco a otro, porque no me deja ni a sol ni a sombra.

—No te quejes, que te adora y tú no sabrías vivir sin él.

—También es verdad, para qué voy a engañarme. Anda, vamos, no le hagamos esperar, sabes cómo es de impaciente.

Nos encaminamos hacia el aparcamiento. Allí está, ese gran hombre, apoyado en el coche con la mirada tierna y una sonrisa adorable. Marido de Candela y padre cariñoso de Olimpia, la hija de ambos. Es un hombre sencillo, de costumbres básicas. Es feliz junto a las mujeres de su vida: su mujer y su hija. Sus ojos marrones desprenden calidez, su cabello es negro como el azabache y su piel morena castigada por el sol del campo, hace que su atractivo sea aún mayor. Es un hombre bueno de carácter afable, lo que hace que el matrimonio con Candela sea un tándem perfecto. Por mucho que ella grite y se enfade, él jamás perderá los papeles. Ama a su mujer y a su hija.

Abre sus brazos y yo me encierro en ellos. Ahora sí me siento en

casa. Ellos son mi hogar.

—Vamos, pequeña. Te hemos preparado tu habitación y una cena estupenda. —Siempre pendiente de todo.

—La verdad es que mamá no ha hecho mucho. Todo lo ha hecho papá.

—Tú calla, niña. Que se crea que yo he colaborado en algo. —Ella siempre está trabajando en los almendros. Su familia lo acepta así y se encargan del resto de las tareas.

—Pero mamá, si hoy no has salido del terreno. Parece que vivas entre los almendros.

—Son mis hijos, ¿es que no lo entiendes?

—Joder, mamá, yo también soy tu hija.

—Ay, mi pequeña está celosa de los almendros. Tú sabes que eres insustituible, el amor de mi vida, mi pequeña almendrita.

—Ya mamá, no empieces. ¡Y no me llames así!

—Haya paz, chicas. Vamos al coche que se nos hace tarde.

Candela y Olimpia siempre están igual, pero su amor y su unión va más allá de esas bromas. Las observo con admiración y un poco de envidia, nunca tendré lo que ellas tienen. Esa unión madre e hija.

Llegamos a casa bastante tarde. Estoy agotada del viaje y todas las emociones por las que he pasado, por lo que decido acostarme sin cenar. Aunque la cena parece exquisita, mi cuerpo no da más de sí. Mañana será otro día.

Tras un rato dando vueltas entre las sábanas, me acerco a la ventana. Rememoro todo lo ocurrido. Soy libre pese a que no sé qué me deparará el futuro y eso me crea cierta inquietud. Jamás estuve sola, sin embargo, siempre me sentí sola.

Por la mañana me despierto con el canto del gallo. ¡Gallo! ¿Candela tiene un gallo? Sé que le gustan los animales, por su finca corretean gatos, incluso una cabra, pero nunca me dijo nada de un gallo.

¡Agggg! Estoy cansada y el maldito gallo no para de cacarear.

«Carlota, apaga el despertador. ¡Así no hay quien duerma!» Mi subconsciente está agotado, igual que yo. Debemos apagar ese puto despertador…

Me levanto, me aseo y bajo a la cocina. Ya están todos despiertos y preparando el desayuno. Sonrío pensando en que podría acostumbrarme a esto; un desayuno en familia. Cómo añoraba esos momentos donde todos se sentaban a la mesa a hablar de trivialidades.

—Buenos días, dormilona. —Candela ya está lista para empezar a faenar en el campo.

—Ummm, ¿qué hora es? —Me froto los ojos con las manos. Estoy

agotada, necesito dormir un poco más. ¡Maldito gallo!

—Son las cinco de la mañana. ¿Te apetece un café? —Abro los ojos desmesuradamente al oír la hora que es.

—¿¡A las cinco de la mañana!? Pero ¿a dónde vamos tan temprano? Y ¿por qué me he despertado con el quiquiriquí de un gallo?

—Ah, ese es Perico. Lo tenemos desde hace poco. ¿No te parece una ricura? En cuanto lo vi me enamoré de él. Tenía que venir con nosotros sí o sí.

—Un gallo. Candela, que vas a formar un zoológico. Una ricura dice, pero si me ha despertado con su incesante cacareo.

—Un zoológico no, pero una granja sí. Estoy pensando en comprar unos cochinos y algunas vacas, nos vendrán bien para los días de invierno, ¿no te parece?

—¿Sabes? A veces pienso que estás loca.

Así es ella. Desde luego, si se empeña, se hace con la dichosa granja. Estoy convencida.

—Espabila que nos vamos a los almendros. Hay muchas cosas que hacer y el tiempo apremia.

Uf, y ahí está Candela, la autoritaria. Mi día se va a hacer muy largo.

Nos adentramos por los almendros dando un paseo, en silencio. Me encanta este lugar, transmite mucha paz. Ahora entiendo por qué mi amiga pasa tantas horas aquí. Los árboles ya están en flor, son preciosos. Su olor es suave y aterciopelado. Un dulce aroma que invita a evadirme de la vida e imbuirme en mis pensamientos.

Candela me observa absorta. Sé que está tramando algo y me da pánico lo que pueda decir. Es muy impulsiva y a veces tiene unas ideas que… no sé. A lo mejor debo darle un voto de confianza. Al fin y al cabo, ella me ha ofrecido su ayuda.

—Suéltalo, lo estás deseando. ¿Qué pasa por esa cabecita tuya? No me asustes. Va, dímelo, no me tengas en ascuas.

—Ummm, ¿qué quieres que te diga? No te voy a decir que te lo advertí, porque no. Pero, joder, Carlota. Que ya sabíamos que esto iba a pasar tarde o temprano, que ese tío es un capullo. ¡Un puto maltratador! ¡Un maldito hijo de puta!

—Tomé una decisión y me equivoqué. No debí haberme casado. Pero no puedo cambiar el pasado. En cambio, sí mi futuro.

—Tampoco debías haberlo perdonado. Y sí, sin duda te ayudaremos en todo lo que esté en nuestra mano. De eso no te quepa duda.

Me quedo un momento en blanco. ¿De qué habla? ¿Acaso lo sabe? ¿Desde cuándo?

—¿De qué hablas Candela?

—Ya sabes de qué hablo. Todas sabemos de qué pie cojea. Te ha puesto los cuernos varias veces. Joder, que lo ha intentado con todas nosotras. No queríamos decírtelo, porque sabíamos que no entrarías en razón. Estabas muy ciega con ese cerdo, cariño. No nos hubieras creído si te lo hubiésemos dicho y no nos hubiéramos perdonado el perderte como amiga.

Eso no me lo esperaba. ¿Lo sabían? Mis sentimientos están a flor de piel. Tenía tanto miedo de contarles lo que me estaba pasando y resulta que lo sabían. Todo este tiempo escondiéndome para nada.

—Yo… no sé qué decir. —Siento que he fallado a mis amigas y, lo peor, que me he fallado a mí misma.

—No digas nada. Estamos aquí para apoyarte. Ya he hablado con las chicas, se lo he contado todo. Te van a dejar tu espacio y cuando nos necesites aquí estaremos. Para lo que sea. Cuando quieras hablar, te escucharemos, nos tomaremos unas cervezas y nos reiremos de todo. Verás como va a salir bien. Estamos contigo.

Su sinceridad me abruma. Me paso las manos por la cara y noto una lágrima caer por mi mejilla. Detrás, la siguen algunas más. Me derrumbo delante de mi amiga sin querer. No puedo más. Suerte que las tengo a todas.

Candela me abraza sin decir nada. Un abrazo de consuelo, de esos que últimamente tanto necesito y que me hacen sentir querida.

Al cabo de unos minutos, puedo tranquilizarme. Más serena, la miro y confieso mi pesar. No me gusta pedir favores y ahora mismo es lo único que hago.

—No sé cómo voy a pagarte lo que estás haciendo por mí. —Una cálida sensación recorre mi pecho.

—¿Tú no lo harías también por mí?

—Sin dudarlo. —Su sonrisa se ensancha al mirarme.

—Pues ya está. Para eso están las amigas. Y ahora alegra esa cara, que tengo una propuesta que hacerte.

—Miedo me das. A saber, lo que se te ha ocurrido.

Después de un gran paseo que me deja destrozada (ya no estoy hecha para caminar tanto), llegamos a casa y nuestro querido Cari ya nos tiene preparadas unas buenas cervezas fresquitas (si es que es un solete).

—¿Ya venís de vuelta?

—Estoy agotada. Tu chica no para, se piensa que los demás podemos llevar su ritmo.

—Anda no te quejes que hoy no hemos hecho nada, si solo has caminado. Estás hecha una floja, deberías volver a hacer ejercicio.

—Sí claro. A mí me dejas por hoy, que tengo los pies destrozados. Por cierto, ¿qué es eso tan importante que me tenías que decir? Al final, tanto hablar y eso, no me lo has contado.

—No te impacientes, ahora te explico. ¿Recuerdas la casa que heredé de mi abuela en Asturias? ¿En aquel pequeño pueblecito llamado Proaza? —Candela me mira con ojos inquisitivos esperando mi respuesta.

—Sí. ¿Qué pasa con ella?

—La tengo vacía y temo que se está deteriorando con el tiempo. Así que Cari y yo hemos decidido, que puedes vivir allí un tiempo hasta que decidas qué hacer con tu vida. Así la casa se va manteniendo y tú tienes donde vivir. ¿Qué te parece la idea? Es genial. ¿A que sí? Di que sí, Carlota. —Mi impaciente amiga me mira esperando una respuesta.

—¡Madre mía, Candela! ¿Lo dices en serio? Pero yo no puedo…

—Sí puedes. Si fuera al revés, tú lo harías por mí. Necesitas encontrarte, volver a ser tú. Y qué mejor manera que en un lugar apartado de todo y de todos. Además, ya te lo he dicho, necesito a alguien que se ocupe de ella. No quiero que la casa, de mi tan querida abuela, se deteriore o entre algún indeseable y la ocupe. Sabes que mi trabajo me absorbe mucho tiempo y no puedo ir tanto como quisiera al pueblo.

Mi amiga me ofrece una vía de escape. ¿Qué hago? Nunca he vivido sola. Sin embargo, me vendría muy bien. Necesito pensar…

«¿Qué coño tienes que pensar Carlota? Da un paso adelante y nos vamos a Asturias. ¿Habrá algún chico guapo por aquellos lares?» Otra vez mi cabeza haciendo de las suyas. Esta vez le voy a dar la razón a mi voz interior. La voy a escuchar.

«¡Aleluya! Por fin me hace caso. Esto se merece un brindis. Vamos a por una cerveza».

—Vale, pero con una condición. —Candela hace un gesto de victoria, levantando los brazos.

—¡Dispara!

—Buscaré un trabajo, te pagaré los gastos que ocasione y el alquiler. No quiero ser una aprovechada. —La mirada de mi amiga se enturbia; eso no le ha gustado.

—Tú no tienes que pagar nada. Eres mi amiga y me necesitas. No voy a aceptar que rechaces mi ayuda.

—Por lo menos déjame pagar el agua y la luz, o no aceptaré la ayuda que me ofreces.

—Eso ya lo veremos. Por lo pronto búscate a ti misma. Queremos que vuelva nuestra Carlota. Esa que nos hace reír, que nos hace sentir que la vida es bella y no una mierda como te la ha pintado el capullo ese. —Candela a veces puede llegar a ser muy persuasiva.

—Dejémoslo a él de lado. Está fuera de mi vida. No quiero volver a hablar de él, por lo menos por ahora.

—Me gusta escucharte decir eso. Nena, mañana comienza tu nueva

vida, ¿estás preparada? —Una sonrisa maliciosa asoma por la comisura de sus labios.

—¿Ya? ¡Qué rápido!, pero si no me he hecho a la idea aún.

—Cuanto antes te vayas, antes te encuentras.

—¿Ya me quieres echar de tu casa?

—No seas boba, sabes que te adoro. Aun así, tienes que buscar tu camino y aquí no lo vas a encontrar.

Pues me voy a Asturias con mi yo interior… «¡Viva!».

Espero haber tomado la decisión acertada, ya que acabo de dar un paso más hacia mi ansiada libertad.

Tendré que esperar a llegar a mi nuevo hogar para ver si he tomado la decisión acertada. Claro que tampoco es que tenga muchas opciones.

«Pero si es la mejor opción que nos han dado en mucho tiempo. Aprovecha Carlota, ya verás que nos lo pasamos genial juntas».



8. Un nuevo comienzo, Asturias

Nos levantamos, como no podía ser de otra manera, con el canto del gallo, pero esta vez no me dio pereza levantarme. Al contrario, me encaminaba hacia mi nueva vida y estaba deseosa de emprender el camino. Salimos bien temprano hacia Asturias. El trayecto es ameno, entre risas y bromas con Candela, que no deja que en ningún momento me venga abajo. Es un viaje largo, por lo que paramos a estirar las piernas en varias ocasiones, y comer un poco, a pesar de mis ansias por llegar a mi nuevo hogar.

Al fin vemos el pequeño pueblecito en el horizonte. La casa de Candela está situada en un lugar idílico. Allí te puedes perder por lugares donde solo escuchas el sonido de la naturaleza. Es un verdadero placer para los sentidos estar aquí, mirar a tu alrededor y solo ver el verde que predomina el paisaje y las enormes montañas que lo rodean. Como si estuviera en otro mundo, tal vez en otro país…

—¿Qué te parece? ¿Crees que podrás vivir aquí? —Me observa con atención, esperando la reacción que tanto desea. No me hago de rogar.

—Que, ¿¡qué me parece!? Joder, Candela, esto es el paraíso. Nunca

me imaginé vivir en un sitio así. —Mis ojos se iluminan ante el paisaje que se alza delante de mí.

—Pues espero que aquí encuentres a mi amiga. La echo de menos.

—Estoy aquí, solo necesito tiempo para recomponerme.

—Cuando necesites hablar, ya sabes.

—Lo sé.

—¡Ah! Una cosa. Que sepas que, aunque este es un pueblo pequeño, hay unos tíos que… vamos. Que te vas a alegrar la vista.

—¡¡Tía, que estás casada!!

—Y eso, ¿qué tiene que ver? Tengo ojos para mirar, ¿no?

—Eres incorregible, anda vamos. —Una sonora carcajada sale de ella.

La casa de mi amiga es la típica vivienda de montaña, toda ella de piedra con unas vigas gruesas de madera adornando la fachada. El porche es de lo más acogedor con dos mecedoras antiguas, parecen de roble, y una coqueta mesita a juego. Ese pequeño rincón me da que será mi lugar de lectura. Los postigos de las ventanas son del mismo tono oscuro que la puerta de dos hojas, estos los embellecen unos adornos de forja negros, mientras que a ella, la realza un llamador en oro envejecido en forma de mano. No tengo palabras para describir lo que siento en este momento.

Al entrar me veo envuelta en ese olor a hogar tan característico, alguien se ha encargado de encender la chimenea. El salón es diáfano y se comunica con la cocina. Todo está bellamente decorado con muebles en madera dándole calidez a la estancia, pero la encimera está hecha con azulejos de varios colores. Se ve alegre y sencilla. Me gusta.

—Le he dicho a mi amigo Nick que te preparara la casa para cuando llegáramos. Por esta época refresca mucho por las noches y al haber estado cerrada, está bastante fría. También te ha llenado la nevera, le dije que comprara todo lo que te gusta.

—No se tenía que haber molestado. ¿Dónde está? Me gustaría darle las gracias.

—Ya lo conocerás, a estas horas estará trabajando. Adora sus manzanas y seguro que estará preparando su famosa sidra, que por cierto también te ha dejado un par de botellas para que la probaras. Ten cuidado y no te las bebas del tirón, sube muy rápido a la cabeza.

—No sé qué decir, me siento tan abrumada. —¿Cómo una persona sin conocerme podía hacer todo esto por mí?

—Carlota, estamos contigo, no te vamos a abandonar. Seguro que aquí encuentras la paz que tanto necesitas. —Me sentía muy agradecida por todo lo que estaban haciendo.

Lo que me llama más la atención es una vieja máquina de coser arrumbada en un rincón de la casa. Siempre he querido aprender a

coser.

—Candela, esa máquina de coser… —Una sonrisa inesperada sale de mis labios.

—Ah, sí la vieja máquina de la abuela. Nadie la ha usado en años. ¿Te gusta coser?

Mis ojos se iluminan como los de una niña pequeña el día de Reyes.

—¿Que si me gusta coser? Me encanta. No sé mucho, pero puedo aprender.

—Pues ya tienes algo para distraerte.

—¿En serio? ¿Puedo usarla? —Mi sonrisa se ensancha aún más si cabe.

—Claro, nadie la usa ya y a mi abuela le hubiera encantado que alguien le diera utilidad. Yo no sé coser y jamás la usaré, así que quién mejor que tú para volver a darle vida. Eso sí, tendrás que ponerla a punto, son muchos años los que lleva parada.

—Bien, ya tengo una tarea para mañana. La dejaré como nueva. No sabes la ilusión que me hace, espero poder hacer cosas maravillosas. —Mi cabeza comienza a darle vueltas a unas cuantas ideas. Se me ocurren tantas para hacer con esa extraordinaria máquina…

—En aquel baúl tienes telas que mi abuela guardó hace tiempo, puedes usarlas también. No sé lo que habrá, porque ya te digo que nunca me llamó la atención la costura. Échales un vistazo y usa las que te hagan falta, ahora son tuyas.

—Muchas gracias, Candela. Te lo pagaré con creces.

—Aprende a coser y me haces una mochila. Con eso me daré por pagada.

—Eso está hecho. Será lo primero que haga. —Una nueva ilusión nace dentro de mí y me dejo llevar por esa inesperada sensación.

Candela me enseña la que será mi habitación. Cuando la abro me quedo sin palabras, es preciosa. Una cama grande con dosel preside el dormitorio, junto ella unas mesitas de noche con unas pequeñas lámparas le hacen compañía. El armario es de cuatro puertas en madera oscura haciendo juego con el resto de los muebles. En un rincón de la habitación se encuentra una pequeña chimenea de leña y, junto a ella, un butacón (otro rincón más donde poder relajarme y leer). El ventanal es bastante grande. Me asomo por él y las vistas a la montaña son fantásticas. No podía elegir un lugar mejor donde alojarme.

—No sé si es de tu gusto, pero a mi abuela le encantaban los muebles antiguos. La puerta del fondo es el baño. Vamos, que te lo enseño.

No me lo puedo creer, es un sueño hecho realidad. La casa es

maravillosa. El baño es sencillo, sin mucha ostentación. Lo que más me ha llamado la atención es la bañera, está sujeta con unas maravillosas patas de forja en color negro mate. Jamás vi una así. Sin duda, otro sitio donde relajarme. Necesitaré varios días para poder disfrutar de tantos rincones con encanto.

—Estoy sin palabras. La casa es espectacular, nunca creí que podría vivir en un lugar así. —Me siento afortunada por este gran regalo que me ofrece la vida. En especial, mi amiga del alma.

—Es toda tuya. Espero que la conviertas en tu hogar, que la disfrutes ya que yo no puedo hacerlo. Ahora te dejaré que te instales, me marcho ya, que mis almendros no se cuidan solos. Ah, una cosa más; mañana se pasará Nick para ver si necesitas algo. Es un chico fantástico y te caerá bien, ya lo verás.

—Le daré las gracias de alguna forma, aunque todavía no sé cómo. La casa está calentita y la nevera llena, ¿qué más puedo pedir?

—Se lo agradeces con un buen polvo, nena. Eso les gusta a todos los hombres. Además, está que cruje.

—Candela por favor, que no estoy yo para eso ahora —gruño indignada.

—Es solo una sugerencia. Ahí lo dejo…

Y así sin más, la loca de mi amiga se marcha dejándome sola en mi nuevo hogar.

«¡Hogar, dulce hogar! O eso espero… ¿qué hay de cena, niña?» En serio, mi vocecita me va a volver loca, aunque, por otro lado, me hace compañía…

«Di que sí. Nos lo vamos a pasar genial juntas, y si nos beneficiamos al tal Nick, mejor todavía». Lo que digo, si no estoy tarumba ya, me volveré. De eso no hay duda.

Ya tengo donde vivir, ahora toca acomodarme y buscar trabajo. Por hoy creo que ya es suficiente, el viaje me ha dejado agotada. Tomaré un buen baño relajante y una rica cena junto a esa extraordinaria chimenea. Paso los dedos sobre una estantería con varios libros que hay junto a ella. Veo que algunos son muy conocidos y otros, mis favoritos. Sin duda este es mi hogar.

Después de cenar, leeré un poco antes de acostarme en esa fantástica cama con dosel que estoy deseando probar. Hoy ha sido un día largo y toca relajarme.

El sol de la mañana entra por mi ventana. Hacía años que no dormía tan bien. Siento como voy dejando atrás los miedos, las inseguridades que él ha ido creando a lo largo de tantos años. En tan solo un par de noches lejos, ya me siento más segura. ¿Podré volver a ser feliz? ¿Encontraré aquí lo que estoy buscando?

Es la primera vez en mucho tiempo que siento una paz tan agradable. Si quiero volver a ser yo tengo que empezar desde ya. Hoy

iré a conocer el pueblo. No me vendrá mal estirar un poco las piernas, hacer un poco de ejercicio caminando y presentarme a los vecinos, pero antes prepararé un buen café para despertarme. No me vendría nada mal.

Umm, ¡qué bien huele a… ¿café?! ¿En mi casa? Pero si yo no he preparado nada… ¡Ay dios!, ¡que hay un ladrón en casa! ¿Y si es un asesino? O, peor aún, ¿un violador?

«Sí, claro. Y te está preparando un café antes de matarte o violarte. No te jode. Vamos, no fastidies y baja a ver quién te está preparando ese delicioso elixir. Me muero por probarlo».

Sí, sí. ¿Y si se piensa que no hay nadie? ¿Y si bajo y me hace daño? No quiero bajar. Tengo mucho miedo. Estoy sola, joder. ¿Y si es un asesino amante del café? ¡Ay, Dios! No quiero bajar.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí?

«Muy bien, Carlota. Ahora, si es un ladrón, un asesino o un violador, sabrá que estás aquí. Quién sabe, a lo mejor te responde. Si es que no se puede ser más tonta», ironiza mi vocecilla. ¿Y ahora qué hago? No puedo bajar, no me atrevo. ¡Mierda!

«Pues ¿qué vas a hacer? Bajar de una vez, que me muero por ese delicioso aroma que sale de la cocina».

—Buenos días. ¿Eres Carlota verdad?

«¿Y este adonis quién es? Me lo pido para mí. ¡Adjudicado a la voz de tu cabeza!». Le voy a dar la razón. ¿De dónde ha salido este tío?

—Sí, soy yo. ¿Y tú eres…? Y, ¿por qué estás en mi cocina?

—Perdona, si te he asustado, No era esa mi intención. Soy Nicolás, pero puedes llamarme Nick, el amigo de Candela. —Extiende su brazo para saludar, pero se queda suspendido en el aire...

—¿Y sueles entrar en las casas ajenas sin permiso?

¿Esa era yo? ¿De dónde ha salido la valentía? La verdad es que había entrado sin avisar como un vulgar ladrón. Normal que me enfadara, ¿no?

—Lo siento, no quería molestarte. Creí que te sentaría bien un buen café y unos bollos, son los mejores. Los hacen en la panadería de más abajo. Pruébalos, están riquísimos. —Mi desconfianza poco a poco se va desvaneciendo. Si es que me ganan con unos bollos...

«Riquísimo estás tú, nene. Uf, quien te cogiera». Esa voz puede conmigo, lo asumiré con la mejor dignidad posible y disimularé mis pensamientos.

—Bueno… de todas maneras quiero darte las gracias por lo que hiciste ayer por mí y, ahora que estás aquí, también por el desayuno. Cuando llegué, la casa estaba calentita, olía a hogar y me alegré mucho de no tener que ir yo a comprar la comida, estaba agotada del viaje.

—Para eso estamos los vecinos, para ayudarnos. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Primero, desayunar. Me muero por probar esos bollos, huelen de maravilla. Después, quería dar un paseo por el pueblo. Me encantaría conocerlo.

—Pues no se diga más. Desayunamos y nos vamos. —¿Eh? Pero ¿de qué habla?

—¿Los dos? ¿No tienes cosas que hacer?

—Sí, enseñarte el pueblo. Venga que se enfría el café y ya vamos tarde. Eres un poco perezosa, no te gusta madrugar, ¿verdad? —Una sonrisa burlona asoma por su rostro y mi corazón comienza a latir desbocado.

«Este chico cada vez me cae mejor. No la cagues, Carlota, que un jamelgo así, no se encuentra en cualquier sitio. ¡Qué buenorro está el tío!».

¿De verdad va a acompañarme? ¿Qué hago? Me muero de vergüenza, no sé qué hablar con él. Con lo feliz que soy yo aquí sola con mis pensamientos. Esto seguro que ha sido idea de Candela, tendré que hablar con ella más tarde. La voy a matar.

«Deja ya de comerte la cabeza y vámonos, antes de que se arrepienta».

—¿Estás preparada?

—¿A dónde me vas a llevar?

—Hoy vas a conocer dónde está la panadería, la pescadería, la cafetería… el pueblo es pequeño, pero te va a gustar. Aquí somos como una gran familia.

Junto a Nick paseo por cada rincón de aquel lugar y va presentándome a cada vecino. Mientras caminamos, lo observo de reojo, la verdad es que no está nada mal. Es un hombre bastante alto y corpulento, con unas manos grandes, fuertes, y cicatrices o marcas de trabajo (seguro que su oficio es manual. Le preguntaré más adelante, aunque Candela me dijo que hacía sidra casera. No sé si se dedicará de lleno a ello o es simplemente una afición). Sus ojos marrones son muy expresivos, en ellos se puede ver que ha trabajado muy duro en la vida. Tiene una nariz prominente (acorde a los grandes rasgos de su rostro) y un poco torcida, lo que le da un aire interesante (o al menos así lo veo yo). Su pelo negro como el carbón lo lleva bastante corto.

Paseando por las calles del pueblo, llegamos a la panadería.

La panadera es María, una señora de cincuenta años con una sonrisa risueña y ojos profundos, marrones, en los que se ve lo dura que ha sido la vida para ella. Tiene el pelo castaño teñido con algunas canas de la edad. Vive con su alocada hija Abril, morena como su madre y con los mismos ojos marrones, aunque no tan profundos como los de María. Ayuda en la panadería los fines de semana y entre

semana estudia Bellas Artes en la ciudad. La tiendecita es pequeña, pero dispone de todo lo necesario, pan, dulces y algunas cosas que se suelen comprar para el día a día, como una tienda de ultramarinos, acogedora en la que la clientela se siente como en casa.

En la pescadería nos encontramos con el señor Alonso, un hombre de unos cincuenta y cinco años, viudo, que regenta el negocio desde que lo heredó de su padre. Tiene el pelo totalmente blanco. Sus ojos son de un color miel y una mirada adorable. Con su mujer no llegó a tener hijos, lo intentaron durante varios años, pero al final desistieron. No hay mucho pescado, pero el que tiene parece de calidad y con una pinta estupenda.

Decido llevarme a casa un par de doradas, las haré al horno con unas patatas asadas. Quiero darle una sorpresa a Nick. Esta noche lo invitaré a cenar para agradecerle lo bien que me está tratando.

«Sí, claro tú lo que quieres es tirártelo. Anda la mosquita muerta… y parecía tonta», suelta mi otra yo haciendo de las suyas.

Mientras paseamos nos vamos parando en las puertas de algunos vecinos. Las mujeres están sentadas al fresco y charlan animadamente. Todo parece tan natural y sencillo, que me gusta. Creo que, en este lugar, puedo encontrar la paz que estoy buscando.

La carnicería está junto a la pescadería. Esta la regenta un matrimonio joven que habían venido de la ciudad buscando una nueva vida. Nela es una mujer guapísima de unos grandes ojos azules y el pelo rubio como el trigo, parece nórdica, con su piel pálida y una delicada sonrisa. Está embarazada, en un mes nacerá su primera hija, a la que llamarán Martina. Alberto, su esposo se desvive por esa mujer. Se nota con las miradas que aquel par están enamorados. Estoy segura de que formarán una bonita familia. Él, al contrario que su mujer, tiene el cabello negro como el azabache y sus ojos son de un verde oliva. Es bastante alto y de complexión fuerte.

Paseando con Nick, se me pasa la mañana volando. No me sentía tan bien desde hace mucho tiempo. Me enseña las pocas calles del pueblo, explicándome la historia de cada uno de sus rincones. Me reconforta conversar con este hombre. Por alguna extraña razón, me siento segura con él.

—¿Te apetece tomar algo antes de volver a casa? En el bar del pueblo sirven unos aperitivos que están de muerte. —Duda al pedírmelo, quizá crea que le voy a decir que no.

«Di que sí, me muero por hincarle el diente y no precisamente a los aperitivos». Voy a echarle cuenta a mi voz interior.

—La verdad es que me apetece tomarme un refresco, estoy sedienta. Lo que me gustaría dejar el pescado antes en casa. Si no te importa, claro.

—No se diga más. Vamos, te mostraré donde nos reunimos para pasar un rato agradable.

Está siendo muy atento conmigo y eso me gusta. Jamás un hombre me ha prestado tanta atención. Llegamos a casa y dejo el pescado en la nevera, advirtiéndole a mi acompañante que esta noche cenaría en casa.

—Nick, quería agradecerte todo lo que estás haciendo por mí y me gustaría invitarte a cenar en casa esta noche. Si no tienes nada mejor que hacer, claro. —Espero su respuesta con un poco de ansiedad. Tengo algo de miedo a ser rechazada.

—La verdad es que me encantaría cenar contigo. Será un placer pasar una bonita velada junto a una mujer tan guapa.

«Tres, dos, uno, bragas al suelo. ¡Este me lo trisco!». Mi otro yo me pone aún más nerviosa de lo que estoy, después de ese comentario.

Un leve rubor aparece en mis mejillas. ¡Le parezco guapa! No me lo puedo creer. Le sonrío tímida en respuesta a sus bonitas palabras.

—Te agradezco que quieras cenar conmigo. No se me da muy bien la cocina, pero creo que podré preparar un buen pescado al horno. —Espero no envenenarlo…

—Entonces no se hable más. Yo traeré el vino y otra botella de sidra que veo que ya la has probado, ¿me equivoco?

—¡Oh sí! Está riquísima. La preparas tú, ¿verdad?

—Sí, tengo un pequeño terreno heredado de mis padres con manzanos y preparo la sidra en una nave que he construido cerca de casa para tal fin. Espero que algún día puedas venir a visitarla, creo que te gustará. —Sus ojos se le iluminan al hablar de esos árboles.

—Te tomo la palabra. Me encantará ir a verlos, y de camino, donde preparas esa deliciosa bebida.

—Venga, vamos. Que se nos hace tarde para tomarnos un par de cervezas con los chicos. Les gustará conocerte.

—Eso espero. Por aquí no conozco a nadie salvo a ti y no quisiera estar siempre sola. Socializar con gente me vendría bien.

—Ya verás, son estupendos. —Su sonrisa sincera me tranquiliza.

Nos adentramos por las calles del pueblo y el bar que comentaba Nick no está muy lejos. Aquí se puede ir andando a todos los sitios. Eso me gusta, porque no suelo conducir. Además, si hago un poco de ejercicio, mis caderas lo agradecerán.

«A ver guapa, no me hagas andar mucho que no estoy para estos trotes. A mí déjame con él y que me lleve en brazos al cielo». No si encima me salió floja…

Al llegar al bar nos encontramos con algunos chicos bebiendo cerveza en la puerta. Los acompaña una joven bastante guapa. Nos acercamos al grupo y Nick comienza a saludar a todos. Yo me quedo en un segundo plano. Después de los saludos, se acerca a mí para

presentarme al grupo. Me sudan las manos, estoy nerviosa y temo que se den cuenta.

—Chicos, tenemos una nueva vecina. Ella es Carlota y viene desde Sevilla. Vamos a cuidarla bien para que no se nos vaya del pueblo.

Veo como la mujer me mira con recelo. No se fía de mí. ¿Será la novia de Nick?

—Hola, Carlota. Yo soy Pepe. Como tú, también soy andaluz. Vengo desde la mismísima Tacita de Plata, Cádiz. Te preguntarás qué hago aquí, pero solo te puedo decir que ni yo mismo lo sé. Llegué de vacaciones hace unos tres años y me quedé prendado de sus paisajes. Desde entonces, aquí sigo. Por cierto, regento este bar. Si me necesitas, ya sabes dónde encontrarme.

Lo observo detenidamente, es guapo. Sus ojos son verde oscuro y su piel morena, acorde con su pelo negro que lo lleva recogido en una coleta. Es alto y corpulento. Su sonrisa ladina asoma por unos labios carnosos. Se acerca y me da dos besos en las mejillas con demasiada lentitud, recreándose.

—¡Ey! Tío no la acapares, que no es de tu propiedad. Hola, soy Enol, y como podrás ver, soy el más guapo e inteligente del grupo.

Sonrío ante su ocurrencia. Algo me dice que me va a caer genial. En su mirada veo sinceridad y su risa es un bálsamo para mi alma. No sé por qué, pero me hace sentir bien. Tienes los ojos marrones grandes y muy expresivos. En ellos se puede ver a un hombre que transmite serenidad, aunque con un toque pícaro. Su pelo rubio cae hasta los hombros y lo lleva alborotado, como si acabara de levantarse de la cama.

—Vale chicos, no os peleéis. Hola, soy Asur encantado de conocerte. Me alegro de ver caras nuevas por el pueblo. Como puedes ver, estamos ansiosos de que alguien nuevo aparezca por aquí y, si es una chica tan guapa como tú, mejor que mejor.

Es un poco más bajo que los demás, aunque eso no le quita atractivo. Tiene el pelo rizado, castaño con algunas canas salteadas que lo hacen parecer mucho más interesante. Luce una barba muy bien cuidada y los rizos caen por su rostro. Sus ojos son negros, la profundidad de su mirada me recuerda al inmenso cielo al anochecer. Me ofrece la mano a modo de saludo. No es como los demás, él guarda las distancias.

La chica se acerca con desgana a mí. No le caigo bien, estoy segura de ello.

—Bueno, ya que todos se han presentado, yo soy Nekane y como verás, soy la única mujer del grupo. No te asustes, son inofensivos. Y si se acercan a ti, no dudes en decírmelo, que me encargaré de darles una buena patada en los huevos.

—Eh, eh, eh…, no te pongas violenta que solo estábamos dándole

la bienvenida. No hace falta que asustes a mis «joyas de la corona».

—Pepe, tú no tienes joyas. Tienes canicas. —La ocurrencia de Nekane hace reír a carcajadas al grupo de amigos.

Empiezan a hacer bromas entre ellos, yo me quedo en un segundo plano observando a Nekane. Me resulta una chica muy misteriosa. Tiene el pelo castaño hasta la cintura, lo lleva alborotado y algo rizado, lo que le hace parecer algo alocada y juvenil. Sus ojos son de color avellana. Es una chica bastante menuda, aunque por lo que veo no se amilana ante nadie.

Nick se acerca a mí por la espalda, despertándome así de mis ensoñaciones. Me agarra por la cintura y se acerca a mi oído.

—Pequeña, ¿quieres tomar algo? —Ante su contacto, mi piel se eriza. Su suave aroma entra por mis fosas nasales haciendo que todo mi cuerpo se estremezca. Cierro un segundo los ojos disfrutando un momento de ese leve contacto.

«¡Despierta! Serás guarrilla. Te estás poniendo cachonda con el Nick, ¿eh?». Mi amiga invisible hace que me atragante con mi propia saliva solo con escuchar su voz.

—Sí, por favor, un refresco estará bien.

«Pide algo más fuerte. No nos dejes en mal lugar, con lo rica que está una buena cerveza». Pues mira sí, una cerveza no estaría mal…

—Perdona Nick, mejor tráeme una cerveza bien fresquita.

—Esa es mi chica. —Guiñándome un ojo, se marcha. Dejándome aturdida por lo que acaba de suceder.

¿Ha dicho que soy su chica? ¿Me lo estoy imaginando o me tira los tejos? Ya no sé qué es real y qué no. Esta voz en mi cabeza me está confundiendo. Seguro que es su carácter y les habla así a todas.

«Si, sí, tú piensa lo que quieras, pero este tío va a por ti».

Pasamos la tarde juntos todo el grupo. Son geniales. Nekane está un poco más callada, vigila todos mis movimientos. Lo noto. En cambio, Nick, no ceja en atenciones hacia mí.

Los chicos me cuentan que tienen un grupo de rock llamado Rotten apples o lo que es lo mismo «manzanas podridas». Nick es el cantante, Enol toca la guitarra, Asur es el bajista y Pepe toca la batería. Me encantaría oírlos algún día. Se los hago saber y me invitan a sus ensayos. Suelen tocar algunas noches en el bar de Pepe, que por cierto tiene un nombre muy peculiar: The silver cup, La Tacita de plata, en recuerdo a su tierra natal.

El bar de Pepe es un típico bar roquero, aunque su esencia andaluza no la pierde. Al entrar te topas de frente con una barra un poco peculiar pues está forrada con pósteres de grupos de música *rock* alternativa. La iluminación es tenue y sobre la barra hay unas lámparas rojas ovaladas como las de las salas de billar. En la pared de detrás de la barra, Pepe tiene puesto un espejo gigante que ocupa todo

el frontal, con unas estanterías de cristal llenas de cervezas artesanas de la región (lo sé porque le pregunté, no porque sea una experta en cervezas), presidiendo la estantería. Pepe ha colocado unos botellines de Cruzcampo, cerveza sevillana, otro de Alhambra, cerveza granadina y La Victoria, cerveza malagueña. Al verlas recuerdo mi bella Andalucía.

Las mesas del bar están repartidas por todo el establecimiento. Son redondas de madera oscura con unas sillas a juego también de madera. El bar está cuidado al detalle. Por las paredes cuelgan fotos que supongo serán de la gente que va pasando por allí. Al fondo hay un escenario y allí es donde ensaya el grupo y donde algunas noches actúan.

El bar se centra en la cerveza y la música *rock*. Creo que me va a gustar este sitio.



9. Conociendo a Nick

Al final comemos y pasamos la tarde con los chicos. Hemos quedado a las diez para cenar. El tiempo justo para preparar el pescado, espero que me salga bien. Ojalá, Luisa, estuviera aquí para ayudarme. La echo tanto de menos…

He decidido hacer el pescado con algo de verduras y patatas, eso nunca falla. Pongo en la bandeja del horno un buen chorreón de aceite de oliva, me he traído un par de botellas del aceite que tiene Cloe en su almazara. Produce el mejor aceite de todo Jaén, está exquisito. Sus olivos son una herencia familiar, pero ella dirige la empresa a las mil maravillas, ya que conocen su aceite por todo el mundo.

Pelo las patatas, las parto en rodajas y cubro la bandeja con ellas.

«¡Comprueba si está sosa!». Salió la cocinera que llevo dentro.

Miro la nevera a ver qué verduras tengo. Nick se ha encargado de que no me falte de nada. Parto las verduras a tiras y las coloco junto con el pescado y las patatas. Lo meto en el horno.

No paro de mirarlo. Cada minuto que pasa se me hace una eternidad. No sé si se me olvida algo. ¿Se me quemará? ¿Se quedará

crudo? Miles de dudas asaltan mi cabecita loca.

«También podrías haberle echado hierbas provenzales, le da un buen sabor tanto a la carne como al pescado». Pongo los ojos en blanco escuchando por enésima vez a mi otro yo. ¿Desde cuándo ella abe cocinar más que yo?

Mientras que se hace el pescado me voy a la ducha. Es tarde, aun así, espero poder terminar a tiempo. Me pongo un vestido que tengo de flores rojas estampadas. No es muy atrevido, pero resalta mi figura y me gusta cómo me queda. Es un vestido camisero con corte en uve, por encima de la rodilla y de manga hasta los codos. En Asturias por la noche refresca y, aunque sea verano, apetece ponerse una manguita y taparse los hombros a ciertas horas.

Prefiero dejarme el pelo suelto. Me lo dejo secar al aire, salvaje, ya que odio el secador. Luego me miro al espejo y compruebo que tengo un poco de ojeras, me tocará maquillarme un poco. Repaso con un lápiz negro mis ojos resaltando así el color verde de mi iris, un poco de rímel por las pestañas, una pizca de colorete en las mejillas y un toque de brillo en los labios.

«Vamos Carlota, atrévete con un poco de maquillaje más, que no se diga que somos unas mojigatas». Ignoro a mi voz, no quiero que ese hombre piense algo indebido. Solo es una cena para agradecerle lo que ha hecho por mí. Parece un buen tío, alguien en quien poder confiar y no me sobran los amigos. Así que mejor no estropearlo.

Tampoco es que esté preparada para una relación, aún tengo que dar un sentido a mi vida, saber qué quiero hacer con ella. Aunque el chico es guapo a rabiar...

Apago el horno y dejo que termine de hacerse con el calor.

«Nena, ¿has pensado en el postre?». Mi vocecilla me corta la alegría.

¡El postre! Me he olvidado de él completamente. ¿Ahora qué hago? Si es que soy un caso. Seguro que se enfada.

«No pasa nada, lo tengo todo controlado. El postre serás tú. ¿Tienes nata, caramelo, sirope de chocolate…?». No puedo pararme ahora a pensar en las malditas indecencias que a mi dulce cabecita le da por decir.

Me altero. Camino, nerviosa, buscando una solución. ¿Qué puedo preparar tan tarde? ¡Madre mía! Llaman a la puerta, seguro que es Nick. Ya no me da tiempo a hacer nada. Resoplo, que pase lo que tenga que pasar. Y si no un buen café o una infusión, eso nunca falla.

«¡Qué cutre eres, chica! Un cubata es lo mejor para entrar en ambiente». Mejor ignorarla...

Me acerco a la puerta con algo de nerviosismo. La abro y ahí está, con esa sonrisa canalla que haría caer a la más dura.

—Hola Nick, pasa.

Dios, ¡qué guapo está! Lleva unos vaqueros desgastados oscuros y una camiseta de Pearl Jam negra (¡me encanta ese grupo!).

—Estás guapísima, Carlota. Si llego a saberlo, vengo antes para poder admirarte.

—No seas adulador. Ni siquiera me he arreglado, es un vestido viejo que tenía guardado.

Mi cara cambia de color, paso del blanco al rojo en segundos. No entiendo qué me ocurre cada vez que me sonríe. Ni que fuera una adolescente pava con las hormonas revolucionadas.

«¿Qué te va a pasar nena? Que te gusta, como a todas». Pues va a ser que sí.

—Será viejo, pero te hace más joven y desde luego, con él, estás preciosa. —Parece sincero y mi cuerpo se relaja.

Nick se aproxima y me da dos besos muy cerca de la comisura de mis labios. Aspiro su aroma y me doy cuenta de que cada vez soy más adicta a su olor. Cierro los ojos por un segundo disfrutando del momento.

Noto como el vello de mi piel se eriza y me aparto. Otra vez esa sensación… no puedo. No soy así. Tal vez sea esa voz que me sugestiona demasiado.

«Eres una mujer y no eres de piedra. Cualquiera caería en sus redes, incluida tú».

—Pasa, sabes que estás en tu casa. Ponte cómodo mientras preparo la mesa.

—Toma, he traído una botella de vino. No sé si he acertado, no entiendo mucho de ellos. También un par de botellas más de sidra y una tarta de manzana. Las prepara Nekane con nuestras manzanas.

—Menos mal. No había preparado postre. Gracias Nick. El vino tiene buena pinta. —Noto como mis músculos se van destensando. No se ha molestado por mi descuido, es más, es él el que ha pensado en el postre.

«Tiene buena pinta, pero el chico se ha equivocado. Un rioja con pescado… mejor un buen vino blanco. Bueno, ¿qué se le va a hacer? No es perfecto, algún defecto debía tener. No entiende de vinos, pero ya le enseñaré a maridarlos», menciona mi voz sugerente, que ahora por lo visto, es sumiller.

—Creo que la tarta te gustará, es la especialidad de Nekane. —Sonríe—. ¿En qué te puedo ayudar? Si quieres, voy abriendo el vino, ¿te parece? —Me mira esperando mi aprobación. Por unos segundos me quedo embobada mirándolo.

—Sí, gracias. El pescado ya está listo, lo saco del horno y comemos. —Me apresuro a entrar en la cocina para que no note el rubor de mis mejillas.

—Huele muy bien, seguro que será un manjar.

—No entiendo mucho de cocina, espero que me haya salido bien.

¿Le gustará? Ojalá que sí o que al menos no le disguste.

«¡¿En serio crees que todos son iguales?! ESPABILA, CARLOTA». Vale, puede que mi vocecilla lleve razón.

Una vez sentados a la mesa sirvo el pescado con la guarnición de patatas y verduras. A Nick primero y después a mí, como siempre he hecho. Lo miro con incertidumbre y espero su veredicto. Él me mira como si no supiera qué está pasando.

—¿Quieres que empiece yo primero? ¿No habrás echado veneno? —Mi rostro se torna carmesí, me ha descubierto. No sé qué decir para salir de esa mirada de asombro, estoy tan acostumbrada a hacerlo, que me sale por inercia.

—Es que… preferiría que lo probaras tú antes y me dieras tu opinión. –Tímida y expectante me muerdo el labio durante esos segundos eternos de espera.

—Si sabe igual que huele, estará buenísimo.

Sin más, se mete un trozo en la boca y por unos segundos me quedo sin respirar esperando su reacción. Me mira con cara de… ¿excitación? ¿Placer? No sabría definirlo. Veo que saborea el trozo en la boca y cierra los ojos para deleitarse con su sabor, diría que le está gustando. Los nervios me están matando.

—Carlota, esto está riquísimo. Si cocinas todo así, tendré que venir más a menudo. —Me guiña un ojo de forma tan seductora que se me cae la baba.

Mi cuerpo se relaja, la tensión a la que me había sometido a mí misma desaparece y una sonrisa tímida aparece en mi rostro. Es la primera vez que alguien adula mi comida. ¿Será que de verdad sé cocinar? Bueno, el pescado tampoco es que sea muy difícil, pero algo es algo. Ya lo iré comprobando.

Nick es un gran conversador, pasamos una velada muy agradable entre vino y risas. Jamás me había sentido tan a gusto junto a un hombre. Hablamos de sus amigos y de la gran amistad que les une, del grupo de música en el que él es el cantante.

Me habla de su sidra y me invita a que vaya a ver cómo se prepara. Encantada, acepto la invitación, ya que tengo curiosidad por saber cómo se hace esta rica bebida. Cada vez estoy más a gusto con él. No sé si será el vino o es que simplemente es un hombre sencillo con el que se puede conversar. Lo cierto es que es una situación extraña para mí, pero a la vez placentera.

Me comenta que su pequeño terreno lo heredó de su familia. Le gusta trabajar la tierra y los árboles, por lo que quiso continuar la tradición. La sidra se convirtió en algo más que un trabajo; una vocación. La ilusión de hacer una marca y exportarla, creando una

empresa en alza partiendo de sus adoradas manzanas.

También me cuenta que tiene una pequeña perrita a la que siempre lleva consigo. No es una perra de raza, él la llama Lola, la perra de las mil razas. Es de un tamaño pequeño, blanca como la nieve, y con una mancha marrón que le tapa el ojo. Lo más curioso es que las pestañas de Lola en un ojo son blancas y en el otro marrón.

Me habla de ella y sus ojos brillan de adoración. Eso me gusta, un amante de los animales no puede ser mala persona, ¿no? Se la encontró un día paseando por la sierra y el amor por ella fue instantáneo. Desde entonces son inseparables.

Me invita a que un día paseemos por esa zona con ella y así poder conocerla. Acepto encantada, siempre me gustaron los perros, aunque nunca pude tener uno.

Por lo que me cuenta, es fiel a sus amigos y siempre estará allí para ellos. Su mejor amiga, Nekane, nunca lo deja solo, es muy protectora con él. Sabe que Nick es un pedazo de pan con las mujeres y no quiere que ninguna le haga daño. Ahora entiendo porque me miraba con recelo.

Por lo visto Nekane, lo ha pasado muy mal en la vida, se marchó de su tierra huyendo de las injusticias que hacían con ella y se refugió a su lado. Su familia y sus amigos la rechazaron por amar a una mujer, esta le partió el corazón y todo el mundo le dio de lado. En su huida de la realidad que la envolvía encontró este pueblo, a esta gente y a Nick. Desde entonces son inseparables.

Creo que al final me llevaré bien con ella pues tenemos muchas cosas en común. Tendré que ganarme su confianza para algún día poder contarle todo lo que he pasado y que ella también pueda confiar en mí. Quizá así pasemos página antes.

Dicen que si te desahogas superas tus traumas. Puede que sea cierto y las dos nos ayudemos mutuamente. Tal vez…

Algo que también he observado de él, es que con sus amigos es un ser invaluable, que siempre está dispuesto a ayudar y a compartir en todo momento. Aunque Nick tiene un carácter serio y formal, se sabe ganar muy bien el cariño de todos los que lo conocen. Eso me quedó claro, mientras paseábamos por el pueblo. Todos lo adoraban y no paraban para saludarle.

Me doy cuenta de que se nos ha acabado el vino y no tengo más en casa.

—No tengo más vino. Si quieres podemos abrir una de tus botellas de sidra y la tomamos con el postre. Estoy deseando probar esa tarta de manzana que has traído, huele que alimenta. —Mis ojos golosos viajan hasta la ansiada tarta.

—Me parece una idea genial. Ya verás, te encantará su sabor, es una receta secreta de Nekane, que ni a mí me quiso decir qué lleva.

Además, creo que no has tomado la sidra cómo debes tomarla, ¿me equivoco?

—Pues como todo el mundo, con un vaso. Aunque he visto a algunos beber a morro de la botella…

—No, Carlota, una buena sidra ha de ser escanciada y tomada en un vaso llamado «Sella». Es un vaso de boca ancha especial para escanciar la sidra. —No entiendo muy bien de qué habla.

—¿Qué es eso de escanciar? —Me atrevo a preguntar.

—El objetivo a la hora de escanciar es que la sidra sea agitada y que su gas natural «despierte». Cuando se tira desde lo alto, con el brazo estirado, y golpea el vaso se producen unas burbujas que hacen que el aroma sea más perceptible. Y ahora lo llevaremos a la práctica. Hoy escanciarás tu primera sidra.

—No, ¿y si no lo hago bien?

—Jajaja. Seguiremos practicando hasta que te salga, así tengo excusa para venir a verte. Anda, vamos a por esas botellas y la maravillosa tarta de Nekane, que seguro que lo harás bien. Tienes un magnífico profesor a tu lado. —El halago a sí mismo me hace sonreír y, el comentario anterior, babear de nuevo.

Pasamos los dos a la cocina y vamos recogiendo los platos. Es algo que me extraña, pues mi exmarido (se me hace raro llamarlo así), nunca me ayudó a recoger. Decía que esa era mi tarea.

Me siento confusa ante esta nueva situación. Incluso extraña, pues hace rato que no escucho mi voz interior, ¿habrá desaparecido?

«¡No, lela! Estoy aquí admirando a mi adonis. ¿Para qué hablarte, cuando puedo disfrutar de unas excelentes vistas? Estoy deseando que nos enseñe eso de escanciar. No sé qué es exactamente, pero ya se me están ocurriendo varias ideas». Añade mi demonio interno, haciendo que me estremezca con ese pensamiento. La verdad es que es muy atractivo, pero no estoy preparada.

—No te preocupes, ya recojo yo. No tienes por qué ayudarme.

—¿Ayudarte? Esto no es ayudar. Si comimos los dos, los dos tenemos que recoger. ¿No crees?

Tiene lógica. No obstante, es nuevo para mí, aunque podría acostumbrarme. Lo acepto con agrado y una sincera sonrisa.

—Tienes una bonita sonrisa, deberías sacarla más a pasear. — Me altero con sus comentarios galantes. Probablemente lo diga por quedar bien, pero a mí me están encendiendo como una cerilla en el fuego. Será porque hace tanto tiempo que nadie me dice algo así…

Después de recoger la mesa y sacar la tarta junto con la sidra, Nick se sienta a mi lado en el sofá. La situación se vuelve más íntima, pero no me desagrada, dado que estoy cómoda junto a él.

—Venga, preciosa, ha llegado la hora de aprender con el mejor a

escanciar una buena sidra, ¿estás preparada?

—¡Qué remedio! —añado horrorizada. Al final meteré la pata…

«Chica no seas tan melodramática, que solo te va a enseñar a echar sidra en un vaso. No es para tanto». Pues también es verdad…

Nick comienza con sus explicaciones. Embobada, lo miro sin pestañear.

—Lo primero que debes saber, es que tienes que colocar el dedo meñique en el culo de la botella, ponerla en horizontal, ubicar el pulgar en la parte inferior y los tres dedos restantes en la parte superior.

—¡Cuánto protocolo para echar una sidra en un vaso! —Creo que lo acabo de ofender con mi comentario.

—Carlota, esto es un ritual único en el mundo. Una forma de saborear este espectacular líquido. Atenta, porque lo siguiente es elevar el brazo. Una vez erguido y el otro brazo abajo con el vaso inclinado un poco, solo tienes que iniciar el escanciado procurando que el líquido golpee en el borde del vaso, nunca sobre la propia sidra. —Me observa esperando que lo haya entendido todo.

Nick me explica el proceso a la vez que me sujeta con suavidad las manos para ponerlas correctamente. Un calor abrasador me recorre la sangre quemando hasta el último rincón cuando noto su cuerpo pegado a mí. Joder, este hombre es pura tentación y yo, no puedo caer en ella.

—Muy bien Carlota, ves como no era tan difícil. Pruébala ahora verás que sabe diferente. —Lo miro con cierta incredulidad, pero decido hacerle caso.

—Umm, ¡está deliciosa!

—¿Ves? Es una manera diferente y única de probar la sidra.

Nos sentamos en el sofá con los dos vasos y la tarta de Nekane, estoy deseando hincarle el diente.

—¡La leche! Está de muerte. Nekane tiene que enseñarme a hacerla, la tarta de manzana es mi postre favorito.

—Pues tendrás que convencerla. Conmigo lleva años y jamás me reveló el secreto, aunque creo que mis manzanas tuvieron algo que ver. Y te aseguro que Nekane es un hueso duro de roer.

—Me haré su amiga, y a lo mejor yo puedo enseñarle a ella algo a cambio, ¿no?

—Puede ser, será divertido ver cómo intentas sonsacarle la receta. No me lo perdería por nada del mundo. —Esa sonrisa, que tanto me está empezando a gustar, ilumina la estancia.

—Conseguiré esa receta cueste lo que cueste. –Reímos y me hago la firme promesa de que llegaré al corazón de Nekane.

—Ahora que ya me vas conociendo algo mejor, cuéntame algo de ti. ¿Qué te ha traído a este pueblo tan pequeño? ¿Cuál es tu secreto?

Porque una chica tan guapa como tú, no es normal que esté tan sola. Si quieres, claro… –Mi rostro palidece, el momento que tanto temía ha llegado. Yo… no sé si quiero hablar de mi pasado.

¿Qué le cuento? ¿Qué mi marido me pegaba y yo le dejaba o que me ha abandonado y he huido lo más lejos posible? No. Eso no puedo explicarlo. Me juzgaría y no estoy preparada para soportar algo así.

—Digamos que ahora estoy soltera y busco dar un nuevo enfoque a mi vida. En Sevilla no tengo nada ni nadie que me retenga y Candela me ofreció quedarme aquí por un tiempo para volver a encontrar a la mujer que siempre fui —comento mordiéndome el labio, nerviosa—. Las dos salimos ganando: yo le cuido la casa y a la vez tengo un hogar donde refugiarme. Aunque creo que yo gano mucho más que ella. Mira esta casa, es preciosa, jamás podría permitirme vivir en una igual.

—¿Y qué mujer eras antes? Porque lo que tengo delante es a una gran persona que estoy deseando conocer. —Vuelvo a ruborizarme. A este paso pareceré un tomate maduro.

—Era decidida, segura de mí misma, divertida. No le tenía miedo a nada, alguien capaz de hacer cualquier cosa que se propusiera. —Suspiro—. Candela dice que he perdido el brillo en los ojos y que mi sonrisa no ilumina como antes. Es un poco exagerada, pero es cierto que he cambiado, y no precisamente para bien.

—Todos cometemos errores y todos cambiamos gracias a ellos.

—Necesito encontrar mi sitio en el mundo y saber qué hacer con mi vida. —Tal vez estoy hablando demasiado. Con Nick me encuentro tan a gusto que no me importa revelar lo que siento, diría que el vino también está ayudando a que me desinhiba. Está claro que se me ha subido un poco a la cabeza.

—Yo te veo muy bien, pero si encontrarte a ti misma es lo que necesitas, has venido al lugar idóneo. Aquí nos ayudamos unos a otros. No estarás sola, Carlota. Mientras descubres lo que quieres puedo acompañarte en tu camino, enseñarte cómo vivimos en esta parte del mundo y la clase de vecinos que encontrarás. Somos pocos, pero bien avenidos.

—Me parece buena idea. Quiero conocer cada rincón de este extraordinario lugar, a sus gentes y sus costumbres. Creo que podría acostumbrarme a vivir en esta tierra. —Cierro los ojos soñadora. Deseo tanto poder volver a ser feliz—. Puede que haya encontrado mi sitio…

—Haré todo lo que esté en mi mano para que eso sea así. —Suena a promesa. Suspiro y me dejo llevar por esa sensación tan embriagadora. Ojalá…

Pasamos una velada estupenda los dos juntos. Es increíble lo buen conversador que es Nick. Hemos descubierto que tenemos muchas

cosas en común, como la música, la lectura, el amor por los animales y la naturaleza.

Se hace tarde y mis ojos se van cerrando. Entre lo cansada que estoy del largo día y las bebidas que hemos tomado, siento como mi cuerpo no me responde y voy cayendo en un letargo del que no puedo despertar.

A la mañana siguiente me encuentro en la cama y no me acuerdo de cómo llegué hasta ella. Al parecer el vino se me subió demasiado a la cabeza. Oh, Dios, ¡no me despedí de Nick!

«Tranqui… ya lo hice yo por las dos. Nuestro Nick fue un caballero y nos trajo en brazos a la cama. Nos arropó y se marchó. ¡Carlota, eres idiota! ¿Por qué te quedaste dormida? Ahora podríamos estar abrazadas al amor de mi vida. Chica, si no aguantas la bebida ¡NO BEBAS!». Me va a estallar la cabeza, ahora no estoy para oír monsergas y menos de una vocecilla loca.

¡Qué vergüenza! ¿Será cierto que Nick me llevó a la cama? ¿Cuándo me quedaría dormida? Uf, necesito un buen café.

Después de asearme bajo a la cocina a por mi chute diario de cafeína. Hoy me apetece sentarme en la puerta de casa con una buena taza de café y un libro. Es una buena manera de empezar el día.

Observo mi alrededor, veo que mi vecina de enfrente está barriendo la puerta mientras tararea una melodía alegre. Sonrío pues me recuerda al cuento de la ratita presumida. Es una chica menuda, con unos rizos rojizos abundantes y despeinados, lleva un lazo azul en la cabeza a modo de adorno porque no creo que esa melena la pueda peinar. Tiene una bonita sonrisa. La veo bailando con la escoba y me parece una persona muy risueña.

Al girarse se da cuenta de que la observo, sonriente, me mira y se acerca.

—¡Buenos días! Eres la vecina nueva, ¿verdad? Soy Sila y vivo en esa casa. —Se acerca y me da dos sonoros besos.

—Hola, me llamo Carlota y sí, soy la nueva vecina. Encantada de conocerte.

La observo más detenidamente. Sus ojos son muy grandes, con un color gris que llama poderosamente la atención.

—Bonito nombre. ¿Vives sola o te acompaña alguien más? Yo vivo sola, vine a pasar unos días y llevo ya cuatro años. —Sonríe y alarga un brazo, mostrándome el valle al fondo y las montañas—. Es un bonito lugar para vivir, ¿no te parece?

La verdad es que sí. Parece una chica bastante habladora, aun así, me gusta. Me resulta refrescante tener una vecina con la que pueda conversar y pasar las horas.

—Estoy sola. Por ahora viviré aquí hasta que sepa qué hacer.

—Interesante. Quizás juntas podamos averiguarlo.

—Muchas gracias, eres muy amable. Oh, perdona; he sido muy maleducada. No te he ofrecido nada de beber. ¿Quieres un café?

—No te preocupes, ya lo tomé esta mañana. Pero gracias de todos modos.

Al momento mis fosas nasales detectan un aroma peculiar. Es Nick, lo reconocería en cualquier parte.

—Buenos días, chicas. Sila ¿ya estás volviendo loca a la nueva vecina? No le hagas mucho caso. A veces puede llegar a ser muy estresante, aunque en el fondo es una gran mujer.

—Tú siempre igual, ¿no tienes que recoger manzanas? —Veo como Sila sonríe. Él la mira y niega con la cabeza a la vez que también sonríe.

—Hola. ¿Cómo tan temprano tú por aquí?

—Anoche te quedaste dormida y sentía curiosidad por saber si habías descansado bien.

—Cuidado, Nick, que te conocemos por aquí. Tú lo que quieres es encandilar a la nueva. —Sila tiene la lengua muy afilada, pero me cae bien. Me inspira confianza. Parece una chica muy divertida, seguro que nos llevaremos genial.

—No digas tonterías, Sila. Sabes que soy un caballero. Carlota, ¿me invitas a un café? He traído bollos de la panadería, están recién hechos.

—Sí, vete anda, que yo me quedo aquí barriendo.

—Sila, sabes que tú también estás invitada a estos riquísimos dulces.

—No os preocupéis. Id vosotros, hoy tengo mucho que hacer. Luego te veo, guapa, y seguimos charlando.

—Por supuesto, cuando quieras. Y de nuevo, encantada de conocerte.

Nick me sujeta la puerta para que entre mientras me voy despidiendo de mi alocada vecina. Qué suerte la mía, tener alguien así tan cerca.

Mientras preparo el café, va poniendo los bollos en una bandeja. Tiene una pinta deliciosa.

«¿Quién?, ¿los bollos o Nick? Porque mi amado cada día está más guapo. No sé cómo lo hace, pero cada vez que lo veo se me caen las bragas. ¡Quién fuera bollo para degustar esos labios!». Empezamos bien la mañana...

No sé cómo preguntarle si me llevó a la cama. Es evidente que lo hizo, pero no sé cuándo ni cómo.

—Oye, Nick… no sé cómo preguntarte esto. Me gustaría saber…

—¿Qué ocurrió anoche?

—Eso. —Balbuceo retorciéndome las manos inquietas.

—Te quedaste dormida mientras hablábamos. Una de dos: o te

aburrió mi charla o estabas demasiado cansada para seguir despierta. Para no pisotear mi ego me decantaré por la segunda opción, prefiero pensar que nos divertíamos, pero el agotamiento y el alcohol fue una combinación explosiva que pudo contigo.

—Claro. Fue una noche estupenda…sin embargo…

—Sí, te cogí en brazos y con cuidado te dejé en la cama. No sucedió nada, no soy de los que se aprovechan de una fémina cuando está inconsciente o felizmente dormida. Prefiero que disfruten de mis encantos —musita dejándome perpleja con sus palabras.

—Gracias…Esta mañana al despertar, no recordaba cuándo había subido a la habitación. Te aseguro que no me aburrías, todo lo contrario. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba de una velada como esa. Supongo que el cansancio me superó. Siento haberte dejado solo, pensarás que soy una pésima anfitriona.

—No te preocupes, aunque lo negaré después de decirlo, yo también estaba agotado. Me marché tras cerrar la puerta de tu dormitorio.

Después de haber hecho las aclaraciones pertinentes, Nick y yo nos tomamos el café y los bollos mientras organizamos lo que haríamos hoy. Él se marcharía a trabajar ya que toca la recogida de manzanas para elaborar la deliciosa sidra. Yo, por el contrario, no tenía mucho que hacer, solo tenía planeado engrasar la vieja máquina de coser y ponerla a punto. Podía llamar a las chicas.

Puede que lo haga mañana, depende. Ya veré, según vaya el día.

Nick me saca de mis pensamientos.

—Carlota, ¿Te puedo preguntar algo?

—Claro, dime.

—El viernes, los chicos y yo, vamos al pueblo de al lado, son las fiestas y organizan una verbena. Sé que no es lo mismo que en las grandes ciudades, pero te lo pasarás estupendamente. A los chicos les has caído bien y será genial, si quieres venir.

«¡Di que sí, Carlota! No me dejes encerrada en esta casa. Salgamos a divertirnos».

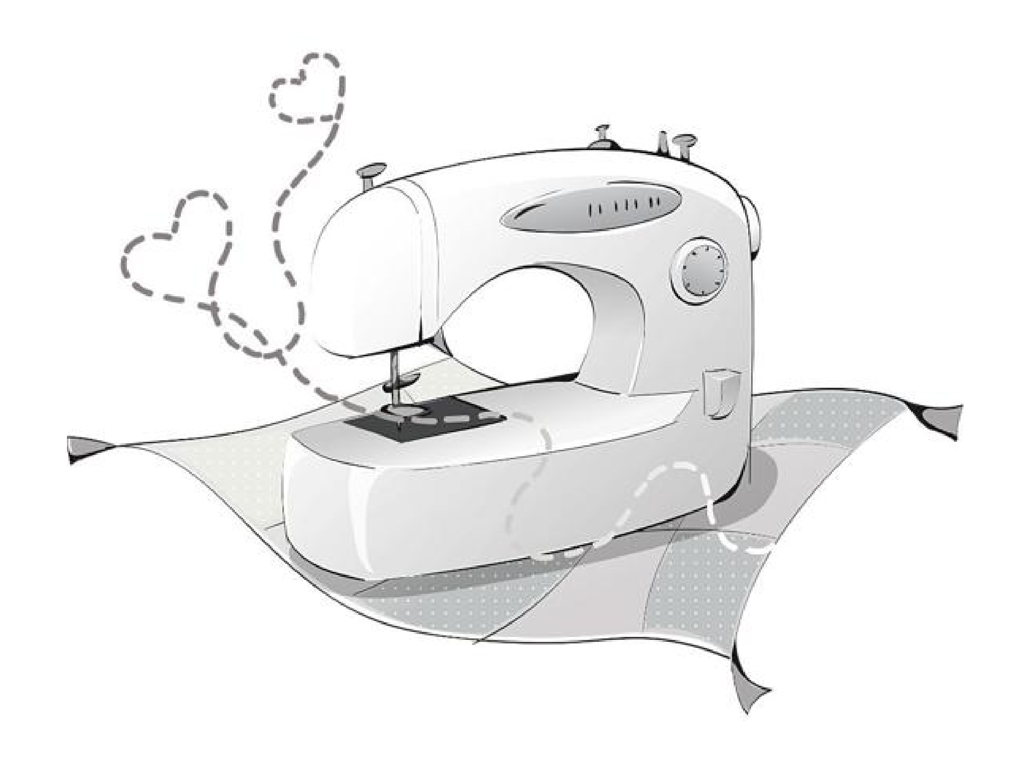
No necesito pensarlo mucho, puesto que estoy deseando volver a ver a los demás.

—Me encantaría ir. A mí también me cayeron bien ellos y deseo hacer buenas migas con Nekane. Necesito tiempo y una oportunidad como esta para ganarme su corazoncito. Lo conseguiré, ya lo verás.

—Estoy seguro de ello. Pues no se hable más, el viernes sobre las ocho vendré a por ti. Primero te llevaré a cenar y luego quedaremos con los chicos.

Al cabo de un rato se marcha, dejándome con la incertidumbre de dónde me llevaría a cenar y si me tuviera que arreglar para ello.

«Tú, vístete lista para matar, del resto me encargo yo». Exclama mi voz interior con ganas de guerra. Si cree que le voy a hacer caso, va lista.



10. El zapato de cenicienta

El viernes ha llegado y estoy ansiosa por saber a dónde iremos. Nick me tiene en ascuas, dice que es una sorpresa. No puedo creer lo alterada que estoy, anhelando que corra el reloj para verlo. Bueno, también para ver a los demás.

Esta mañana corre una brisa suave. Me siento como cada día en el porche. Sila barre su puerta muy afanosa, cuando termina se acerca a saludar como cada mañana.

—Hola guapa, tomando tu café como todos los días, ¿no?

—Buenos días, vecina. Y tú, barriendo la puerta como cada mañana.

—Es lo que tiene vivir en un pueblo cerca de la naturaleza, la suciedad está siempre ahí. ¿Qué piensas hacer hoy? ¿Tienes algún plan?

—Nick viene esta tarde a recogerme. Vamos a cenar y luego iremos al pueblo de al lado. Por lo visto son las fiestas y hemos quedado con los chicos para divertirnos un rato.

—¡Ah, sí! Yo también iré. Así que nos encontraremos entonces.

Será divertido.

—Sería maravilloso. Nos tomaremos un par de cervezas juntas.

—Eso me encantaría. ¿Cómo vas con la máquina de coser? La última vez que te vi me dijiste que casi la tenías a punto.

—Ya está lista. Ahora, cuando desayune me pondré a coser un poco. He visto unos videotutoriales para hacer una mochila y creo que no es muy difícil. Seguro que me las apaño bien.

—¡Eso es fantástico! Cuando la tengas, me la enseñas y a lo mejor te encargo una para mí. A veces salgo a pasear y no me gusta llevar bolso, es más cómodo usar una mochila.

—Claro. Espero que me salga bien. Es verdad que nunca he hecho una, que no sé coser más de cuatro cosas, pero estoy convencida de que, con empeño, podré hacerlo. Siempre me ha gustado y tengo todo el tiempo del mundo para esforzarme al máximo. ¡A cabezona no me gana nadie!

—Di que sí. Además, seguro que será preciosa, ya verás. Bueno guapa, te tengo que dejar. Voy a seguir con las tareas de casa.

—Adiós, Sila. Hasta la noche.

Mi vecina se marcha a su casa y yo me meto en la mía. Me siento delante de la máquina de coser. Sé usarla, vi a mi abuela millones de veces usar una igual. Estoy preparada, a ver qué sale de aquí.

Me fijo en el baúl que hay junto a la máquina de coser y descubro telas maravillosas con las que puedo trabajar. Para la mochila que voy a hacer elijo una tela estampada con flores verdes y naranjas, me gustan los colores llamativos y esta tela me gustó nada más verla. Además, para empezar mi nueva vida qué mejor que llenarla de colores llamativos.

Con mucho cuidado voy cortando los patrones de la mochila que con anterioridad había hecho. Los voy uniendo como si fuera una costurera profesional o una diseñadora de alcurnia, de esas de alto copete. Respiro hondo, satisfecha con el progreso.

Paso la mañana entre costuras y disfrutando de ese ratito de placer que me produce el crear algo con mis propias manos. Es una sensación indescriptible lo que mi corazón siente. Un recuerdo de Luisa me viene a la mente; ella sí que crea verdaderas obras de arte.

Observo la mochila, y creo que ha quedado genial. Es cierto que hay pequeños detalles que corregir, pero con la práctica los solucionaré. Me siento orgullosa de mí misma, puede que sea el principio de algo. Puede que con el tiempo haga un buen producto. Puede…

Me doy cuenta de que es la hora de comer. Me preparo un bocadillo y me siento a observar mi primera creación. Satisfecha, decido llamar a las chicas. Para mí es un gran paso y quiero compartirlo con ellas. Haré una videollamada, a esta hora seguro que

se conectan todas.

Al primer tono veo la cara de Candela con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Hola preciosa! ¿Cómo vas por mi Asturias querida?

—Candela, esto es maravilloso. Jamás podré pagarte lo que estás haciendo por mí. La gente de aquí es muy amable y ya he hecho algunos amigos.

—Ey, chicas, ¿cómo vais? —Cloe es la siguiente en conectarse. Y no tarda en aparecer Marta y África. Ya estamos todas.

—Hola niñas, qué ganas tenía de veros.

—¡Madre mía, nena! Pero si estás estupenda. ¿Qué te dan por Asturias? Voy a tener que ir yo. —Cloe me alaba y no es para menos, pues mi cara ha cambiado de un día para otro. Necesitaba este cambio de aires.

—Veo que tus *chakras* por fin se están alineando. Vas por buen camino.

—Eso de los *chakras* te lo estás inventando. Carlota, tú eres feliz ahí, ¿no?

—La verdad es que estoy empezando desde cero. Sé que será difícil, que tengo que esforzarme mucho y que habrá días que me derrumbaré, pero poco a poco lo conseguiré. Creo que por fin sé lo que quiero hacer, que he elegido mi camino. Espero no perderme…

—¡Eso es maravilloso! Y, ¿nos puedes contar eso que quieres hacer?

—Por supuesto. Como ya sabéis, estoy viviendo en la casa que Candela tiene en Asturias, necesitaba un cambio de aires, no hace falta decirlo. Su abuela tenía una vieja máquina de coser que yo he engrasado y puesto a punto para utilizarla. Mirad el resultado. ¿A qué me ha quedado bien? Sé que no es Eastpak ni Misako ni ninguna de esas marcas famosas, pero oye, no está nada mal para ser mi primera vez, ¿no?

—¿Eso lo has hecho tú? ¡Qué pasada! Me encanta, yo quiero una.

—Eso está hecho Cloe; tendréis una cada una. Chicas, me gusta coser. Me he sentido superbién confeccionando esta y quiero dedicarme a hacer mochilas. Podría hacer una colección y probar, venderlas por internet. ¿Qué os parece la idea?

—A mí me parece una idea cojonuda. Ya estoy viendo las mochilas en las redes: «La Costurera asturiana». —Candela, con su afán de tenerlo todo bien atado, ya está pensando en el nuevo negocio.

—No veo ese nombre…

—Tú calla, África, que no entiendes de *marketing* digital. ¡Será un bombazo! Yo te ayudo, Carlota. El Cari seguro que te hace una página web cojonuda.

—Para el carro. No te embales. Primero tengo que perfeccionarlas

y en cuanto lo tenga claro, empezamos.

—Me alegro mucho por ti. Te mereces una segunda oportunidad en la vida. Es el momento de que brilles, cielo.

Marta me infunde los ánimos que necesito para hablar con mis amigas. Tengo que sincerarme con ellas. Creo que ha llegado la hora de que sepan toda la verdad.

«Vamos Carlota, que no se diga. Somos mujeres fuertes, nada podrá con nosotras». Mi voz interior me da las fuerzas que necesito para ser sincera con ellas.

—Tengo que contaros algo. Candela os habrá informado de que mi marido me ha abandonado, lo que no os habrá explicado es que la convivencia con él no fue fácil. —Un halo de tristeza asoma por mi rostro.

—Cielo, no tienes por qué contarnos nada, te seguiremos apoyando igual. Eres parte de nosotras y jamás te dejaremos caer.

Marta es una mujer fuerte y así me lo demuestra cada día. Tengo mucha suerte de tenerlas a mi lado. Siempre serán mi apoyo moral, aunque a veces me cueste abrirme y expresar lo que arrastro en mi interior.

—Necesito hacerlo. No puedo retenerlo más dentro de mí, si quiero sanar mi corazón y mi mente. Quiero extraer esa luz que perdí hace tiempo y como bien decís, volver a brillar. Se acabó el esconderse. A partir de ahora, la cabeza la llevaré bien alta.

—Nena, sabemos lo que has pasado. No estamos ciegas, pero eras tú la que tenías que dar el paso. Nosotras podemos ser tu apoyo y darte energía para moverte. Aun así, eres tú la que tienes que decir ¡basta! —Una lágrima traicionera recorre mi mejilla.

—No sabéis lo que os agradezco que me entendáis. Es duro darte cuenta de que todo ha sido una farsa. Toda mi relación con él me he sentido culpable y no era así. Me culpaba de nuestro alejamiento, de marcharse con otras, de la bebida y de…siempre creí que me merecía el maltrato por no ser suficiente mujer para él. Ahora me doy cuenta de que no fui yo. —Respiro hondo y continúo—. Tengo que rehacer mi vida. Aunque la inseguridad, ya es una parte más de mí. Aunque ese miedo a no ser suficiente no se vaya, deseo cambiar, ser una mujer que luche por lo que anhela y no depender de nadie.

—¡Esa es mi niña! Puedes quedarte en Asturias el tiempo que necesites, ya te lo dije. Esa es tu casa. Encuéntrate y cuando estés lista lo celebraremos por todo lo alto. Y ahora dime, ¿cómo se porta Nick contigo? Si hace algo que no te guste, me lo dices y voy para allá a cantarle las cuarenta.

—Es un chico estupendo. Hoy va a llevarme a cenar y después a las fiestas del pueblo de al lado con sus amigos. —Mis amigas abren los ojos desorbitadamente.

—¿Quién es Nick? No nos habías hablado de un chico. Cuenta, cuenta. —Cloe me apremia para que le explique, pero la verdad es que no hay mucho que decir.

—Es amigo de Candela. Muy amablemente se ha ofrecido a enseñarme la zona y que conozca a sus habitantes. Es un hombre muy atento.

—Sí, sí, y está buenísimo. Ya os lo digo yo. Está para mojar pan.

—Candela, ¡que estás casada!

—¡Coño, pero tengo ojos! Joder, que es un partidazo.

—En estos momentos solo quiero centrarme en mí, no hay espacio en mi corazón para hombres.

—Nadie dice que te cases con él, solo que te lo tires y desempolves cierta parte de tu cuerpo. Vamos, que te olvides de todo por una noche.

«Yo estoy con Candela, ¿nos lo trincamos?». Otra vez esa voz haciendo de las suyas.

—Creo que debería de ir preparándome, Nick va a venir pronto y no quiero hacerle esperar. —Quiero cortar pronto con la conversación, me estoy sintiendo bastante incómoda.

—Nena ponte guapa, sexyy disfruta.

—Cloe, solo será una cena con un amigo.

—Tú por si acaso, arréglate. Ese hombre no está ciego y seguro que ya se ha dado cuenta de que eres especial.

—Candela, no voy a hablar más de ello. No estoy preparada ahora mismo para estar con un hombre. Necesito tiempo.

—No la atosigues, ya le estás desalineando los *chakras*.

—Y dale con los *chakras*…

—Niñas, dejémosla que se arregle. Cariño aquí nos vas a tener para lo que necesites. Ya sabes que no estás sola.

—Gracias Marta, no sé qué haría sin vosotras. Sois el pilar en el que me sostengo.

Así mis chicas me dejan claro una vez más que no estoy sola. Ellas me apoyarán en todo y me reconforta saberlo. Será un camino difícil, pero sé que lo voy a lograr.

Después de un relajante baño, me siento en la cama, frente al armario con las puertas abiertas, no sé qué ponerme. ¿Formal o informal? Unos vaqueros, un vestido… hace tanto que no salgo de fiesta que ya no sé lo que es más adecuado para cada ocasión.

Llevo media hora frente al armario y mi desesperación va en aumento. ¿Por qué es tan difícil?

«A ver guapa, quieres impresionar a ese maromo que nos trae por la calle de la amargura. No lo vas a admitir, pero te gusta. Y lo sabes». Joder, con mi cabeza. Sí que es guapo, atento, un caballero, pero no. Ahora soy una mujer libre y no quiero ataduras.

«Pero ¿¡qué coño tienen que ver las churras con las meninas!? Disfruta de la vida que al final se te seca el higo».

Al final me decido por unos vaqueros desgastados (pero desgastados ya del uso, menos mal que se llevan ahora así) y una blusa con cuello de barco en verde limón. Este conjunto lo acompaño con unas sandalias con un tacón de madera que me regaló mi madre y que atesoro como oro en paño. Me encantan, son muy cómodas y creo que me vendrá bien en este momento. Hoy estrenaré mi mochila nueva, estoy muy ilusionada, jamás había hecho algo así y hace conjunto con la blusa que llevo puesta.

Frente al espejo, coloco un poco de sombra aquí y allá, resaltando esos ojos verdes que me ha dado la genética y pongo un tono frambuesa en mis labios. Los humedezco para que brillen más y me dejo el pelo suelto. Me cae en cascada por los hombros, si me vierais, meneo la cabeza en plan anuncio de Pantene ProV, ¿o era L'Oreal?

Bueno, da igual. La cosa es que me gusta lo que veo y sonrío a mi reflejo. Me siento bien.

Escucho como llaman a la puerta y me apresuro a bajar. Seguro que es Nick y no quiero hacerlo esperar. Al abrir me quedo impresionada, está guapísimo con unos vaqueros oscuros rotos por las rodillas y unas zapatillas grises desgastadas. Lleva una camiseta blanca con el logo de un grupo de rock. Se queda unos minutos callado, observándome. Me empiezo a inquietar, ¿le gustará lo que llevo puesto?

—Si no te parece adecuado, me cambio.

—¡No! Es solo que… estás preciosa. Lo siento, me he quedado hipnotizado ante tus sorprendentes ojos. —Se rasca la nuca, sonrojado y nervioso—. Vas perfecta para la ocasión. ¿Nos vamos? Tengo reserva en un pequeño restaurante en un pueblo no muy lejos de aquí. —Este hombre me desconcierta. ¿Será verdad que le parezco guapa? No, no creo, solo son imaginaciones mías.

—Claro, ya estoy lista.

—Y ¿esa mochila? ¿Es nueva?

—¿Te gusta? La he hecho yo —digo ilusionada

—¿Con la máquina de coser de la abuela? No me lo puedo creer. Pensaba que no funcionaba.

—Pues sí, cose, y bastante bien. Solo necesitaba una puesta a punto. —Orgullosa de lo que he creado con mis manos, se lo hago saber.

—Te ha quedado muy bien. Deberías de hacer más como esa y venderlas, seguro que más de una en el pueblo te la compra. —Ríe con ganas y yo… Yo no sé lo que siento. Solo sé que el corazón se me va a salir del pecho.

—La verdad es que he estado pensando en ello. Puede que me vaya bien vendiendo mochilas, quién sabe…

Me lleva a un bar en un pueblo cercano que está bastante bien. Es pequeño, pero muy acogedor. Al entrar puedo oler las comidas que allí se sirven. Huele a hogar, a la comida de una madre. En el salón-comedor las mesas se distribuyen muy cerca unas de otras y es como comer todos juntos. Es un bar familiar, o por lo menos así lo siento yo. Nos sentamos en una mesa junto a un gran ventanal donde se puede ver la sierra asturiana. Una sierra llena de verdes prados y montañas coloreadas de diferentes tonalidades.

Las mesas tienen todas un mantel de cuadros rojos y un pequeño jarrón con unas margaritas dentro. Es como si estuviera en un picnic, pero en vez de al aire libre en un pequeño y acogedor rincón. Estoy cómoda con el lugar y junto a Nick.

La comida está riquísima y la compañía, ni te cuento. Con Nick puedo hablar de todo, me siento muy a gusto con él. Jamás pensé que un hombre así pudiera tener una conversación tan fluida y que nos compenetráramos tan bien.

Con los entrantes pedimos un vino de la casa, que por cierto entra muy bien, dado que me he bebido dos copas. Diría que se me está subiendo a la cabeza porque me noto achispada. No estoy acostumbrada a beber, si con una copa mi cuerpo lo nota, con dos...

«¡Desmelénate!», grita mi mente. He decidido hacerle caso y voy a pasármelo bien.

Al ser una cena, probamos algunas tapas de la casa que no son muy pesadas, otro día vendremos a probar *unes fabes* que seguro que están riquísimas. Nick me comenta que en este sitio los guisos son una delicia que no debo dejar pasar. Aunque para él, que está acostumbrado a la comida asturiana, las tapas que sean ligeras, yo al verlas me quiero morir. Chorizo y morcilla por la noche, ¡Dios mío! Si comen así en la cena, no quiero ni pensar que comen en el almuerzo. Pruebo el chorizo a la sidra y está exquisito. Los «Tortos de maíz con revuelto de morcilla asturiana», que son como una especie de torta con un revuelto de morcilla encima, también están riquísimos, pero ya mi estómago ha empezado a quejarse por la pesadez de la comida. Por último, pedimos unos fritos de rape. A mí el pescado me pirra y no me niego a probarlos, voy a reventar con tanta comida.

Con el vino se me va soltando un poco la lengua y le hablo de mis padres y de la bonita infancia que tuve junto a ellos. Nick me observaba con atención, creo que le interesa lo que le voy contando.

Al acabar la comida, nos vamos a las fiestas del pueblo. Allí donde ya nos esperan todos los chicos, incluidas Nekane y Sila.

Hoy será el día en que vuelva a ser yo, o por lo menos lo voy a intentar.

La verbena se centra en la plaza. Es un pueblo pequeño, con casas de piedra y ventanales de madera. El lugar está decorado con farolillos de colores, lo que le da ese toque único y especial que, si lo mezclas al aire festivo que se respira en el ambiente, y su compañía, puedo asegurar que esta noche será inolvidable. A la izquierda se sitúa una barra portátil donde la juventud se agolpa para pedir su bebida. En el centro, una pista de baile improvisada hace que tanto jóvenes como mayores se reúnan a bailar las canciones que el DJ pone. Son canciones de otra época pero que, en estas fiestas, nunca pueden faltar ya que a todos nos hace ilusión volver a escuchar.

Los chicos, al verme se acercan a saludar con efusividad. ¡Madre mía! Me estrujan como si fuera una muñeca, me siento tan pequeña junto a ellos. Aun así, me río. Me encanta que lo hagan.

—Me alegro de volver a verte, Carlota. Vamos, ven, te traeré una cerveza.

—No, Enol. Es mi invitada y se la traigo yo. —Se gira y me pregunta—. ¿Te apetece una cerveza?

—Eh, tío que solo quería ofrecerle una bebida, jajaja. Chico eres un caso aparte. —¿Qué me estoy perdiendo?

«A ver nena, es una pelea de gallitos. Se pelean por ti, ¿no lo ves? Estás ciega o no te enteras de nada. Tanto tiempo fuera del mercado te ha afectado». Sí, claro. Se van a pelear por mí. Imposible.

—Carlota, ¿Quieres una cerveza? —Nick me trae de vuelta de mis ensoñaciones.

—Sí, vale. Una cerveza está bien. —Sigo algo aturdida por mi descubrimiento.

—¡Qué guapa te veo! —Sila se acerca y me abraza como si no me hubiera visto en años.

—Hola, tú también estás genial. Me encanta ese vestido que llevas.

—Pídemelo cuando quieras y estaré encantada de prestártelo. Por cierto, me gusta esa mochila que llevas, ¿es nueva?

—¿Te gusta? La he hecho yo.

—¡No me lo puedo creer! Al final la máquina de coser va estupendamente. Cómo me alegro. Que sepas que me encanta y quiero encargarte una. Ya tienes tu primera clienta.

—Gracias, guapa. Si quieres mañana te pasas por casa y eliges las telas.

—Eso sería genial.

—Toma Carlota, tu cerveza. Hola, Sila. Tan guapa como siempre.

—Gracias, hombretón. Y tú tan adulador como siempre.

—¿Hoy no tienes rondando a Pepe como todos los días?

—Calla, calla; seguro que aparece, ¿no se cansa nunca de que le dé calabazas? A ver cuando se entera de que no me interesa.

—Pepe es un gran tipo y seguro que haríais una estupenda pareja.

—Como todas las mujeres que me precedieron. No, Pepe no es para mí.

—Como quieras, pero sigo pensando que algún día os veré juntos.

Los chicos son estupendos y entre risas y bromas pasamos la noche. Por primera vez en mucho tiempo me siento libre. No sé si es por la cerveza, pero siento que puedo salir adelante sola.

Nick no se separa de mi lado, tan solo me deja unos minutos cuando va a pedir otras cervezas. Estoy bastante mareada, pero me siento bien y no quiero que la noche acabe. Sila me anima a salir a bailar y pienso, ¿por qué no?

Varias canciones suenan y mi cuerpo se mueve al son de la música. Soy feliz. Sí, ha salido de mi boca esa palabra: feliz. Desinhibida, sin avergonzarme por un instante de lo que hago, cierro los ojos y me dejo llevar. Suena *Sobreviviré* de Mónica Naranjo y la tarareo mientras danzo. Nick me observa bailar, su mirada es extraña. No sé si es por la chispa que veo en ella, pero siento deseos de besarlo.

¿Besarlo? ¿He dicho yo eso? Será por la música que me siento sensual, fuerte, sexi. Una mujer que puede con todo, como dice la letra de la canción, Sobreviviré.

Creo que estoy demasiado borracha, ya no sé ni lo que pienso. Empiezo a tambalearme y Nick, como un perfecto caballero viene a mi rescate.

—Ey, pequeña, ven. Ya has bailado bastante por hoy. Vamos que te llevo a casa. —Su instinto protector hace que me encoja ante su cercanía.

—Nooo me lo estoy pasando bien con mi amiga, ¿verdad Sila? Anda, no seas aguafiestas y vamos a bailar.

—Deberías de llevarla a casa, está bastante mareada. —Sila hace de conciencia y apremia a ese encantador hombre a que nos marchemos.

Me agarra fuertemente de las caderas para que no me caiga, pues mis tambaleos son notables. Sí, estoy borracha. Siento su mano en mi cintura y noto un escalofrío recorrer mi cuerpo.

Nick me mete en el coche y me abrocha el cinturón, no sin antes deleitarse acariciándome la cintura. Se me escapa un gemido con el contacto. Dios, ¡este chico me va a volver loca! ¡Putas hormonas! Vaya calentón que llevo, si hasta me comporto como mi voz interior.

«Tú, di lo que quieras, pero te lo estás pasando genial. ¡LIBÉRAME!». En estos momentos, la voz interior me saca del juego. Y hemos llegado a un punto en que queremos jugar. Lo noto. Pues juguemos.

Me arrimo a su mejilla con la intención de darle un beso casto. Solo para ver su reacción, pero él se ha movido y sus labios han rozado los míos. ¡Qué calor dan! Me aparto temblorosa y él muestra

una sonrisa ladeada, satisfecho con mi gesto.

Giro la cabeza hacia la ventana, se ha dado cuenta de mi azoramiento. Me coge de la barbilla y sonríe con la sonrisa más bonita que he visto en mi vida. Definitivamente no vuelvo a beber, el alcohol me nubla el juicio.

—Hueles muy bien y sabes mejor. —Ahora sí que me estoy mareando. No sé si por el alcohol o por sus palabras, pero la cabeza me da vueltas.

En el coche de regreso a casa no hablamos, puesto que no estoy yo para hablar mucho y en cada curva siento como la bebida y la comida suben por mi garganta. Como siga así voy a vomitar. Nick me mira de reojo, sabe que estoy avergonzada por mi comportamiento y no me recrimina nada. Solo me observa. Siento una sensación extraña. Esperaba una reprimenda por su parte que no llega. Estoy acostumbrada a que se me recrimine por todo. ¿Será que Nick no es como él?

Al llegar a casa me doy cuenta de que me falta un zapato. ¿Cómo me ha podido pasar? Sí, tengo la fea costumbre de que cuando me monto en el coche me quito los zapatos, pero, perder uno. Debe de estar en algún sitio.

—Nick… mi zapato se marchó. —La borrachera no me deja expresarme con claridad.

—¿A qué te refieres con que se marchó? ¿Adónde? No te entiendo, Carlota.

—Pues eso, que no está.

—¿Cómo puede ser que tu zapato se haya marchado? ¡No tiene patitas para salir corriendo!

—No está aquí. No lo veo.

—Cuando entraste en el coche, ¿lo llevabas puesto?

—Sí, y ya no está, desapareció.

—¿Puedes andar sin él hasta casa? ¿O te llevo en brazos?

—No Nick, no lo entiendes. Necesito encontrar mi zapato. Me lo regaló mi madre. Es muy importante para mí. —Mi desesperación lo hace reaccionar y cede ante mi súplica.

—Está bien, iremos a buscarlo. Seguro que se te cayó en el aparcamiento al montarte en el coche.

«La cenicienta borracha perdió su zapato y su príncipe azul lo encontrará, comerán perdices y follarán felices». Mi estridente conciencia cambia el final del cuento, pero yo no estoy para bromas. Prefiero ignorarla.

Con su infinita paciencia me lleva de nuevo al aparcamiento a buscar mi dichoso zapato.

—Carlota, quédate en el coche, que yo lo buscaré por aquí a ver si lo encuentro.

Al cabo de unos minutos, que a mí me parecen horas, aparece con el zapato en la mano. Para mi desgracia la alegría no es completa, se ha roto.

—Creo que al montarte en el coche y descalzarte antes de cerrar la puerta, se te cayó al suelo. Siento decirte que le ha pasado la rueda de un coche por encima, porque está totalmente destrozado. Lo siento mucho.

—No puede ser. Eran mis favoritos. ¡¿Qué voy a hacer sin ellos?! —Comienzo a sollozar como una niña pequeña. Les tenía tanto cariño…

—Vamos a casa, necesitas descansar. Ya lo solucionaremos mañana.

El camino se me hace muy corto y me quedo dormida. Nick acaba cogiéndome en brazos para llevarme otra vez a la cama. No sé qué tengo con este chico que siempre acabo en sus brazos.



11. Flechazo a primera vista

Nick

No sé en qué momento de enamoré de ella; si fue el día que la conocí en su cocina, con el pelo alborotado por haberse acabado de levantar y esa mirada asustada, o el momento en el que la cogí por primera vez en mis brazos y sentí esa acuciante necesidad de protegerla. Es tan bonita que duele hasta mirarla.

Esta chica me va a volver loco, con ese misterio que la envuelve. Tan asustadiza y tímida. Aun así, estoy totalmente convencido de que podré llegar a ese precioso corazón que tiene tan escondido. No soy tonto, se ve que lo ha pasado mal, pero pienso quitarle ese miedo a base de sonrisas. A cabezón no me gana nadie.

Esta noche la vi bailando y una sacudida en mi corazón me hizo reaccionar. Es ella, lo sé. No podía dejar de mirarla, me tenía hipnotizado. No la conozco demasiado, todavía no tenemos esa confianza. Sin embargo, cada minuto que paso con ella se agranda mi

adicción. Quiero más. Necesito saber más.

¿Cómo puede ser que esté perdiendo la cabeza en tan poco tiempo? Es preciosa, sí. Hay algo irresistible en esta triste mirada que me impulsa a abrazarla, pero no. No puedo. No debo hacerlo. Debo ser paciente y dejar que ella se abra a mí o, podría asustarla y que saliese corriendo.

A veces pienso que es como un pajarillo enjaulado deseando ser libre y otras…

Estaba realmente hermosa. La he dejado en casa y, cómo no, otra vez dormida. Me he sentido fatal al ver que su zapato se ha roto y me lo he llevado. Intentaré arreglarlo.

Mañana quiero darle una sorpresa, le enseñaré mi lugar favorito. Sé que le gustará tanto como a mí. Lo intuyo.

Pienso conquistarla cueste lo que cueste. Deberé tener paciencia con ella, pero no voy a dejar de insistir. Es mi media naranja. Lo sé. Llámalo intuición o presentimiento.

Recuerdo a mi madre cómo repetía constantemente, que el amor de tu vida, cuando llega, sientes que en tus entrañas se libra una batalla de sentimientos y es como un volcán a punto de erupcionar. Así me siento yo desde que la vi recién levantada. No creí que me sucedería, pero ahora que sé lo que es, no pienso dejarlo pasar.

Me siento en el salón. Nekane ya está dormida. Junto a mí está Lola, que me observa. He cogido algunas herramientas que había por casa y me dispongo a arreglar el zapato de Carlota. Ni se ha dado cuenta de que me lo he traído. Espero que mañana se lleve una grata sorpresa.

En el silencio de la noche oigo unos pasos. Sé quién es, Nekane.

—¿Qué haces tan tarde levantado? ¿No puedes dormir? —Se restriega los ojos mientras me mira intrigada.

—A Carlota se le ha roto el zapato y quiero arreglarlo.

—¿Y no puedes esperar hasta mañana? Ya es muy tarde.

—No tengo sueño. Necesito distraerme y me apetece darle una alegría. Estaba muy apenada, porque era un regalo de su madre. —Sigo con mi cometido sin mirar a Nekane. Pero sé que lo no dejará pasar, la conozco demasiado bien.

—Un momento que me centre. ¿Ha roto unos zapatos de madera? ¿Cómo? —Con cara de sorpresa se acerca más a mí para ver el zapato destrozado.

Le cuento a Nekane la noche tan movidita que he tenido con Carlota. Ella me escucha atentamente con una mirada atónita.

—¿Tú te estás oyendo? ¿Vas a pasar la noche en vela por un zapato?

—No por un zapato cualquiera, sino por su zapato. —Enfatizo las palabras sujetando el pegamento en una mano y el zapato en la otra.

—Creo que te estás ilusionando demasiado. No sabes nada de ella. No me fío de esa mujer.

—Me gusta, y mucho. Quiero conocerla, compartir cosas con ella. Esto es importante para mí y espero que lo entiendas.

—Te apoyaré y lo sabes, pero como te haga daño… la mato.

Nekane es muy protectora conmigo y se lo agradezco, pero esta vez estoy seguro; me lo dicta el corazón. Esa mujer tiene todos los ingredientes que busco para ser feliz. Lo siento aquí, en mi pecho, y voy a luchar por ese sentimiento con todas las herramientas que dispongo a mi alcance, que no son muchas. Sin embargo, aún me acuerdo de cómo seducir al sexo contrario.

Espero no equivocarme. Mañana sabré si es ella la chica que conquiste mi corazón y se quede a vivir en él para siempre.



12. El beso

Noto los rayos del sol entrar por la ventana y calentar mi brazo derecho. Me despierto con una resaca de mil demonios. Tengo que dejar de beber, me sienta fatal. Me dispongo a tomar mi café de la mañana sentada en el porche, adoro este ritual. Después creo que me pondré a coser y haré esas mochilas que me pidieron las chicas.

Como cada día Sila está en su puerta, me saluda con una bonita sonrisa en su rostro. ¿Cómo puede ser que ella esté como una rosa y yo hecha un desastre? Se acerca a mí. Hoy no estoy para mucho trote, pero con su sonrisa me hace la mañana más llevadera.

—Hola guapa, veo que tienes una resaca de campeonato. Ayer bebiste más de la cuenta, pero un día es un día chica, así que no te martirices. Lo pasamos genial, y como dicen por ahí, que nos quiten lo bailado.

—No sé cómo aguantas, yo estoy hecha una piltrafa. —Mi cara es de desconcierto total.

—No es para tanto. La verdad es que venía a elegir la tela de la mochila, pero, según te veo, pasaré otro día.

—Será mejor. Si quieres mañana por la tarde, pasas y mientras tomamos un café, te enseño las telas para que elijas la que más te guste.

—Me apunto a ese café, tengo ganas de estrenar mi mochila nueva y charlar un rato con alguien que no sea yo —bromea guasona.

Al cabo de un rato de cháchara animada, se despide de mí y yo me quedo ensimismada mirando el extraordinario paisaje que se postra ante mis ojos. Me encanta este lugar, la paz, el aire que se respira, el verde de los prados, toda Asturias invita a la relajación.

—¿Mira quién tenemos aquí? La cenicienta en persona. —Esa voz… Nick se acerca a mí con una sonrisa pícara. Haber perdido el zapato traerá consecuencias, estoy segura. ¿O será el beso? Porque no lo he soñado... ¿O sí?

—Buenos días para ti también. —Nótese el sarcasmo.

Sila nos observa desde la distancia. Creo que sabe algo, porque no para de mirarme sonriendo. ¿Qué le pasa hoy? ¿Tengo monos en la cara?

—No te pongas así, te traigo una sorpresa.

—A ver qué te traes entre manos. Suéltalo, ya. No soporto la incertidumbre —agrego con una pequeña sonrisa, pero, sobre todo, nerviosa.

Saca la mano de detrás de su espalda con mi zapato completamente arreglado. Me llevo las manos a la boca. ¿Cuándo lo habrá hecho? No lo entiendo, si ayer por la noche estaba destrozado. Este chico es una caja de sorpresas. Mi cara se ilumina, una amplia y sincera sonrisa asoma por mi rostro, esos zapatos son muy importantes para mí y él se ha preocupado de arreglarlos.

Ya no recuerdo cuando un hombre hizo algo así por mí. ¡Qué dulce sensación!

—¿Cómo? ¿Cuándo? —Mis preguntas se atoran en mi garganta de la emoción. Una lágrima traicionera sale sin permiso.

—Me dijiste que eran importantes para ti y anoche te los arreglé cuando llegué a casa. Al final les he podido dar una solución.

—No sabes cuánto te lo agradezco.

—Me lo podrías agradecer invitándome a un café. Hoy lo necesito más que ningún día.

—¡Eso está hecho! Todos los que quieras. Ha sido todo un detalle por tu parte. Eres muy bueno conmigo y yo no sé qué puedo hacer por ti, cómo pagarte todo lo que haces.

—Muy sencillo, tomemos ese café y después, ponte ropa cómoda. Te llevaré a mi lugar favorito.

—¿Tu lugar favorito? —Me emociono al pensar en esa frase.

—Pero antes iremos a mi casa a por Lola, le encanta dar paseos.

—Claro que iremos a por ella. ¿A dónde vamos?

—Ya lo verás. Venga, vamos, que se nos hace tarde.

Después de un rápido café, nos marchamos a recoger a la perrita de Nick, Lola. No sé dónde nos dirigimos, pero estoy entusiasmada con la idea de conocer ese lugar que tanto le gusta. Va a compartir su lugar favorito conmigo y eso me hace sentir que le importo.

Después de un rato caminando por un sendero de grava, me guía por un camino cerca del río. Es bastante complicado caminar por allí, pero no me deja un minuto sola. Pasamos por unos árboles frondosos. Todo allí es precioso. Las diferentes tonalidades de verdes inundan el lugar, haciéndolo mágico. Solo se escuchan los pájaros trinar y el sonido leve de una cascada. Ese ruido del agua caer va acentuándose conforme llegamos al río. Allí observo embelesada el lugar más bonito que he visto jamás. Me acerco a la orilla del río. Nick está junto a mí sin decir nada, en ese momento sobran las palabras. Me descalzo y meto los pies en el río. El agua está fría, pero eso no me importa ahora mismo, pues solo quiero sentir. Una paz inunda mi alma, cierro los ojos y dejo que mi cuerpo se nutra de esta sensación. Me siento en la orilla con los pies todavía dentro. No quiero sacarlos de aquí, no puedo. Me encuentro totalmente relajada.

No sé cuánto tiempo paso aquí sentada, sumida en el más absoluto silencio. Me observa y respeta mi espacio, ese que he creado al llegar a este paraíso.

—Me gusta este lugar. —Por fin rompo el silencio que tanto me apetece en ese momento.

—Es mágico, ¿verdad?

—Jamás pensé que pudiera existir algo así. Gracias por traerme, necesitaba esto.

—Ahora ya no es solo mi lugar favorito, también es tuyo. Podrás venir siempre que quieras. Aquí podrás relajarte y los días que sientas que te falta el aire, te vienes. Es reparador.

Se sienta a mi lado. El tiempo corre o vuela, no sé definirlo. Callados, mirando el paisaje que se muestra ante nosotros. No me siento los pies y los saco del agua.

—No sé cómo has aguantado tanto tiempo con los pies en el agua, aquí está bastante fría.

—Me gusta sentir el frío en la piel, es como sentir una infinita paz recorriéndome por todo el cuerpo.

Me abrazo a mí misma sujetándome las rodillas contra mi pecho. Le sonrío al aire y por primera vez en mucho tiempo me siento a gusto conmigo misma. Puedo pasar página en este lugar ya que siento que he encontrado mi hogar, que poco a poco voy recuperando mi autoestima.

Un escalofrío recorre mi cuerpo, comienza a hacer frío. Nick se da cuenta; acerca su cuerpo al mío y me abraza. Me tenso ante ese

repentino abrazo, no sé si estoy lista para ese acercamiento. Él lo nota y me mira con los ojos suplicantes.

—Por favor, Carlota, no me tengas miedo. Jamás te haría daño.

¿Cómo puede él sentir mi miedo? Lo miro a los ojos y en ese momento me percato de su mirada clara como el agua. No hay odio ni rabia. Solo veo ternura y eso no hace daño a nadie. Desde que lo conozco solo ha tenido gestos bonitos hacia mí.

No sé de dónde sale mi atrevimiento, pero me acerco a él con decisión y mis labios impactan en los suyos. Cierro los ojos y disfruto de ese beso dulce que tan solo dura unos segundos.

Al percatarse de mi estado de azoramiento, pone sus manos en mis mejillas y me vuelve a besar, pero esta vez el beso es mucho más intenso, más profundo. Nuestras lenguas se enredan con pasión. Me abraza con fuerza y despega sus labios de los míos, no sin antes soltar un suave gemido de protesta. Me gusta el sabor de sus labios.

—Me gustas, Carlota. Quiero conocerte, saber más de ti. Sé que no estás pasando por un buen momento. No tengo prisa, solo quiero estar a tu lado. Tendré paciencia y cuando estés preparada, aquí estaré. No te presionaré para hacer algo que no quieres. —Parece sincero. Bajo la cabeza pensativa y lo vuelvo a mirar.

Se levanta y me ofrece su mano para que yo también haga lo mismo.

No puedo hablar, no entiendo lo que ha pasado. Sigo teniendo dudas. Mis fantasmas están ahí, pero quiero ir más allá. Deseo volver a sentir sus labios sobre los míos.

Volvemos a casa dando un paseo junto a Lola que salta a nuestro alrededor disfrutando del momento. Yo voy en una nube. ¿Qué ha ocurrido? Me he atrevido a besarlo y he sido correspondida. Una sonrisa involuntaria sale de mis labios al pensar en lo sucedido.

Me agarra de la mano como si fuéramos una pareja más que sale a pasear. Me gusta ese simple contacto. Mis emociones están a flor de piel. Necesito explicarles esta sensación a mis amigas, este hormigueo que me recorre el cuerpo. En cuanto llegue las llamo. No sé cuál es el siguiente paso que debo dar. Tengo muchas dudas, miedos e inseguridades. ¿Y si me vuelve a pasar lo mismo?

No, Nick no es como él. ¿O sí?

Me acompaña hasta casa. En la puerta se acerca a mí y me da un suave beso en los labios que me sabe a poco. Con la firme promesa de que al día siguiente vendrá a tomar café, se marcha a su casa con Lola brincando a su alrededor.

Hoy mi voz interior me ha abandonado. Está más callada que de costumbre. Eso no es lo habitual, y más después de ese momento idílico. No puede ser que la eche de menos, ¿me estaré volviendo tarumba?

Me preparo una infusión de manzanilla y menta poleo y me siento en el sofá con el móvil en la mano. Voy a llamarlas. Necesito consejo y rápido.

Al tercer tono de la videollamada, la siempre sonriente Cloe, aparece en la pantalla.

—¡Nena! Que bien que te veo. Te sientan bien los aires asturianos. ¿O será que un asturiano te está dando unos aires?

—Calla, no digas tonterías. —La ocurrencia de Cloe me hace sonreír. Al momento aparece Marta por la pantalla, seguida de África y de Candela.

—Holaaa ¿Cómo están ustedes? Ahora en serio, ¿qué se cuece por ahí?

—¿No lo ves Candela? Carlota está más risueña de lo habitual. Algo o alguien la está cambiando. —Cloe es muy perspicaz y se ha dado cuenta de que algo me pasa.

—Cuenta, cuenta. No te quedes callada. ¿Ya has desempolvado el mejillón?

—¡Por dios, Candela! Más borde y no naces.

—Ya está aquí la tocapelotas tibetana. ¡Coño, que tiene que darle una alegría al cuerpo!, digo yo. Las telarañas del potorro hay que quitarlas de vez en cuando.

—Dejad las peleas y escuchémosla, que creo que tiene algo que decirnos, ¿no es así cariño?

—Gracias Marta. La verdad es que necesito vuestro consejo. Nick me ha besado.

—Nick… ¡¿mi Nick?! No jodas, con lo bueno que está ese hombre. —Candela abre los ojos exageradamente a la vez que sus manos se agitan con gran teatralidad.

—En realidad, yo le besé primero. —Me sonrojo como una adolescente.

—A ver, que me centre. ¿El amigo de Candela que te estaba ayudando a instalarte?

—Ese mismo, Marta. Es que hemos estado en un lugar mágico, no ha hecho falta hablar para entendernos. Se estaba tan bien y él estaba tan cerca… surgió así, sin pensar.

—¡Eso es fantástico! Cariño, tus *chakras* por fin se están alineando. Ya verás como pronto volverás a ser tú.

—Pero ¿qué coño, tía? ¿Qué *chakras* ni qué hostias? Que le pica la chirla como a todas. No te fastidia.

—¿Quieres dejar de decir palabrotas y centrarte? Nuestra amiga nos necesita. Por si no os habéis dado cuenta de lo más interesante, ha besado a Nick. Ha sido ella la que ha dado el primer paso. Eso es muy importante para pasar página, vas por buen camino.

—Pero… ¿y si vuelvo a equivocarme? No sé si podré aguantar otra decepción más en mi vida. Además, quiero centrarme en mí. Quiero hacer algo con lo que pueda sentirme realizada.

—Te puedes sentir realizada y con el coño satisfecho. Digo yo, ¿no? O ahora vamos todas de puritanas...

—Candela, tan directa como siempre, aunque creo que tengo que darle un poco la razón. Cariño, conocer a un chico no es nada malo, no todos son iguales. Y eso no implica que puedas centrarte en ti y encontrarte a ti misma.

—¡No me lo puedo creer! Tú, África, dándome la razón.

—No te acostumbres.

—Centrémonos. ¿Qué sientes cuando estás junto a ese tío?

—Pues no sé… me siento bien. Me apetece conocerlo un poco más, pero cuando estoy cerca de él mis inseguridades salen a relucir. No quiero sufrir por un hombre otra vez. Hace poco que he salido de esa relación tóxica que me ha amargado la vida durante tanto tiempo, que me había anulado como persona. No sé. Necesito volver a ser yo.

—Ve poco a poco y no te exijas más de lo que puedas soportar. Háblalo con él. Si es un buen hombre, lo entenderá.

—No puedo hacer eso. ¿Cómo le digo que he sido un pelele en manos de un ser inmundo que me trataba como a un trapo viejo e inservible?

—Cariño ¿así te sentías? ¿Por qué no acudiste a nosotras?

—Es complicado, Marta. Me hacía sentir culpable por todo. Si venía de malas del trabajo, la pagaba conmigo y yo le pedía perdón por miedo a represalias. Ahora, lejos de él, me doy cuenta de que no era yo la culpable. Sin embargo, es difícil volver a ser esa persona fuerte y capaz de todo lo que era antes. Destrozó mi autoestima, me destrozó el alma y tengo que volver a recomponerla. No creo que Nick tenga la suficiente paciencia para esperarme.

—No hables por él. Dale una oportunidad y conócelo. Puede que te sorprendas. Y si no, a otra cosa mariposa.

Después de sincerarme con las chicas y pasar un rato más hablando de trivialidades, me pongo a coser. Quiero hacer más mochilas e intentar venderlas, sería una oportunidad de empezar de cero. Estoy muy ilusionada.

No me doy cuenta de la hora que es hasta que me percato que por la ventana del salón que ya no entra claridad. Cosiendo se me ha pasado el tiempo volando. He conseguido hacer un par de mochilas más y estoy muy satisfecha con el resultado. Mañana se la enseñaré a Sila, a mis amigas no les voy a cobrar después de todo lo que me han ayudado. Con Sila, quien sabe, a lo mejor hago mi primera venta. Aunque no haya escogido la tela, puede que le guste.

Con ese pensamiento me dirijo a la cama, no sin antes picar algo

de la nevera. Siento que estoy encauzando mi vida.

Caigo rendida entre los brazos de Morfeo, ha sido un día de emociones fuertes y muchos cambios. Lo que me extraña es que mi voz sigue sin aparecer. Al final sí que la voy a echar de menos.

Como cada mañana, me siento en mi porche de la entrada con mi preciada taza de café y mi libro. Esto ya se está convirtiendo en una costumbre. Hoy Sila no barre la puerta, seguro que está con otros quehaceres, ya que nunca para quieta.

Por un segundo cierro los ojos, respiro hondo empapándome de esa paz absoluta que da el trinar de los pájaros y el ruido del viento. Hasta que una voz familiar interrumpe mi tranquilidad.

—Hola Carlota

Abro los ojos de golpe. No puede ser. ¿Qué hace aquí?...



13. La llegada

Él

Siento rabia. Después de un día de mierda en el trabajo, llego a casa y me encuentro con ella. Es que no la soporto. Es tan sumisa, aburrida y sosa, que me enerva la sangre… No sé en qué momento dejé de amarla, pero, ahora mismo, no puedo ni verla.

No puedo más. Me cabrea solo con mirarla a la cara. Ha llegado la hora de que se marche de casa. La echo sin contemplación. Prefiero vivir solo que mal acompañado.

—¡Eres repugnante! Ningún hombre te querrá a su lado. No eres nada. Márchate y no vuelvas. —Le grito con toda la rabia que llevo dentro de mí.

Me alejo de ella hacia la puerta sin esperar contestación por su parte. Estoy tan furioso que no soporto estar en la misma habitación. No quiero volver a verla.

Han pasado ya varios días desde que Carlota se marchó. No sé

dónde puede estar la desgraciada. Pensé que volvería arrastrándose como la mujer sin cerebro que es, pero no. No ha vuelto la muy perra. Mi desesperación por encontrarla va en aumento. Ella es mía. Debería de haber vuelto…

Es mi esposa y eso nada ni nadie lo va a cambiar.

Me pongo a pensar dónde puede haber ido. Con un *whisky* en la mano, sentado en el sofá, reflexiono. Como si de una ráfaga de viento se tratara me viene un recuerdo a la cabeza. Un día, escuchando una conversación con su amiga Candela, oí que esta tenía una casa vacía en Asturias.

Mi mujer no tiene a nadie, solo a sus amigas. Está allí, estoy seguro. Hija de la gran… ya sé dónde buscarla. «Esta vez no te escaparás...»

Después de muchas horas de autobús, viajando toda la maldita noche (me niego a pagar un precio desorbitado por el tren), llego a este maldito pueblo donde se esconde mi mujercita. Me ha costado encontrarla, pero al fin lo he logrado. No puede huir de mí, por mucho que se esconda, siempre la encontraré. Tendrá el castigo que se merece y no volverá a escapar más.

Es mía. A ver si se entera de una vez.

Después de dejar mis cosas en el hotel, camino por la población mirando a todos lados. No puede vivir muy lejos, no hay tantas casas. Qué suerte tener buena memoria y acordarme del nombre de esta mierda de pueblo. Si sumas dos más dos, siempre te salen cuatro. Y yo sé sumar. Se que se esconde aquí. Lo que no puedo adivinar es dónde se oculta la rata de mi mujer exactamente, pero lo averiguaré muy pronto. Más rápido de lo que ella se cree...

Después de varios minutos caminando por estas tediosas calles llenas de adoquines mal colocados a modo de acera (jamás entenderé como todavía hay gente viviendo en estos pueblos casi abandonados y alejados de la civilización), me acerco a un hombre que se encuentra sentado en un banco de piedra.

—Buenas tardes, señor. No sé si podrá ayudarme. Estoy buscando a una mujer que se ha mudado recientemente a este pueblo.

—Buenas tardes.

Es un señor mayor. Con unas grandes cejas pobladas y canosas ya por la edad. Sus profundos ojos me escrutan intentando averiguar qué hace un hombre como yo en un lugar como este. Mi atuendo no es precisamente el más adecuado para andar por estos caminos pues llevo puesto unos pantalones chinos con un polo de una marca muy conocida y mis zapatos no son muy adecuados para pisar estas mugrientas calles. Sinceramente, me importa un rábano. Solo quiero encontrar a mi esposa y marcharme de este asqueroso lugar.

Lo que tiene que ver ese viejo es la apariencia de un hombre con

clase, de los que hay que respetar y hacer caso. Su silencio prolongado me hace volver a preguntar, necesito encontrar a mi esposa cueste lo que cueste.

—Siento volver a molestarle con la pregunta, pero ¿Podría usted ayudarme? —Comienzo a impacientarme.

Mis dotes interpretativas creo que en este pueblo no me van a ayudar mucho. El hombre sigue observándome, ¿qué coño le pasa a este tío? ¿Me habré topado con el tonto del pueblo?

Acabo de llegar y ya me estoy exasperando, me saca de quicio su mutismo y la forma en que me mira. Respiro hondo relajando mis músculos, controlando la mala leche que me está poniendo.

Por fin parece que el hombre se decide a hablar.

—No sé qué desea con esa mujer y no me importa. No soy un chismoso que va hablando de quien entra o sale de este lugar. —Me observa con una mirada que no alcanzo a descifrar.

—No he dicho que lo sea, señor. —Lleno de aire mis pulmones y lo expulso lentamente. No pierdas el control, tío. Tienes que encontrar a Carlota y marcharte de aquí cuanto antes.

—Si ella ha decidido marcharse por algo será. Le repito que no soy un chismoso. De mí no va a conseguir nada, así que váyase por donde ha venido.

Mi paciencia se está acabando con el puñetero hombre. Me voy sin despedirme de él, ha sido muy grosero, pero yo no me quedo atrás.

Sigo caminando y llego a una pequeña panadería. Seguro que Carlota ha pasado por aquí, ya que le vuelven loca los dulces y parece ser que aquí los venden. Entro en el lugar y una señora de avanzada edad se acerca a mí con una amplia sonrisa.

—Buenas tardes, señor, ¿en qué puedo ayudarle?

Esta vez seré más cuidadoso a la hora de preguntar por Carlota. La dependienta tiene que confiar en mí, así que decido desplegar todo mi encanto y pongo mi cara de no haber roto un plato en la vida.

—Buenas tardes, señora. Querría hacerle una pregunta, si no le importa.

—Si no es difícil, creo que podré ayudarle.

—Pues verá, mi mujer vino al pueblo a pasar unos días en casa de una amiga suya. Me avisó de que viniera a recogerla, pero soy demasiado despistado y ahora no encuentro la casa. Es la primera vez que vengo y ando un poco perdido. ¿Cree que usted podría ayudarme? A lo mejor la ha visto por aquí. Se llama Carlota, es una mujer muy guapa, con el pelo rizado y los ojos verdes. Me gustaría darle una sorpresa, ya que llegué un día antes de lo esperado. Así podremos pasarlo juntos. Pero como ya le he dicho, soy bastante despistado y no encuentro la casa.

—Carlota... ¡Ah, sí claro! Estuvo aquí el otro día con Nick, un chico

encantador. Ella es un poco tímida, pero también bastante simpática. Claro que sé dónde vive. Venga, que le indico.

¿Quién diantres es ese Nick? Carlota me las va a pagar. Le ha faltado tiempo para sustituirme. La señora se encamina hacia la puerta de su tienda, espero que sea para explicarme donde se encuentra la escurridiza y traidora de mi mujer, estoy que hecho humo ahora mismo. Será…Y ese tal Nick… ¿quién coño es? Seguro que quiere algo con ella. No me inspira confianza ese tipo. ¿Qué estará haciendo con él? ¡Maldita mujer! Cuando la vea, se va a enterar…

—Muchas gracias, señora.

—Mire, jovencito, ¿ve la calle que va hacia arriba? Pues siga todo recto hasta el final y tuerza a la izquierda. Luego siga adelante y al final de la calle verá una casa con unas preciosas vigas de madera que adornan la fachada. En el porche hay dos mecedoras que la abuela de Candela, que en paz descanse, usaba por las mañanas para tomar su té. Los postigos de las ventanas son de madera oscura envejecidos con unos adornos de forja en negro y la puerta es de dos hojas con un llamador en forma de mano. Cuando la veas, sabrás que es la casa de Candela.

Ahí podrás encontrar a Carlota que, por la hora que es, seguro que está en el porche con su taza de café y un libro.

Esta señora parece el periódico del pueblo. Menos mal que alguien se ha dignado a contestarme sin hacer muchas preguntas, no tenía muchas ganas de recorrer este sitio una y otra vez buscando a mi esposa.

—Señora, no sabe cómo se lo agradezco. Carlota se llevará una gran sorpresa al verme. —Sé que se va a sorprender y mucho…

—Me alegro de haberlo ayudado.

Me encamino con paso firme hacia la dirección que me ha dado la vieja. Mis pensamientos vagan por mi mente hirviendo como el agua a cien grados. Acelero el paso, cada metro que ando me acaloro más. Esta vez Carlota me las va a pagar. Se había marchado sin decir nada y eso no lo puedo tolerar. Tendrá que darme muchas explicaciones. Sobre todo, quiero saber quién era ese maldito de Nick que se atreve a acercarse a ella. Tiene que quedarle claro que ella es solo mía.

Llego a la puerta de la casa y allí está, sentada en una de las mecedoras tomando café y leyendo un libro. Siempre le gustó leer y nunca lo logré entender. Para mí la lectura es una gran pérdida de tiempo.

No se ha percatado de mi presencia y decido acercarme un poco más…

—Hola, Carlota.



14. La visita indeseable

No me lo puedo creer. Está aquí, en mi puerta. ¿Cómo me ha encontrado? Mi corazón va a mil por hora, estoy aterrada, ya que no tengo ni idea de cómo va a reaccionar.

«Huye Carlota. No dejes que te atormente de nuevo. No le des pie a que vuelva a intentarlo. Entra dentro y cierra la puerta.» Mi cuerpo no se mueve, como siempre que estoy ante él, me quedo paralizada.

—¿Qué haces aquí? —Su mirada fija en mí me hace sentir un fuerte escalofrío.

—¿Cómo que qué hago? Vengo a por mi mujer. —La furia que destila en su mirada me hace estremecer.

—Tú me dejaste, ¿recuerdas? No soy nada tuyo.

Me tiembla todo el cuerpo y no entiendo a qué viene esto ahora, si me dejó él. Mi cuerpo reacciona con pavor ante su mirada gélida. Viene a por mí y no trama nada bueno.

—Me enfureces, Carlota. Te dije que no quería seguir viviendo contigo, pero no olvides nunca que eres mía. No te puedes marchar así de esa manera sin decirme dónde estás. —Este tío no está bien de la

azotea.

—Yo no tengo dueño, no soy un objeto. Tú me dijiste que me marchara y eso hice. A donde vaya, ya no es de tu incumbencia.

—En eso te equivocas. Eres mía y siempre lo serás. Da igual si estamos viviendo juntos o no. Estamos casados. Eres mi mujer y jamás te librarás de mí. ¿Te queda claro?

Mi cuerpo tiembla de terror por lo que podría hacerme. Sé de lo que es capaz. Me gustaría moverme, salir corriendo. Quiero hacerlo, pero no puedo, el pánico me paraliza. No comprendo cómo puede venir a reclamarme que vuelva, si dijo que no quería volver a verme.

¿Cómo me habrá encontrado? ¿Quién...? Mis amigas no.

Joder, su posesividad es enfermiza, ¡qué ciega he estado! Ahora me doy cuenta de que para él siempre fui un objeto, un mueble más de su casa. No sé cómo, pero saco fuerzas de donde no las tengo y le grito desde lo más hondo de mi alma. Ya estoy cansada de ser un pelele.

—No voy a volver contigo, ¿te queda claro? No volverás a hacerme daño. No voy a volver a doblegarme ante ti.

—No lo entiendes, ¿verdad? Tú no decides en esta relación y no voy a marcharme hasta que vuelvas conmigo. Aunque tenga que arrastrarte si hace falta.

Al momento y, alertada por las voces, Sila sale de su casa como un vendaval lleno de furia. Al verla, siento como mi cuerpo deja de temblar. No estoy sola.

—Buenos días, Carlota. —Lo mira con desconfianza, intentando averiguar qué hace ese hombre increpando a su recién estrenada vecina y amiga. —¿Y usted es…? Creo que no nos han presentado. Soy Sila, amiga de Carlota.

Se acerca un poco más percibiendo el peligro que corro o lo asustada que estoy. No sé cuándo, pero le agradeceré infinitamente que haya venido a mi rescate.

—Eso no te incumbe, vengo a por mi mujer. No te entrometas, maruja.

—Diría que ella está muy bien sola. Por lo que veo, no lo necesita para nada.

—Deberías marcharte, cielo. —Aterrada por lo que el bastardo de mi marido nos pueda hacer, la advierto con un hilo de voz, no me perdonaría en la vida que la hiciera daño por ayudarme.

—Mira, no sé quién eres ni me importa en absoluto. Tengo mi teléfono en marcación rápida para la policía y si no te marchas ahora mismo, no dudaré en darle al botón. —Sila no me hace caso. Ella no tiene miedo, y eso me infunde el valor que necesito.

—Ya la has oído. No tienes nada que hacer aquí, ¡márchate! —Una ira descontrolada sale de mi interior, dándome las fuerzas que no sabía que tuviera.

—Me marcho, pero no pienses que me iré de este pueblucho sin ti. Estás muy equivocada si piensas que no voy a convencerte de que vuelvas conmigo. Me cueste lo que me cueste, volverás. —Sus ojos desprenden una furia incontrolable, pero esta batalla la ha perdido.

Sin más, se marcha dejándome respirar con tranquilidad por unos instantes. Sila me observa confusa, espera una explicación y creo que debo dársela. Ya es hora de que mi pasado salga a la luz.

—Dame un minuto para asimilar lo que acaba de pasar y te lo cuento todo…

—No hace falta, si no quieres. Sabes que estaré aquí para lo que necesites, somos amigas y debemos apoyarnos. Si algún día quieres contármelo, aquí estaré.

—Gracias, pero creo que ya es hora de que saque todo lo que llevo tiempo callando.

Le cuento lo que he estado pasando durante todos estos años junto al malnacido de mi marido. O debería decir exmarido, porque no pienso volver con él, aunque no hayamos firmado los papeles del divorcio. Ella me escucha atentamente. No me interrumpe hasta que termino de relatar las atrocidades que he tenido que pasar a su lado. Comprensiva, se acerca más a mí y me abraza con ternura. Esa sensación que hace mucho que no siento. No puedo más y rompo a llorar en sus brazos. Siento que llevo una pesada carga sobre mis hombros y estoy deseando dejarla salir. Junto a ella parece que se hace más liviana.

A los pocos minutos me voy calmando, me suelta de su abrazo y me mira a los ojos con compasión, como si comprendiera lo que llevo acarreando tantos años.

—No debes de pasar por esto sola, tienes gente que te aprecia. No llevamos mucho conociéndonos, pero por lo poco que he podido descubrir, sé que eres una gran persona. Te comprendo mejor de lo que crees y vamos a luchar juntas.

Un halo de tristeza invade la mirada de Sila, ¿qué quiere decir que me comprende mejor de lo que creo? ¿También ella habrá pasado por algo parecido? Si fuera así, la apoyaré y no la dejaré sola en ningún momento. Me ha demostrado en estos escasos días conociéndola que podría ser una gran amiga.

—Gracias. No sabes cómo te agradezco que aparecieras en el momento indicado. No sé qué hubiera pasado si… —No me deja terminar de hablar.

—No le des más vueltas. Anda vístete, hoy vamos a un sitio que te va a gustar. ¡Vamos, que no tenemos todo el día!

No entiendo cómo puede cambiar de un estado de humor a otro en tan poco tiempo, pero su alegría inunda todo mi ser. Me gusta estar con ella, me hace sentir que puedo con todo.

Salgo corriendo escaleras arriba, no sé dónde vamos por lo que opto por unos vaqueros sencillos con una camiseta y mis deportivas blancas.

Sila ya me espera impaciente en el vano de la puerta. La observo durante unos instantes, lleva unos vaqueros algo rotos y una camiseta de tirantes. Su pelo alborotado y despeinado, como siempre, anudado con un lazo rojo a modo de diadema. Al verla, vuelvo a recordar al personaje de la ratita presumida y sonrío.

—¿Qué haces ahí parada? Anda vamos, que nos están esperando. —Salgo de mis ensoñaciones y me dirijo hacia ella.

—Pero ¿dónde vamos? ¿Quién nos espera?

—Es una sorpresa. Ya verás, te va a gustar. —Me tiene intrigadísima, lo que me hace seguirla.

Caminamos durante unos veinte minutos y mientras charlamos animadamente, parece que el altercado de esta mañana ha quedado atrás, eso me tranquiliza. Sila es una mujer muy risueña y no para de hablar contándome las anécdotas más variopintas de los habitantes del pueblo.

—¿Sabes que un día el alcalde se quedó encerrado en el supermercado?

—¿Qué dices? ¿Cómo le sucedió eso? —Mi cara de asombro e incredulidad hace que siga contando la historia con más entusiasmo aún.

—El hombre, que ya es muy mayor, se entretuvo en la sección de congelados decidiendo qué pescado escoger para la cena, sin percatarse de que ya era tarde y que las cajeras se marchaban. Las pobres mujeres no se dieron cuenta de que el hombre se encontraba en una encrucijada decidiendo si coger lubina o dorada para su cena. Al final no pudo cenar pescado porque pasó la noche en el supermercado. A la mañana siguiente, cuando las cajeras fueron a abrir, se lo encontraron sentado comiendo una chocolatina y con una sonrisa les dio los buenos días. Imagina la cara de las chicas al verlo allí tan tranquilo. Fue una anécdota muy divertida de la que se habló durante mucho tiempo. —Mi nueva amiga me distrae con conversaciones banales para que olvide el mal trago que he pasado hace un rato.

—Intento ponerme en la situación de esas personas y el susto que se llevarían sería tremendo, aunque también tuvo su gracia. —Sonrío al pensar en ese hombre y la situación por la que tuvo que pasar.

—Al final todo quedó en una anécdota, como ya te he dicho. Mira, ya hemos llegado. Espero que te guste la sorpresa que te he preparado, puesto que hoy, será un día de chicas.

Observo atónita a mi alrededor, con la conversación tan animada que teníamos no me he dado cuenta de donde nos encontramos. Ante

mí, aparece un campo lleno de manzanos. Maravillada por la cantidad de manzanas y lo bien que huelen, me acerco despacio, quiero captar la esencia del lugar. Camino entre los árboles admirando cada uno de ellos, aspirando su olor, mientras Sila, se queda atrás observándome.

No sé el tiempo que estoy inmersa en mi mundo, embriagándome de la paz que transmite ese campo de manzanos, pero noto como mi nueva amiga anda detrás de mí, sonriente, al ver que disfruto con el paisaje.

—Este lugar es maravilloso, ¿verdad? Sabía que te iba a gustar. Son los manzanos de Nick. Anda vamos, Nekane nos espera y no es una mujer muy paciente.

La sigo en silencio hasta una casa que se encuentra escondida entre los árboles. Es una pequeña vivienda hecha de piedra con un tejado de tejas antiguas muy pintoresca. En la entrada hay un pequeño porche con unas sillas y una mesa, parece una casita sacada de una película de época. Me detengo un instante contemplando cada detalle minuciosamente. La casa es una preciosidad.

—Es una maravilla. —Me siento abrumada ante tanta belleza.

—Sí, esta casa fue de los abuelos de Nick hasta que pasó a sus padres y más tarde la heredó él junto con los terrenos que acabamos de atravesar. Aquí vive con su inseparable amiga, Nekane. Anda, entremos, no la hagamos esperar más.

Nos adentramos a la casa y una sensación de paz inunda mi alma. Miro a mi alrededor y vislumbro un pequeño saloncito con una chimenea en un rincón. Solo hay un sofá, una mesa baja y un par de sillas. Hay poca decoración, cosa que me extraña, pero es la vivienda de un hombre. Puede ser que no le guste los objetos inservibles. A la izquierda hay una cocina con barra americana y en ella Nekane nos espera mirándonos con impaciencia.

—Ya era hora de que llegarais, la puntualidad no es lo vuestro, ¿verdad? Se van a secar las manzanas que he pelado para la tarta.

—No te enfades Nekane. Ya estamos aquí, ¿no? Pues, pongámonos al lío.

Mi mirada pasa de una a otra, ¿vamos a hacer la famosa tarta de manzana de Nekane? Una sonrisa enorme se dibuja en mi rostro, solo de pensarlo. Tengo unas ganas tremendas de aprender a hacerla y ella es un poco reacia a enseñarla. Aprovecharé cada segundo y memorizaré cada paso.

—Como veis ya tengo todo lo que necesitamos encima de la mesa. La masa de hojaldre la he tenido que comprar hecha. Normalmente la hago casera con una receta de mi abuela, pero como comprenderéis con tan poco tiempo no he podido hacerla.

—Tranquila, Nekane, seguro que sale riquísima. —Mi intento por congraciarme con ella no da muchos frutos y la susodicha me mira

con mala cara. Tendré que ganarme su confianza.

—Bueno, sigamos, que se nos hace tarde. Cada una hará un paso de la tarta y espero que la hagáis bien, no quisiera que la receta de mis ancestros quedara destrozada por vuestras manazas.

—Sí, señora. Perdón, por mí no tendrás problema, haré lo que digas. —He intentado bromear, y luego me he excusado. La verdad es que estoy entusiasmada por preparar el pastel con mis nuevas amigas, pero como tiene ese humor tan raro...

—¿Y yo? ¿Qué voy haciendo mientras?

—Sila, no seas impaciente. Pilla el hojaldre. Es lo más fácil, así no te cargarás mi receta.

—¡Sí, mamá!

—No me toques los ovarios y sigamos.

Nekane es bastante exigente y me gusta. Mientras preparamos la tarta, las chicas me hablan de trivialidades y bromeamos con algunas anécdotas que me cuentan del pueblo. Definitivamente, no me aburriré con ellas.

—Nekane, la masa ya está lista para meterla en el molde.

—Y ¿a qué coño esperas? ¿No sabes cómo meterla en un simple molde?

—Si te soy sincera, prefiero que me la metan a meterla. A ser posible un morenazo...

—¡Para!, no sigas que me van a dar arcadas. Al paso que vamos, no terminaremos nunca. Pon el hojaldre en el molde y ajústalo.

Me siento como una niña con zapatos nuevos. ¡Estoy preparando una tarta! No puedo defraudar a Nekane. Lo haré bien. Hacía mucho que no me divertía tanto. La manera en que las dos se tratan...

—¡Esto está ya! —Sonrío ante mi nuevo triunfo, la tarta está saliendo a pedir de boca.

—Perfecto, dejemos que enfríe un poco. Mientras podemos tomarnos una sidra, ¿qué os parece?

—No tendrás por casualidad una cerveza, ¿verdad? —A Sila le gusta picar a Nekane.

—¿En una sidrería me preguntas eso?

—Vale, tranquila. Me tomaré esa sidra.

—Carlota, ¿vas a contar de una vez por todas que está pasando en tu vida? Sila me ha llamado muy preocupada por ti y eso significa que estás bien jodida. Si hay que partirle la cara a algún gilipollas que intente joder la paz de este pueblo, necesito saber el motivo. A lo mejor merece que le partan otra parte del cuerpo también.

—Tía, te dije que tuvieras tacto al decírselo. Ahora no te contará nada.

—Mi abuela siempre me decía que las cosas claras y el chocolate espeso. Así que, canta pajarillo.

¿Debo contarle a Nekane lo que me pasa? Sila me cae bien y me ha ayudado, pero ella… sé que tiene buen corazón, sin embargo, es un poco brusca y creo que no le caigo muy bien.

«Cuanto antes lo saques, mejor. Sila ya ha visto cómo actúa ese energúmeno. No puedes quedarte sola, necesitas apoyo.» Va a llevar razón mi vocecilla, cuanta más gente a mi alrededor lo sepa, más apoyo tendré.

Me armo de valor y cuento a Nekane lo mismo que hace unas horas le he narrado a Sila. Las dos permanecen calladas escuchando todo lo que les voy relatando. Sus caras a veces muestran confusión, enfado, no sé cómo definirlas. Para mí es duro relatar todas las mierdas por las que he tenido que pasar.

Abrumada por los acontecimientos del día, unas lágrimas traicioneras asoman por mi rostro. Ya no puedo más y me desinflo como un globo. No puedo seguir luchando, estoy asustada y muy agotada. Deseo con todas mis fuerzas que esto acabe.

Sila se acerca a abrazarme ofreciéndome consuelo. Nekane permanece sentada en su asiento vigilando mis movimientos en silencio. Al cabo de unos minutos comienza a hablar.

—A ver si me he enterado bien: Ese maldito gilipollas te hace la vida imposible durante años, tu matrimonio se convierte en un infierno, decide abandonarte a tu suerte o por suerte para ti, y ahora viene a buscar ¿Qué? ¿A ti? Pero ese tío ¿de qué va? ¿Es un puto neandertal? ¡¿Es que no sabe que el pleistoceno quedó atrás hace mucho!?

Me quedo mirándola unos segundos que parecen minutos. ¿Me está defendiendo a su manera?

—Carlota, cielo. Lo que Nekane quiere decir es que ese tío no tiene poder sobre ti. Eres libre de hacer lo que quieras. No es tu dueño. —Sila intenta suavizar la situación, pero Nekane lleva razón. Ese tío es gilipollas.

—Sé que él no es mi dueño. Sin embargo, me preocupa que me haga daño otra vez. O peor, que le haga daño a alguien que quiero. No me lo perdonaría jamás.

Las lágrimas vuelven a brotar sin que pueda hacer nada por detenerlas.

«¡Despierta, joder! Tienes amigas. No estás sola. A la mierda el capullo, que se joda en el infierno». Mi voz interna se rebela una vez más dándome aún más que pensar.

Nekane decide romper la mala sensación que se ha creado en el ambiente. Y, sinceramente, lo agradezco.

—¡Vamos, moveros! La crema ya está fría. Sigamos con la tarta que ya habrá tiempo para lamentaciones o para trazar un plan y romperle las pelotas a ese mal nacido.

Esa ocurrencia nos hace estallar en carcajadas a las tres. No sé si es por la sidra o porque me encuentro muy a gusto junto a ellas. O tal vez la unión de ambas cosas.

—Esta parte la recuerdo. Ahora toca rellenar el hojaldre con la crema.

—Muy bien, Sila. Te has ganado una piruleta.

—Jaja, muy graciosa.

Definitivamente esas dos están locas.

—Como ha dicho nuestra amiga pastelera, la crema la vamos a echar en el hojaldre hasta que lo cubra todo. Las manzanas que ha cortado Sila y que espero, que haya puesto en remojo con un poco de agua con limón para que no se oxiden, serán para decorar.

—Mira, lo de ponerlas en remojo no me lo dijiste listilla, pero que sepas que, aun así, lo hice. No se me ha olvidado de una vez para otra. —Una sonrisilla se le escapa a Nekane.

—¿Puedo seguir yo?

—Aquí no se pide permiso. Se hace y punto.

La voz autoritaria de Nekane acojona, pero poco a poco la voy conociendo y creo que detrás de ese escudo hay una mujer excepcional.

—Vale, yo decoraré la tarta.

—Así me gusta. No te vendría mal un poco más de decisión, no solo en las tartas, también en la vida. —Eso me ha sonado a reprimenda. — Ahora la meteremos al horno. Y después, dejaremos que se enfríe. Así ya tenemos la merienda.

—Yo no sé si podré esperar a que se enfríe.

—¿Ya no recuerdas lo que te pasó cuando te comiste la tarta caliente? Te entraron unas diarreas tremendas. ¡Si hasta te cagaste en los pantalones!

—Lo tenías que sacar a relucir —añade colorada Sila poniendo los ojos en blanco.

Me encanta verlas gruñir. Estas dos están rematadamente locas…



15. Fragilidad

El día que pasé con Sila y Nekane fue estupendo. Por unas horas consiguieron que me olvidara de que mi exmarido, el hombre que me había amargado la vida durante años, estaba en el pueblo. Pero hoy la cruda realidad llamó de nuevo a mi puerta.

Como cada mañana me dispongo a sentarme en uno de mis rincones favoritos, ese que me hace saborear los primeros minutos de mi rutina diaria. Al salir, lo veo en la mecedora, manchando esa imagen idílica de mi lugar especial, del que ahora, es mi nuevo hogar.

Su mirada glacial atraviesa mi alma como puñales afilados.

—¿Qué demonios haces aquí? No te ha quedado claro que no quiero volver a verte. —La rabia que recorre mi cuerpo hace que arda como brasas encendidas.

—Buenos días a ti también. —Una sonrisa sardónica asoma por su rostro.

—Evidentemente no son buenos días para mí, puesto que estás aquí —refunfuño airada.

—No te pongas así. Soy tu marido, tu deber es estar a mi lado. No

te resistas, ya que no me moveré hasta que vuelvas conmigo a tu verdadera casa. —Ya me estoy empezando a cansar de esta situación.

—Deberías marcharte. No voy a ir contigo a ningún sitio. Como has podido comprobar, ya no pintas nada en mi vida. —No sé de dónde sale la valentía para enfrentarme a él, pero ya estoy cansada de bailarle el agua.

—Carlota, estás sola. No tienes trabajo ni familia, solo me tienes a mí. Afróntalo de una puta vez y no me hagas perder el tiempo. He venido a por ti. Es más, de lo que te mereces. —Ya salió su lado controlador, ese que me hace temblar.

«No te rindas, Carlota. Es mentira que estés sola, te lo han dicho tus nuevas amigas, ¿recuerdas? Si no me haces caso a mí, házselo a ellas», me dice esa voz que me quiere más que a nada, tranquilizándome.

—No estoy sola. Mis amigas son mi familia, tanto las de siempre como las nuevas. Ellas me levantarán cuando me caiga. —Su sonrisa me hace estremecer.

—Sí, ahora te ayudan, pero cuando vean que eres una carga, ¿qué crees que harán contigo? No tienes trabajo, no puedes alimentarte del aire. Admítelo, soy tu mejor opción. Te guste o no.

En eso tiene razón, puesto que no tengo ningún ingreso. ¿Qué pasará cuando Candela se canse de ayudarme? Ese día puede llegar si tardo en conseguir mi objetivo. ¿Adónde iré entonces?

No me puede estar pasando esto. Bajo la mirada al suelo, derrumbándome con cada uno de mis pensamientos. Estoy en un callejón sin salida. Es, o estar con él y volver a mi miserable vida, o volar y estrellarme. No sé qué será mejor, el dolor y la soledad que sé que con él tendré, aunque no estaré sola, o un poco de felicidad hasta que se agote.

A lo mejor cambia y puedo llegar a ser feliz.

«No te engañes, el dolor y la felicidad nunca van de la mano».

—Te dejo que pienses en ello. —Sonríe con malicia al notar mis dudas—. Ya sabes dónde encontrarme. Pero te advierto, si no vienes a mí, te juro que vendré a buscarte. Y créeme, cuando lo haga, no seré tan benevolente contigo. —Un frío helador recorre todo mi cuerpo al oír su amenaza. No me dejará en paz hasta que lo consiga.

Veo cómo se va alejando mi verdugo, ese que alguna vez creí amar y que ahora me desquicia el alma, lo retuerce a su antojo y lo pisotea con sus palabras y sus gestos. Cuánto más lo pienso, más creo que solo fue la seguridad de tener a alguien junto a mí.

¡Que equivocada estaba!

Suspiro y me siento en ese lugar que me hace olvidarme de todo, incluso de que existe esa horrible persona, con mi libro y el café helado. Se me han quitado las ganas de leer y de tomármelo. Hoy la

lectura pasa a un segundo plano.

Mi cabeza es una centrifugadora, no quiero volver, aquí me siento feliz, pero algún día tendré que marcharme. No es mi casa y no puedo vivir de la caridad de Candela eternamente.

Un pensamiento atraviesa mi cabeza como una estrella fugaz, es la hora de buscar esa solución para tener unos ingresos extras. Quién sabe, hasta podría ser un buen negocio.

Entro a la casa dispuesta a ser la que era y no necesitar a nadie. Entusiasmada con la nueva idea que sobrevuela en mi mente, me acerco al baúl de telas de la abuela de Candela. Sé que a ella no le importará que las use. Lo abro y empiezo a clasificar los tejidos según los estampados y los colores lisos.

Estoy enfrascada en mi tarea cuando alguien llama al timbre. No me he percatado del tiempo que he pasado combinando telas para hacer las mochilas.

En la puerta, un sonriente Nick me espera con una gran cesta de manzanas.

«¡Oh! Mi dios griego, algún día volveré a probar el néctar de tus labios». No sé cómo aguanto esta voz, cada vez es más empalagosa.

—Hola Nick. ¿Cómo tú por aquí? —Le abro más la puerta invitándole a entrar.

—Estamos recogiendo las manzanas para la sidra y pensé que querrías probarlas. Por cierto, hola.

—Muchas gracias. Pasa, ¿quieres tomar algo?

Me siento un poco incómoda, después del beso, no he vuelto a verlo y no sé cómo comportarme con él.

Al pasar, Nick se acerca a mí y deposita un suave beso en mi cara. En ese momento mis mejillas se colorean en un tono rosado. Este hombre me vuelve loca, pese a que no es mi mejor época y que no deseo estar con nadie, he de reconocer que me hace vibrar solo con un gesto de su cara o un roce de su mano. Como si leyera mi mente, Nick me contesta, con una mirada traviesa.

—Te dije que te esperaría Carlota. —Me desconcierta, pero, a la vez, me reconforta que siga pensando así.

—Gracias, no sabes cómo te agradezco que me des espacio.

Al pasar al salón, abre los ojos desmesuradamente. Mierda. No me acordaba que tenía las telas esparcidas por todo el salón.

—¿Qué es todo esto? ¿Vas a redecorar la casa con cortinas nuevas?

—Siento el desastre, estaba clasificando los tejidos y combinándolos para posibles mochilas.

—Te has tomado en serio lo de confeccionar. Me alegro por ti, ya verás que será todo un éxito. —Percibo en su tono de voz que está orgulloso de lo que estoy haciendo. ¡Qué raro! Tampoco nos conocemos tanto como para que sienta algo así. Seguro que no es eso,

será su forma de hablar.

—Eso espero. Necesito ingresos y creo que podré venderlas a buen precio. Le pediré ayuda a Candela para poder promocionarlas por las redes sociales, pero lo primero de todo es tener un remanente en mochilas. Así que he decidido organizar los tejidos por colores y estampados y combinarlos entre sí.

—Si quieres, puedo ayudarte. No sé mucho de telas ni de ese tipo de prendas, pero una mano amiga nunca viene mal. Así acabarás antes.

—Te lo agradezco, pero creo que ya lo tengo todo organizado. Hablaré luego con Sila para que me ayude a cortarlos mientras yo voy cosiendo las mochilas. A lo mejor a ella le interesa un ingreso extra.

—Seguro que te ayuda. Cambiando de tema, me he enterado de que por fin tienes la receta de la tarta de manzana de Nekane. Es raro que te la haya dado, debes de haberle caído bien.

—Me parece una mujer… muy peculiar.

—Peculiar… extraña manera de describir su carácter seco.

—A mí me cae bien. Ayer necesitaba un par de amigas y, Sila y Nekane, me ayudaron a sobrellevar un día difícil.

—Mejor no pregunto, ¿no? —Me observa con curiosidad, pero respeta mi silencio.

—Te lo agradezco.

Al cabo de un rato, se marcha a seguir con la recogida de la manzana. Me acerco a casa de mi vecina, necesito hablar con ella lo antes posible. Quiero hacer las mochilas y ponerlas a la venta.

—Hola, Carlota. Pasa. ¿Qué te trae por aquí?

—Hola, cielo. Quería proponerte un negocio, ¿estás libre para hablar de ello?

—Por supuesto, para ti siempre tengo un rato libre. Anda pasa, iré a preparar café.

Entro al salón y me siento a esperar a que traiga ese ansiado café. Estoy nerviosa, no sé si querrá ayudarme a cortar los patrones. Deseo dar ese giro a mi vida, no quiero depender de nadie nunca más y eso conlleva hacer algo.

—Me tienes intrigada. ¿Qué negocio es ese?

—He decidido hacer una colección de mochilas, crear un catálogo con todas las que vaya cosiendo y venderlas por Internet. Poner mi propia tienda online o al menos una cuenta en las redes sociales como vendedora. Lo tengo todo organizado solo necesito dos manos más para que me ayuden a tenerlo listo lo antes posible. Cuánto más pronto empiece, más temprano acabaré y podré cobrar mi primer sueldo. Quiero poder pagar mis facturas y no estar de prestado toda la vida.

—¡Eso es maravilloso! Las venderás muy bien, pero yo no sé nada

de costura. No sé cómo podría ayudarte.

—Por eso no es problema, los patrones ya están hechos. Solo tendrías que copiarlos en la tela y cortarlos. Es muy sencillo y en los primeros que hicieses estaría contigo para ayudarte. He pensado que podría pagarte una parte de los beneficios. ¿Qué te parece?

—Te ayudaré y no quiero esa parte de los beneficios. Lo hago porque te aprecio y sé qué harías lo mismo por mí. ¿No es cierto?

—Por supuesto, pero no aceptaré que no ganes nada. Será mucho trabajo, quiero tener un buen remanente para poder salir adelante por mí misma. No quiero volver a depender de nadie. Ya no.

—Me gusta que por fin te des cuenta de lo que vales. Dentro de ti hay una mujer luchadora que está deseando salir y espero estar aquí para verlo.

—No sabes cuánto te lo agradezco. No quiero volver con él. Ni ahora ni nunca y este proyecto me puede ayudar a conseguirlo.

—Está bien. ¿Cuándo empezamos? —Su entusiasmo es contagioso.

—Mañana mismo, no quiero esperar mucho. Por ahora tenemos cincuenta combinaciones diferentes para hacer las mochilas. Me gustaría hacerlas diferentes unas de otras, para que la clienta que la compré sepa que se lleva algo exclusivo.

—Una idea genial. Entonces mañana a primera hora me tendrás en tu puerta, espero que me recibas con un buen café.

—Eso está hecho. Muchas gracias, Sila.

—Siempre podrás contar conmigo. —Con una sonrisa sincera, me despido de mi vecina hasta el día siguiente.

Como prometió, mi querida ayudante llama a mi puerta puntual, pero para mi sorpresa, Nekane está junto a ella.

—Bienvenidas. ¿Qué haces aquí Nekane? —Mi asombro es más que evidente.

—Sila me ha dicho que necesitabas ayuda y no tengo nada mejor que hacer. Venga vamos, ¿dónde está ese café?

—Ahora mismo os lo pongo, pero pasad y sentaos. No sabéis la alegría que me da veros.

«¡No estamos solas! ¡Chicas al poder! ¡*Girl power*!» Alguien que conozco muy bien, baila en mi cabeza al comprobar lo que ha cambiado mi vida en tan pocos días.

No podía creer que las dos vinieran a ayudarme, sobre todo, Nekane. En su mirada puedo apreciar que es una gran mujer. Fíjate, ya lo dice el refrán: Las apariencias engañan.

—¿Por dónde empezamos? A ver, yo nunca he cortado un patrón, pero no será muy difícil, ¿no?

—Sila, ¿en el cole te enseñaron a usar las tijeras? Quizás tengas que usar unas de plástico, no queremos que te accidentes. —Las puyas de Nekane hacia ella nunca acaban, me divierte esta rara amistad.

—Muy graciosa. —Sila le saca la lengua a modo de burla, parecen dos niñas pequeñas.

—El patrón de la mochila es este, solo tenéis que copiarlo en la tela y cortarlo. Podríamos hacer una cadena; Sila puede copiar el patrón, tú, Nekane, cortarlo y yo pasarlo por la máquina. Podríamos hacer un buen equipo de producción, como la de un taller especializado.

—A mí me parece una idea estupenda, siempre que Sila no coja las tijeras…

—Ya estamos otra vez. ¿No te cansas de molestar?

—¿La verdad? No. Sobre todo, si es a ti. Eres tan fácil de fastidiar.

—Bueno, ¿qué?, ¿empezamos?

Pasamos la mañana entre telas. Esa sencilla cadena que hemos creado está funcionando de maravilla, ya hemos conseguido tener listas cinco mochilas. Estoy muy satisfecha con el resultado. Ahora toca hablar con Candela para que me ayude con las redes sociales. Mi negocio va tomando forma y ya no me siento débil. Esa fragilidad con la que me atrapó en su día va desapareciendo poco a poco. Puedo hacer que esto funcione, lo voy a conseguir.

Mis trabajadoras voluntarias se marchan después de almorzar, es lo menos que podía hacer tras ofrecerme su ayuda incondicional. Me han prometido volver mañana, un detalle que me acelera el corazón.

Decido que es hora de llamar a las chicas, las de toda la vida, mis amigas del alma y contarles mi idea. Hago una videollamada conjunta, así será más sencillo. Al primer tono veo cómo se refleja el rostro de Cloe en la pantalla, con esa maravillosa sonrisa que luce siempre.

—¿Qué tal Carlota? Mi niña, ¡estás guapísima!

—Hola, Cloe.

La siguiente en asomar su cabecita es Candela, seguidas de Marta y África. Un *hola* conjunto sale de nuestras bocas a la vez y las carcajadas suenan a través de nuestros móviles. Qué tonta he sido al creer que no podía contarles mis problemas. Ahora me doy cuenta de la suerte que tengo al mirar a mi verdadera familia; mis amigas.

—¿Qué te pica Carlota? —Candela tan directa. Cómo me conoce.

—Os he llamado para contaros algo. ¿Estáis sentadas? —Creo un poco de expectación.

—¡No jodas! ¿Estás embarazada de Nick?

—Pero ¿qué…? ¡no! Si ni siquiera me he acostado con él, Candela.

—Coño, ¡yo qué sé! Es una idea, ¿no? Además, el tío está para hacerle padre varias veces. —Mi escandalosa amiga hace varios gestos obscenos a través de la pantalla del móvil mientras levanta las cejas de manera sugerente.

—¿Siempre piensas en lo mismo? —África mira con desaprobación a mi granjera favorita mientras niega con la cabeza. Definitivamente

nunca se llevarán bien.
—Chica yoga, no te metas en esto. Ya sabemos que tu sabiduría no llega para tanto.
—Candela, ya…, dejemos hablar a Carlota a ver que nos tiene que contar.
—Gracias Marta.
—Será una buena noticia seguro.
—Bueno, hay una mala y una buena. —Un gesto de preocupación asoma en el rostro de cada una.
—Empieza por la mala, que la buena ya la tapará.
—Vale, él está aquí. —Un silencio incómodo se instala entre nosotras.
—¿Él? ¿Quién coño es él? Ostras, vale; lo pillo. El innombrable. Joder, ¿cómo coño te ha encontrado? No conocía mi casa.
—Al parecer sí. O por lo menos sabía dónde buscarme. Creo que ha sumado dos más dos.
—Y ¿a qué ha ido? ¡Será gilipollas! Es que no piensa dejarte en paz de una puta vez. —El enfado de mi amiga va en aumento.
—Por lo visto no piensa dejarme. Quiere que vuelva.
—No vas a volver, ¿verdad? —La voz de Cloe suena asustada. No está segura de sí puedo resistirme, pero yo sí. Esta vez no voy a ceder.
—Por supuesto que no. Ahora más que nunca estoy convencida que fue un gran error casarme con él.
—¡Bien por ti! Nosotras te apoyaremos en todo lo que necesites. —Marta habla por todas.
—Entonces vamos y le partimos las piernas…
—¡Candela! La violencia no trae nada bueno.
—Ya habló la Dalai Lama…
—¿Queréis dejar de pelearos? —Marta ya empieza a perder la paciencia con esas dos.
Me miran unos instantes esperando que cuente la buena noticia. Estoy nerviosa, ¿les gustará mi idea? ¿Me apoyaran en esta locura? Miles de preguntas recorren mi mente, pero es hora de enfrentar mi nueva situación con determinación.
—La buena noticia es que voy a hacer mochilas, bolsos y puede que algo más.
—Eso ya nos lo dijiste.
—Sí, pero voy a montar mi propio negocio, quiero venderlas por las redes sociales. Puede que sea una locura, pero necesito hacerlo y sé que puedo hacerlo. He estado mirando los tejidos que tenía aquí y tengo suficiente para unas cincuenta mochilas y con el resto de tela, puedo hacer otras cosas. Con eso podré empezar y, si todo va bien, compraría más material para continuar con mi proyecto. Podría contratar a más costureras. Serían unas mochilas exclusivas que nadie

más las tendría. No sé, ¿qué os parece?

Durante un par de minutos, que a mí me parecen horas, las chicas guardan silencio. En ese período de tiempo mi autoestima y mi seguridad van mermando. ¿Sería una estupidez lo de venderlas? Cloe es la primera en hablar.

—Pues yo creo que es una gran idea. A ver, los comienzos nunca son fáciles, pero tú eres una mujer fuerte y sabrás salir adelante.

—Además, nos tienes a nosotras. Seguro que todo saldrá bien. —La voz de África suena por el altavoz de mi móvil con un bálsamo para mis oídos.

—Entonces, ¿puedo ponerme ya con las redes sociales? —Candela, como siempre, adelantándose a los acontecimientos.

—Esa era una de las razones por la que os llamaba, sabéis muy bien que mi relación con la tecnología es nula. En esa parte agradeceré toda la ayuda que podáis ofrecerme.

—Y… ¿Con qué nombre te anunciarás? Debes tener un nombre pegadizo, que no se olvide tan fácilmente.

—He pensado mucho en eso y creo que ya lo tengo. Mi nombre será: LA COSTURERA NOVATA.

—¿La costurera novata? No sé si funcionará, la gente te asociará a una persona que está aprendiendo, ¿no?

—¿Sabéis ese refrán de que nunca te acostarás sin saber algo nuevo? Pues eso mismo lo aplico a la costura, estaré constantemente aprendiendo para mejorar mis productos.

—Es un nombre sencillo y fácil de recordar, pero, sobre todo, humilde, sin pretensiones. A mí me gusta. —Mi chica yoga cavila sobre el tema en voz alta.

—¡Vale! Nos quedamos con La Costurera Novata, tiene gancho. Empezaré hoy mismo a crear las redes sociales. —Candela entusiasmada da una palmada al aire.

—Yo podría diseñar el logo…

—Eso sería genial, África, se te da muy bien diseñar. Me alegro de que me apoyéis en esto, estoy aterrada.

—Es una ambición comedida, ¿cómo no te vamos a apoyar? Quieres crear un negocio y nosotras, aunque en la distancia, siempre estaremos a tu lado. Te lo repetiremos tantas veces como sea necesario hasta que te lo creas.

Después de esta conversación con mis chicas, me quedo mucho más tranquila. Ahora toca trabajar duro y no me voy a amedrentar, el trabajo nunca me ha dado miedo.

Por la mañana, Sila se presenta sola en casa. Nekane ha tenido un problema con la sidra y debe quedarse para ayudar a Nick.

—Hoy podré coger las tijeras ya que Nekane no está para

fastidiarme.

—Sila, no te lo he dicho, pero eres una mujer excepcional. Gracias por estar aquí y acompañarme en mi locura.

—Tu locura es mi locura.

Nos ponemos a trabajar. Ahora con dos manos menos tardaremos un poco más, pero no desistiremos, con esfuerzo y tesón alcanzaremos nuestro objetivo. Las horas pasan y las dos charlamos animadas mientras trabajamos incansablemente.

—Oye Carlota, ¿irás mañana al concierto que darán los chicos en el bar de Pepe?

—¿Un concierto? No lo sabía.

—Pues ya lo sabes. ¿Qué te parece si vamos juntas? Será divertido.

—Me parece una buena idea.

—Nos lo pasaremos bien. A veces también es bueno divertirse un poco, ¿no?

Con esa promesa nos despedimos hasta el día siguiente. Hoy hemos dejado listas cuatro mochilas. Está genial, ya que el día anterior y con un par de manos más habíamos hecho cinco. El ritmo va mejorando conforme mejoramos nosotras.

Estoy muy satisfecha por el trabajo realizado, a este ritmo, pronto tendremos una buena partida de mochilas para enseñar en las redes. Mi idea ya va tomando forma. Voy a ser empresaria, ¡yuju!



16. La canción

Como la mañana anterior, Sila se presenta en mi puerta. Porta una gran sonrisa en su rostro, está diferente. ¿Qué bicho le habrá picado?

«¿Qué va a ser? Le picó el bichito del amor. Seguro que Pepe tiene algo que ver…»

Yo, sentada en mi rincón favorito de la casa con mi gran taza de café, observo como mi amiga se acerca hasta mí.

—Buenos días, Carlota.

—Buenos días, Sila.

—Voy a ser tu primera clienta. —Lo suelta a bocajarro, sin paños calientes. —Me gustaría comprarte una de esas maravillosas mochilas que estamos confeccionando, quiero lucirla hoy en el concierto.

—Ya me ayudas bastante cortando patrones, tú no tienes que comprar nada. Coge la que más te guste y disfrútala.

—¡Ah, no! Es tu trabajo y tienes que ganar dinero.

—Pero si las hacemos las dos, que menos que te lleves la que más te guste. No hay discusión que valga. Anda, entra y elige la que más te llame la atención.

—Vale, pero te invito a un par de cervezas en el concierto.

—Mira que eres cabezota…

Entramos en casa, yo ya sabía cuál iba a elegir. El día anterior estuvo mirando una con un estampado de rostros abstractos en tonos azules y rojos. Sé que le había gustado. Se la pensaba regalar, pero se me adelantó.

Acerté de pleno. Eligió la que me imaginaba y la verdad es que le queda muy bien con su carácter. Está hecha para ella.

—¿A qué es preciosa? —Sus ojos brillan como los de una niña pequeña ante un juguete nuevo.

—Lo es. Igual que tú.

—Es de mi estilo. Tengo un conjunto que me haría juego con ella, me lo voy a poner esta noche. Y tú, ¿ya has pensado qué te vas a poner?

—Sinceramente, no. Supongo que iré con unos vaqueros y una camiseta.

—Carlota, debes ir espectacular. Esta noche será un concierto muy especial, estaría bien que te arreglaras un pelín. Anda vayamos a tu armario a ver que tienes.

¿Un concierto muy especial? ¿Qué querrá decir con eso?

«Chica, blanco y en botella, que no te enteras. ¡Hoy se declara! De verdad, que a veces, no sé de dónde has salido».

Sila pasa un buen rato rebuscando entre mi ropa, sin convencerle nada de lo que tengo. La verdad es que no tengo mucho donde elegir.

—Hagamos una cosa, esta tarde te vienes a mi casa. Nos arreglaremos juntas, tenemos la misma talla más o menos. Seguro que alguna prenda te valdrá. Estoy pensando en un vestido gris que tengo. Umm… creo que te quedaría genial con mis botines negros. ¿Qué número calzas? —Mientras habla, da vueltas alrededor mío.

—Un treinta y ocho.

—Perfecto. Ya verás cómo te gustan. Además, no son muy altos, podrás caminar bien con ellos y aguantar todo el concierto. A esos sitios debemos ir cómodas, bailaremos hasta no poder más.

Al cabo de un rato y de un par de cafés, decide marcharse a su casa. Hoy no me ayudará a cortar patrones, dice que tiene que organizar nuestra salida de esta noche. No sé qué trama, pero miedo me da…

«Nena, déjate llevar por una vez en tu vida». Mi voz al final va a tener razón. Lo que me da pánico es si él se presenta en el concierto, no está bien de la cabeza y temo que, si me ve con ellos, pueda hacer una barbaridad. Está claro que sigue en el pueblo y que no se irá hasta que me arrastre con él. Porque esta vez no me va a embaucar, la única manera de que lo acompañe será esa, arrastrándome.

Después de recoger un poco la casa, decido adelantar el trabajo y

me pongo a coser las mochilas que Sila me dejó ayer cortadas. Estoy entusiasmada con este proyecto, tiene que salir bien, o eso espero. Sí, seguro que va a salir bien.

A la hora acordada, me presento en casa de mi ayudante. A saber, qué me tendrá preparado. Pese a esa sensación que burbujea en mi interior, apuesto a que me lo pasaré genial. Me ha demostrado con creces que puedo confiar en ella, que no va a hacerme nada malo, que tengo que relajarme y divertirme. Y eso haré.

Sobre la cama hay dos vestidos. Uno es gris (supongo que será el que yo me ponga). Es muy bonito, de escote redondo y con unas pequeñas chapas plateadas alrededor del cuello, cogido al pecho lo que hará que lo resalte mucho más. Tiene las mangas cortas y un poco abullonadas, pero sin llegar a la exageración y por abajo suelto hasta la rodilla. En el suelo veo unos botines negros con cordones y unas correas en los laterales. Lo contemplo un segundo y he de decir que es un conjunto muy roquero. Sila lleva razón, es ideal para el concierto de hoy.

Su vestido es rojo, bastante provocativo para mi gusto, pero a ella le queda genial. Es un vestido con cuello de barco, largo hasta la rodilla y bastante sencillo. No lleva ningún adorno, pero está hecho para estilizar la figura, se amolda al cuerpo de esa mujer como si fuera una segunda piel. Le queda de maravilla, creo que más de uno se quedará con la boca abierta.

Nos vamos vistiendo mientras nos tomamos unas cervezas entre bromas. Me siento muy a gusto con ella.

—Carlota, el vestido te queda de muerte. Hoy vas a arrasar, te lo digo yo. Ahora solo queda pasar por chapa y pintura. Venga, siéntate que te maquille.

Hago lo que me dice, me dejo aconsejar, porque quiero estar radiante. Aunque no sé por qué.

«Yo sí lo sé. Quieres impresionar a cierto productor de sidra...» Bueno, vale. No lo voy a negar. Dejarle un poco con la boca abierta, sí que quiero

Me maquilla los ojos ahumados haciendo que se vean aún más grandes de lo que son. Los labios los pinta en un tono rojo sangre y parece que han aumentado de tamaño. ¡Esta chica hace milagros con una chispa de maquillaje! Me miro al espejo y no me reconozco. Me gusta lo que veo, estoy impresionante. El pelo me lo he dejado suelto con unas leves ondas que lo hacen más voluminoso.

—Con ese atuendo, puedes parar un tren o descarrilarlo.

No dejo de boquear frente al espejo. Es real, parezco otra mujer, pero no. Soy yo. Mi nueva yo.

Es la hora de salir hacia el bar de Pepe, allí nos espera Nekane que

se unirá a nosotras. Estoy nerviosa, todavía no he visto a Nick cantar. Cuando llegamos los chicos están junto al escenario ultimando los detalles y lo observo que está de espaldas afinando la guitarra.

«Hasta de espaldas está para comérselo. ¡Uf!, ya me está entrando el calentón. Camarero, una cerveza por aquí. Necesito enfriar este cuerpo que Dios me ha dado» Mi vocecilla está hoy que se sale...

O tal vez la que está salida soy yo...

En ese momento se gira y nuestras miradas se entrelazan. Me quedo muda ante semejante monumento. Lleva unos vaqueros rotos (bastante rotos) que deja ver la piel de sus muslos y una camiseta en gris con la imagen del típico grupo de *rock*. Me doy cuenta de que vamos los dos de gris, ¿nuestra amiga lo habrá hecho a posta?

Se acerca despacio sin apartar la mirada y mis pulsaciones van aumentando. Su sonrisa ladeada parece traviesa, como si le gustara lo que ve. Ese gesto me provoca, me enciende y me da una seguridad en mí misma que desconocía tener.

—Estás preciosa. —Me ruborizo.

Se acerca y me da un suave beso en la mejilla muy cerca de la comisura de mis labios.

«Ay, madre. Que me da un telele. ¿Repetimos? Es que no me ha dado tiempo a saborearlo.» Me siento igual que mi vocecilla, con ganas de más. Desde que probé sus labios en el río, no he dejado de pensar en ellos.

—Ey, Carlota. Estás guapísima. —Enol se acerca a mí para abrazarme y Nick lo atraviesa con la mirada. ¿Qué mosca le ha picado a este? No soy de su propiedad.

«¿Qué le va a pasar?, que está loquito por tus huesos.» Ignoro a mi vocecilla.

—Estoy de acuerdo con Enol, hoy te ves radiante. —Asur me obsequia con una sonrisa genuina, de esas *bajabragas*.

Pepe me saluda desde la barra y nos acerca, a Sila y a mí, un par de cervezas. Esta lo mira de reojo, es evidente que entre estos dos hay algo. Ya lo averiguaré…

—Mis mujercitas preferidas, estáis radiantes. —Pepe tan adulador como siempre. No me pasa desapercibida la mirada que le ha echado a Sila.

El concierto va a dar comienzo y los chicos se suben al escenario. Sila, Nekane y yo nos ponemos en primera fila, somos como las grupis adolescentes que se vuelven locas con sus cantantes favoritos, o por lo menos así me siento yo.

Nick tiene una voz rasgada, única. Las canciones que va cantando de otros grupos las va amoldando a su estilo y quedan genial. No me imaginaba esa faceta suya. Nosotras no paramos de bailar al ritmo de la música, nos hemos tomado unas cuantas cervezas y ya nos hace

mella en nuestro cuerpo. Desinhibida, disfruto de mis nuevas amigas.

Cuando ya falta poco para que el concierto acabe, Nick me mira con intensidad y me dedica la siguiente canción. Mi corazón empieza a latir con la rapidez de un rayo, siento que me va a dar un infarto.

Reconozco la canción, es de Los Rodríguez, *Sin documentos*. Los primeros acordes suenan y nuestras miradas se conectan, la entona para mí. Solo para mí.

Empiezo a moverme sin darme cuenta sin dejar de mirarle, mientras disfruto de esa declaración de intenciones.

Déjame atravesar el viento sin documentos
Que lo haré por el tiempo que tuvimos
Porque no queda salida, porque pareces dormida
Porque buscando tu sonrisa estaría toda mi vida
Quiero ser el único que te muerda la boca
Quiero saber que la vida contigo no va a terminar...

Su voz entra dentro de mí como un hierro candente, haciendo que todo mi cuerpo se estremezca. Cierro los ojos, me muevo al compás de la música recreándome en cada nota. Siento cómo me observa sin necesidad de abrirlos. La piel me arde solo con pensar que lo está haciendo.

Los abro y está tal como lo había imaginado. Me falta el aire, esa sensación de ahogo como los nuevos sentimientos que crecen en mi interior me aterran. Oigo a mis amigas llamarme, pero las ignoro. Necesito escapar. Al salir, me quedo parada en la puerta unos minutos.

¿Qué ha pasado? ¿Por qué he tenido que salir huyendo? Nick no es como él. Jamás me hará daño.

De repente, noto cómo me agarran fuertemente del brazo y me llevan a un callejón que está junto al bar. Sé quién es, no me hace falta verlo para sentir su olor, provocándome unas horribles arcadas.

—¿Quién es ese? ¿Te lo has follado, maldita zorra? —Suelta la rabia que lleva dentro con palabras hirientes.

—Pero ¿qué…?

No puedo seguir hablando, puesto que me aprisiona contra la pared y me sujeta los brazos para que no me mueva. Tengo miedo de lo que pueda hacer. Se acerca a mí, sus labios intentan besar los míos. Protesto. Intento zafarme de sus brazos. Lucho en vano pues tiene más fuerza que yo.

—Eres mía, Carlota. A ver cuando te va a entrar en esa cabecita que tienes. Como te haya tocado un solo pelo, lo mataré. ¿Lo entiendes? Y ahora te vendrás conmigo sin hacer ningún movimiento extraño, porque si no será peor. Volvemos a casa esta misma noche. —Su aliento se mezcla con el mío, giro la cabeza asqueada, intentado

separarme de él, pero es imposible, aprieta aún con más fuerza si cabe.

Al salir del callejón veo a las chicas y un resquicio de esperanza se instala en mi corazón. Sila que nos ve, sale corriendo hacia mí y Nekane la sigue.

—¡Suéltala, malnacido! —Sila lo araña en el brazo mientras él brama improperios.

—¡Cállate, puta! Métete en tus asuntos.

—A mis amigas no las tratas así, maldito cabrón. —Nekane se acerca a él con una rapidez pasmosa y lo tira al suelo con una llave que ni las de Karate Kid. No sé dónde la aprendió, pero me la tiene que enseñar.

—Vámonos, Carlota. Este tío no va a molestarte más. —Sila me agarra a modo de protección. Respiro hondo y luego las miro. Mis chicas, mi familia.

Nos acercamos a la puerta del bar y los chicos nos buscan sin saber qué ha pasado. Mi cara es un poema desgarrador. Toco ligeramente el brazo por donde hace tan solo unos segundos ese mamón me apretaba con todas sus fuerzas, y puedo afirmar con total seguridad los moratones que me dejarán las yemas de sus dedos. Noto cómo resbalan las lágrimas por mi rostro pintando un cuadro abstracto gracias al maquillaje. Embalado, Nick viene a mi encuentro. Una bonita velada se ha convertido en un infierno.

—¿Qué ha pasado? —La voz de Nick me devuelve a la realidad. Me mira con… ¿rabia? ¿Miedo?

Sila les cuenta todo lo sucedido en el callejón y bueno… mi pasado sale a la luz. Ya no tengo que esconderme más, ahora ya lo saben.

—¿Por qué no nos lo contaste antes? Pensé que éramos amigos. —Nick está decepcionado conmigo, lo veo en su mirada.

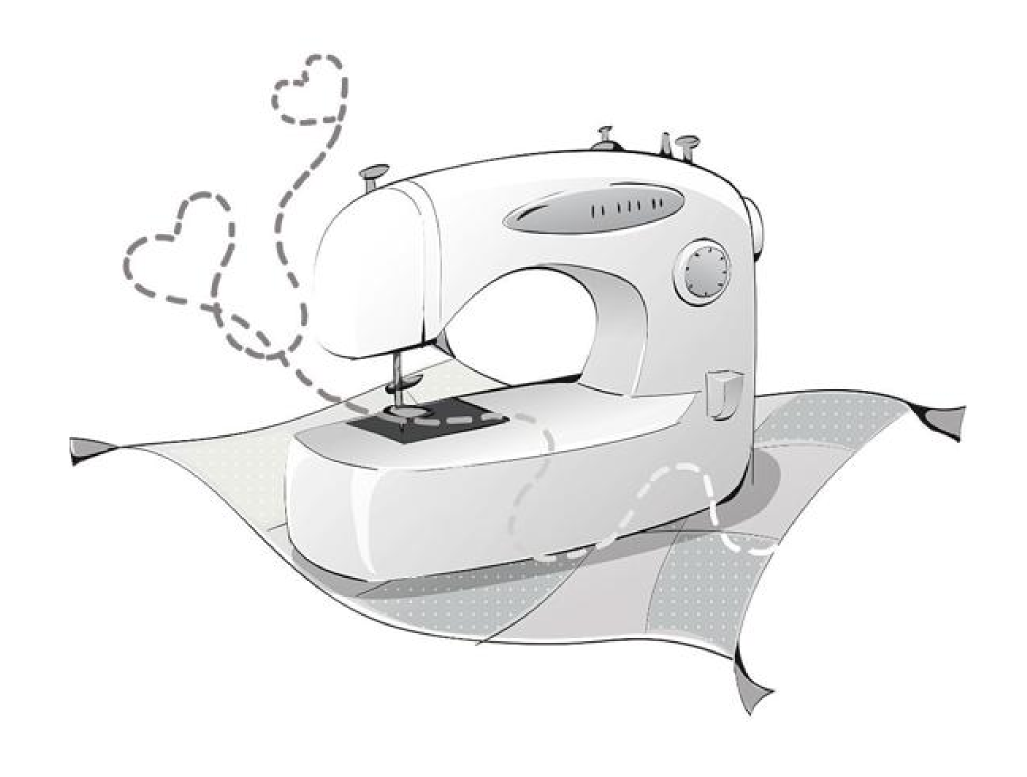
—Me avergonzaba de mi vida, de todo lo que he tenido que pasar. ¿Crees que es fácil ir contando por ahí los insultos o las palizas que me propiciaba solo porque estaba cansado o no le apetecía verme? —La rabia me nubla. No puedo más, siento que me estoy derrumbando.

Un mareo me sobreviene, de pronto empiezo a verlo todo oscuro y solo oigo voces lejanas.

—Carlota, Carlota… ¿Estás bien? Vamos rápido, ¡llevémosla al médico!

Por fin ese silencio, la oscuridad me embarga. Necesito un descanso de mi vida.

No quiero ser yo.



17. Rabia

Nick

Rabia. Es lo que siento en este preciso instante. Una impotencia ante lo ocurrido en el bar. Joder, que hoy tendría que haber sido especial. ¿Cómo puede llegar a torcerse la cosa tanto en tan poco tiempo?

Al verla hoy tan guapa, con esa sonrisa preciosa, me he convencido a mí mismo que es esa persona, que, sin buscarlo, es la mujer que he estado esperando; la mujer de mi vida. No sé cómo ha sucedido, pero sé que es ella.

Hablé con Sila para darle una sorpresa. Iba a ser un concierto especial, ya que tenía pensado dedicarle la última canción, decirle lo que mi corazón sentía al estar junto a ella.

Y así lo hago, canto solo para la mujer que me trae loco. La observo bailando y siento que mi voz acaricia su cuerpo. Durante un breve espacio de tiempo hemos sido uno, solos los dos entre la

multitud. Ese momento ha sido indescriptible, no sabría explicarlo ni en un millón de años. Pero, al acabar la canción, la veo correr hacia la calle. Toda esa magia que hemos sentido minutos antes desaparece y con ella mis esperanzas.

¿Qué le ha pasado? Sé que siente lo mismo que yo, entonces; ¿por qué huye? No lo entiendo, mi desconcierto y las dudas hacen mella en mí. Sila y Nekane salen tras ella. En el escenario, me despido de mis compañeros de manera precipitada, estoy deseando salir a buscarla. Necesito abrazarla y que me explique sus miedos. Está claro que no se atreve a estar conmigo, aunque no entiendo el motivo.

Quiero llegar a comprender el porqué de sus reservas. Deseo que ella vea que puede confiar en mí, pero no sé cómo puedo acercarme a ella sin asustarla.

Al salir, el mundo se me viene encima. Carlota no para de llorar y una sensación de desasosiego invade mi alma. ¿Qué diablos está pasando?

Sila nos cuenta cómo el capullo de su exmarido ha intentado sobrepasarse con ella. Aprieto los puños con tanta fuerza que los nudillos cambian de color. Yo no he estado ahí para ayudarla. Me siento impotente al verla sufrir así. Tengo la acuciante necesidad de protegerla, de saber que está bien. La rabia por verla de esa manera bulle por mi cuerpo de manera descontrolada. Al mirarla, veo ese dolor lacerante que le hace tener ese miedo irracional. Ahora lo comprendo todo…

¿Por qué no me contó su pasado? Puede que hubiera visto venir a ese gilipollas. Tal vez hubiera evitado ese enfrentamiento, ese momento tan doloroso. Ahora, no sé cómo actuar ni qué decir.

Estoy algo decepcionado, ¿me habré equivocado y ella no siente lo mismo? No, no es posible. ¿O sí?

Quizás es un espejismo lo que he visto en su mirada.

De repente, Carlota se desmaya. Salgo disparado y me da tiempo a cogerla entre mis brazos. Asustados decidimos llevarla a casa y llamar al médico. Al verla así, tan desvalida, mi corazón late desbocado.

El doctor nos tranquiliza diciendo que ha sido un desmayo por la presión a la que ha sido sometida esta noche. Solo necesita descansar. Después de una breve conversación, las chicas se quedan con ella con la condición de que me mantengan informado.

Me aconsejan que le dé espacio y eso haré. No quiero perderla, pero tampoco quiero agobiarla.

Cuando ella esté preparada hablaremos de lo nuestro… si es que hay un «nuestro».



18. Sila y Nekane

No sé cuánto tiempo llevo dormida, solo sé que me encuentro en mi cama, en mi casa. Parpadeo varias veces intentando enfocar a las personas que están a mi alrededor. Sila está junto a mí y… ¿Nekane? Ella está sentada en una butaca en un rincón de la habitación. Me parece extraño que esté aquí. Las dos duermen plácidamente, no quiero despertarlas, imagino que estarán agotadas si han estado pendiente de mí.

Todo por mi culpa, ellas no tenían que involucrarse. Esto es problema mío y debo solucionarlo yo. No sé cómo lo haré, pero tengo que tomar una decisión y espero que sea la más acertada. Ya no quiero estar con él, creo que nunca lo quise, fue solo sumisión y puede que conformismo, ya que no quería estar sola. Sin embargo, con él, me sentía más sola que nunca.

Ahora lo comprendo, no tengo que estar con alguien, no necesito esa dependencia enfermiza. Yo soy una mujer fuerte capaz de enfrentarme a lo que haga falta. Mi vida la escribo yo. Yo soy la que decide qué quiere hacer y con quién quiere estar, no un zopenco

soberbio que solo sabe amenazar para retener a alguien a su lado.

Intento levantarme sin despertar a Sila, pero es inútil, parece que tiene el sueño muy ligero.

—Hola pequeña, ¿estás mejor? No te levantes muy rápido, podrías marearte.

La voz de Sila es dulce y reconfortante. Le dedico una leve sonrisa, sin hablar, no me apetece. No me salen las palabras. Me levanto despacio, atendiendo la recomendación de mi amiga, tengo que ir al baño pues mi vejiga va a explotar. Las cervezas que me tomé la otra noche quieren salir urgentemente o les hago caso o inundaré el dormitorio. Miro la ventana, es de día. ¿Cuánto habré dormido?

Cuando salgo del baño mis amigas me esperan junto a la puerta. Sus miradas reflejan tristeza, compasión, pena… algo que no quería que sucediera. Es hora de afrontar la verdad, pero siendo sinceras, no me apetece nada. No sé cómo empezar mi historia ni cómo acabaré. La verdad es que no tengo ni idea de cómo voy a salir de esta situación.

—Vamos abajo, voy a prepararte un buen caldo.

—¿Tú? No me hagas reír Sila. Anda vamos, lo prepararé yo si no quieres que acabemos todas en el hospital por una intoxicación. —Nekane tan agria, como siempre, me saca una sonrisa. No obstante, sigo sin querer hablar.

Me hacen sentarme en el salón y se marchan a la cocina. No me fío mucho de estas dos, ¿se matarán vivas? Al cabo de un rato vuelven con una bandeja donde reposan tres tazones de caldo, vasos y una jarra de agua.

—El agua es para la resaca. —Apunta Sila.

—Anda come, te sentará bien al estómago, mi abuela me lo preparaba los días que no me entraba nada, fuera por dolor o por melancolía.

Las tres comemos en silencio, pero es un silencio confortable. No necesito palabras vacías. Al cabo de un buen rato Sila retira los cuencos y se vuelve a sentar junto a mí. Me mira de manera extraña, quiere hablar, pero no sabe cómo empezar. Yo tengo miedo de lo que pueda decir, ¿se arrepienten de haberme ayudado anoche? O, por el contrario, ¿sienten una profunda compasión por mí?

—Bueno, ya que tú no quieres hablar, empezaré yo. Las tres estamos aquí por una razón. Cada una de nosotras hemos pasado por un trauma que nos hizo huir de donde vivíamos.

Me sorprendo con lo que empieza a contar Nekane. Se ve una mujer fuerte, no hubiera imaginado en la vida que a ella le hubiesen hecho daño. Ya sabía que no era del pueblo, al igual que Sila, pero nunca se me pasó por la cabeza las causas que les motivaron a mudarse aquí. La verdad es que tampoco indagué mucho, ¿debería

haberlo hecho? Ahora mismo me siento una amiga pésima. Ellas han estado en todo momento para mí y yo no sé nada de sus vidas.

—Nekane tiene razón, yo hui de mi casa por no poder soportar más, el ver a mi madre cómo se rebajaba ante su novio y la obligaba a hacer todo lo que él quería. A ella ya no puedo ayudarla, pero a ti sí, y desde luego, voy a hacerlo. Mi madre no quiere salir de ahí, de ese pozo sin fondo que poco a poco la está ahogando, pero tú sí quieres. Se ve que luchas contigo misma por escapar de esa opresión Yo no conocí a mi padre, el único referente masculino que conocí fue el novio de mi madre y no era precisamente un referente. Ya te puedes imaginar cómo la trata. Cuando era pequeña mi madre me encerraba en la habitación para que yo no presenciara nada, pero conforme iba creciendo, me iba dando cuenta de los golpes, de cómo aparecía con una venda en la mano de repente, de los moratones que le asomaban por el hombro en verano, por mucho que intentaba disimularlo, de cómo se frotaba el muslo por el escozor, hasta que un día decidí enfrentarlo. No volvería a pegar a mi madre. Cuál fue mi sorpresa cuando ella lo defendió. Me gritó diciendo que no lo entendía, que no sabía nada y que no me metiera en donde no me llamaban. Y, además, ¿sabes lo que me llevé? Un guantazo por su parte, porque, según ella, era una insolente. Él nos había cuidado y así se lo pagaba… no entendí por qué lo defendía. Ahora sé que no ha conocido otra cosa y que un maltratador acaba anulándote como persona. Con el tiempo él empezó a mirarme de otra forma. No me gustaba, me hacía sentir mal. Yo intentaba llegar tarde a casa para evitar encontrármelo hasta que un día… bueno, te lo puedes imaginar. No fue la experiencia más bonita de mi vida. Decidí contárselo a mi madre, pero ella no me creyó. Me echó a patadas de casa. Me dijo que yo quería quitarle a su hombre. ¡A su hombre! No podía creer lo que estaba escuchando. Decepcionada, derrotada y sola, decidí marcharme de allí para no volver. Aquí encontré un hogar, trabajo desde casa y tengo unos vecinos maravillosos. Me duele no poder ayudar a mi madre, pero es ella la que está ciega, la que tiene que quitarse la venda de los ojos. Desde entonces no he vuelto a verla, el día que ella quiera salir de ese agujero yo estaré aquí para ayudarla, es mi madre y ante todo la quiero y no querría que le pasara nada. Pero de momento, solo puedo tener la vaga esperanza de que algún día se dé cuenta de con qué clase de persona convive.

Lágrimas desconsoladas resbalan por el rostro de Sila, mi corazón se encoge al escucharla. Sé perfectamente por lo que está pasando su madre, lo he sentido en mi piel. No es tan fácil salir de ese enorme agujero, hay personas que se hunden en él, que jamás encuentran la salida. Esos cabrones te hacen sentir culpable de todo, te ves tan insignificante que te dejas pisotear porque no te imaginas la vida fuera

de él. Yo estaba anulada como persona, solo veía a través de sus ojos. Ahora que estoy lejos, me he dado cuenta de la relación tan toxica que estaba llevando. Una relación insana que nunca podrá llegar a nada.

Nekane permanece en silencio junto a Sila. La abraza de manera protectora. Quiero unirme a ese abrazo, sin embargo, mis piernas no me responden. Mi cuerpo hoy no me hace ni puto caso. Estoy tan agotada física y psicológicamente que a veces me canso de luchar. ¿Podré salir de toda esta mierda? Esa pregunta martillea mi cerebro cada día y aún no sé qué contestar.

—Mi caso fue diferente. Como sabrás soy del País Vasco y estoy muy orgullosa de ello, que conste, pero mi familia no quiere saber nada de mí, tienen unas ideas algo conservadoras. Yo siempre supe que me atraían las chicas, pero mis padres jamás lo intuyeron o no quisieron verlo. Un día mi padre llegó a casa con un socio de su negocio y su hijo. Mi madre estaba muy ilusionada, yo no entendía nada hasta que, para resumir, mi padre quiso casarme con aquel chico para así afianzar sus negocios. Yo me negué tajantemente, ellos insistieron. En vista de que no me hacían caso, les dije que me gustaban las chicas. Se enteraron de una manera brusca, sí, pero ya no podía más. No podía consentir que negociaran conmigo como si fuera un trozo de carne. ¡Que no estamos en la edad media! Te puedes imaginar la que se montó, fue una vergüenza para mi familia y me echaron de casa. No sabía dónde ir. Deambulé sin rumbo fijo, de un pueblo a otro, buscando algo que hacer para ganarme la vida. Nada me satisfacía, veía la desconfianza en los ojos de la gente y siempre acababa huyendo de todos lados. Hasta que llegué a los manzanos de Nick. Ese día tenía mucha hambre y las manzanas se veían apetitosas. Me senté debajo de un manzano y comí hasta no poder más. Me quedé dormida y al despertar, me encontré con un chico sonriente. No estaba enfadado conmigo por haberme comido sus manzanas, al contrario, me ofreció un café y charlamos. Me sentí bien a su lado. Decidió ofrecerme trabajo y un hogar. Yo acepté y, después de tantos años, aquí sigo. Este es mi hogar, en este pueblo encontré a mi familia. Soy feliz y me siento plena.

Sigo sin palabras, absorta en mis pensamientos y sus relatos. No soy la única que ha tenido problemas y si ellas salieron, yo también puedo, ¿no? Mi cabeza va a mil por hora. No sé por qué me cuentan esto ahora. No sé qué hacer. Me tiemblan las manos, las piernas y hasta las pestañas.

—Como ves, todos tenemos un pasado, pero aquí somos una gran familia y te ayudaremos a salir adelante.

El silencio se adueña de la casa, pero es un silencio cómodo y reconfortante. Han compartido conmigo su pasado y me quieren ayudar. Debo ser fuerte y agradecerles su compañía.

—No sé qué decir, chicas. Estoy abrumada ante todo lo que me habéis contado, y que hayáis confiado en mí, me hace sentir parte de vosotras.

—Ya veo que hoy estás muy callada. No te preocupes, si no te apetece hablar no hables. Ya lo harás cuando estés preparada.

—Gracias.

Pasamos el día juntas en casa, en silencio, pero con música de fondo. Decidimos que podíamos ir adelantando trabajo y así lo hacemos. Necesitamos cambiar de tema y qué mejor que cosiendo. Me comentan que los chicos se quedaron un poco preocupados, especialmente Nick. Sin embargo, ellas les han pedido un poco de espacio. Yo se lo agradezco, ahora mismo no podría enfrentarme a su escrutinio.

El día pasa rápido y mis ayudantes no me han dejado un minuto sola. Comemos juntas comida basura, helados, no hablamos de lo que ha pasado, pero sí reímos y nuestras miradas cómplices nos hacen ver que compartimos mucho más de lo que creíamos. No sé cómo agradecerles lo que han hecho por mí. Necesito pensar mucho en la dirección que debo tomar. Lo que tengo claro es que no quiero volver con él.

Paso la noche en vela averiguando cuál será mi siguiente objetivo. Mi misión la tengo clara: rehacer mi vida. Ahora bien, ¿dónde? ¿Aquí, en este pueblo? ¿O vuelvo a mi tierra?

Tal vez deba ir con mis amigas de toda la vida… No sé. Las horas pasan con los ojos abiertos como un búho, pero al fin llego a una conclusión. Ya sé lo que quiero de verdad.

Estoy sentada como cada mañana en mi puerta, con la diferencia que hoy tengo un café doble en las manos. Sila se asoma por la ventana y al verme decide salir a saludarme.

—Buenos días vecina. ¿Cómo estás hoy? ¿Necesitas otro día de terapia de chicas?

—Buenos días. La verdad es que mejor que ayer. Lo de la terapia de chicas lo dejamos para otro día. Uno en el que las tres estemos bien y celebremos nuestra independencia con chupitos de tequila.

—Umm, eso suena bien. A esa terapia me apunto sin dudarlo y creo que Nekane no se lo perdería por nada del mundo. No hace falta que te diga que estaré aquí para todo lo que necesites, ¿verdad? —Es reconfortante saber que no estoy sola.

—Gracias, Sila. Te tomaré la palabra, pues creo que pronto voy a necesitar una mano amiga.

—No lo dudes. Aquí estaré y puedo hablar por Nekane, que sé que ella también estará dispuesta para todo lo que necesites.

—No lo dudo. Ayer me hicisteis recapacitar y, después de pensar

mucho esta noche, he tomado una decisión.

—Espero que sea la acertada.

—Yo también lo espero…



19. La decisión de Carlota

La mañana transcurre con normalidad, sigo sentada en mi puerta como si las horas no pasaran para mí. No quiero levantarme, pero tengo que hacerlo, he de enfrentarme a la dura realidad.

«Vamos, Carlota, cojamos el toro por los cuernos. Ha llegado el día en el que por fin seremos libres». Tal y como lo pienso entro en casa. Sin mucha prisa, puesto que me da pánico enfrentarme a lo que va a venir, subo a la habitación y elijo algo de ropa acorde a mi estado de ánimo. Con unos vaqueros y una simple camiseta me adentro en el baño para terminar de arreglarme. Me cepillo los dientes mientras me miro al espejo, no me gusta el rostro que me devuelve mi reflejo. Mis deportivas están en la entrada de casa así que bajo a por ellas. Ya estoy lista. O no.

Me encamino por las calles del pueblo. Sé dónde se hospeda. Tampoco es que haya muchos sitios donde alojarse. No tiene pérdida. Llego a la plaza central, lo veo sentado en un banco mirando su móvil. Un escalofrío recorre todo mi cuerpo, debo enfrentarlo, pero estoy aterrada.

Me quedo parada observando y no me atrevo a moverme. De pronto, suena una canción en mi cabeza, mi voz interior está haciendo de las suyas. Reconozco la canción, es de Gloria Trevi, *Grande* se ajusta como anillo al dedo a mi situación en estos instantes. Siempre me gustó esa mujer. Una persona fuerte sin miedo a nada.

«*Vamos, Carlota, canta conmigo;*
Me hiciste daño
Debiste hacerlo con alguien de tu tamaño.
Abusaste porque me faltaban años.
Y pensé: "Algún día creceré"
Me diste un golpe, luego dos y luego me llevaste al borde.
Te burlaste porque te creías enorme.
Y pensé: "Algún día creceré"».

Conforme voy escuchando la canción en mi cabeza, mis pies empiezan a moverse, ella me infunde su fortaleza. *Algún día creceré.* Hoy es ese día.

«*…De mis cenizas y de mis trozos rotos.*
Debes creer en lo que ven tus ojos.
Puse un pie, me paré, me elevé.
Y ahora que soy grande,
Rica, dura, fuerte y poderosa.
Reina que ya porta su corona.
Mírame, todavía creceré…».

Me paro frente a él, todavía no se ha dado cuenta de mi presencia y doy una palmada al aire. Por fin me mira, aunque se cree victorioso, piensa que he venido para marcharme con él. Qué equivocado está...

«*…Y ahora que soy grande*
Suprema, diva, regia y glamurosa.
Hoy, sabes que soy una diosa
Y quisieras estar en mi cielo,
Yo ya te olvidé».

La letra que retumba en mi cabeza me da las fuerzas suficientes para enfrentarlo. Ya no tengo miedo. Voy a encararlo y nada ni nadie me va a parar. Ha llegado mi hora.

—¡Márchate! No quiero volver a verte nunca —bramo con decisión. Sin miedo.

—No estás hablando en serio. No eres nadie sin mí —gruñe alterado.

—No he hablado más en serio que ahora en mi vida. Repito, no

quiero volver a verte. Ni me iré contigo ni soy de tu propiedad y, por supuesto, jamás seré nada tuyo. Esta misma semana pediré los papeles del divorcio y espero que, por tu bien los firmes, tienes mucho más que perder que yo y lo sabes. No te voy a denunciar, pero como te acerques otra vez a mí o a alguien de mi entorno, no dudaré ni un segundo en hacerlo. Es más, por si tienes dudas, en el bar había cámaras que han grabado todo lo que hiciste. Tengo pruebas de lo que eres y lo que siempre serás. Si no quieres que las use, ¡márchate y no vuelvas! Olvida que existo, mi nombre, mi cara y todo lo que fuimos una vez. Yo ya lo he hecho.

Aún no sé cómo he sido capaz de decirlo, ya que lo de las cámaras es una pequeña mentirijilla que, gracias al cielo, ha surtido efecto.

—Como quieras —alza los brazos en son de paz, aunque su mirada está cargada de odio—. Sé que volverás a mí tarde o temprano, porque no eres nadie. No vales nada, Carlota. No sé cómo pude casarme contigo, con una desagradecida como tú—. Lo veo irse enfadado y algo crece en mi interior. Es la esperanza de haberlo derrotado.

Me giro sobre mis pasos y conforme voy alejándome de él, mi sonrisa se va ensanchando. No dejo de escuchar esa canción que me ha dado fuerzas. *Hoy crecí*. A partir de ahora esta será mi canción de guerra.

«…De madrugada, dejé mis gozos, corrí solo con mi alma,
Y paso a paso, algo de mí se desgarraba.
Y pensé: "Algún día creceré"
De mis cenizas, de mis trozos rotos.
Debes creer en lo que ven tus ojos
Puse un pie, me paré, me elevé
Y ahora que soy grande,
Rica, dura, fuerte y poderosa
Reina que ya porta su corona
Mírame, todavía creceré
Y ahora que soy grande, diva, regia y glamurosa.
Hoy que sabes que soy una diosa
Y quisieras estar en mi cielo
Yo ya te olvidé…».

Camino por las calles con la sonrisa perenne. Hoy empiezo mi nueva vida, lejos de la soledad, que creía, era una salida.

«…Como león yo rugí, común ternero te vi
Temblando de miedo por mí
Porque si tu sigues aquí
Corre por tu vida

Que no se me olvida todo lo que hiciste
Yo estoy en la cima y aquí,
Desde arriba, no grites que no puedo oírte
Yo ya te olvidé».

Me detengo frente a la casa de mi vecina para celebrar con ella mi hazaña. Sila sorprendida abre la puerta y ve mi cara triunfal.

—Soy *Grande.* —Es lo primero que se me ocurre decirle. Ella me mira con cara de no entender nada, yo suelto una carcajada que la deja más confundida aún.

—Pero ¿Qué bicho te ha picado?

—El bicho de la libertad. ¿Lo conoces o te lo presento?

—¿De qué hablas? No sé si te entiendo—. Me mira por el rabillo del ojo intrigada—. Anda pasa y me lo cuentas todo. Te pongo un café.

—Un café no, un par de cervezas. Hay que celebrar el día de mi independencia. Hoy es el día en que «crecí». —Sila sigue a cuadros y yo, cada vez me elevo más sobre el suelo. Me siento libre por fin.

Entre cervezas y risas le cuento todo lo acontecido esa mañana. A la hora de almorzar decidimos que tenemos que seguir celebrando, así que llamamos a Nekane para que se nos una y pedimos unos menús en el bar del pueblo. Ella se encargará de recogerlo de camino a casa.

Cuando le explicamos la noticia del día, se queda atónita al escuchar lo que le voy narrando. Les cuento lo de mi canción y estamos de acuerdo en que, a partir de ahora, será nuestro grito de guerra.

Creo que estamos un poco borrachas, porque no paramos de reír y cantar a grito pelado que somos *Grandes*.

Las horas pasan sin darnos cuenta. Por primera vez en mucho tiempo, soy inmensamente feliz. No sé si es por las cervezas o por la nostalgia, pero decido hacer una videollamada a mis chicas, quiero que conozcan a mis nuevas amigas. Pienso que Nekane y Cloe pueden hacer buenas migas….

A los pocos segundos, mis amigas van apareciendo en la pantalla. Todas observan a las dos chicas que me acompañan. Candela ya las conoce, pero las demás no.

—¡Hola!

—Hola, Carlota. ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?

—Marta hoy por fin puedo decir que soy *Grande*.

—¿Estás borracha? —La voz de África suena por el altavoz de mi móvil demasiado fuerte para mis oídos.

—Ah, ¡no chilles! Y no estoy borracha, solo un poco achispada. Os voy a presentar a mis dos nuevas mejores amigas, Sila y Nekane.

Un silencio se cierne a nuestro alrededor hasta que sin venir a

cuento suelto una carcajada que es seguida por las risas incontroladas de Sila y Nekane. Sí, definitivamente estamos borrachas.

—Vale, confirmado. Están borrachas. ¿Nos puedes decir el motivo de la celebración? Lo digo para unirme yo también. —Candela está empezando a perder la paciencia.

—Ya te lo he dicho, por fin soy *Grande*.

—Carlota, que tú muy alta no es que seas. Si te explicas, te entenderemos mejor.

—Lo hice. Lo dejé. Ahora soy libre como un pájaro e iré dónde el viento me lleve.

Les relato a mis amigas lo que ha sucedido con él. Me miran boquiabiertas. Mudas. Solo asienten mientras hablo. Cuando termino mi resumen la primera en abrir la boca es Candela.

—¡¡Con dos cojones!! Ya era hora de que espabilaras. Pues sí que hay que celebrarlo. Ahora mismo cojo una cerveza para acompañaros. Por cierto, me alegro de veros, guapas.

Las chicas apoyadas en mis hombros saludan, están igual de achispadas que yo, o eso creo, porque las miro y no sé si es que ellas se mueven o que yo estoy tan mareada que todo me da vueltas.

—Joder, nena. Me alegro por ti. Es un paso muy grande el que has dado. Sobre todo, por lo que has pasado todos estos años. —Cloe me felicita por mi decisión, pero observo que de reojo mira a Nekane. Ya sabía yo que a mi amiga le iba a gustar la vasca.

—Pues nada, habrá que celebrar, ¿no? Ahora, eso sí, brindo con una infusión que sabéis que a mí el alcohol…

—Ya estamos, ¡serás sosa!

—Candela, no empieces. No quiero malos rollos. Quiero a mis amigas juntas celebrando que por fin rompí las cadenas que me ataban a él.

Terminamos agotadas entre tantas risas y alcohol, la cabeza nos da vueltas como esa noria indispensable en todas las ferias. No soy capaz de enfocar el sofá para sentarme, por lo que acabo tumbada en el suelo junto a mis amigas.

Mis chicas de siempre hace rato que se desconectaron, cada una tiene su vida, pese a que siempre encuentran unos minutos para mí. Las adoro por ello, por estar ahí en los malos momentos, pero también en los buenos. Miro a Sila y Nekane y pienso en la suerte que he tenido de encontrarlas. Mi familia aumenta, no la de sangre, pero sí la de corazón.

Me duele todo el cuerpo. Intento abrir los ojos y una luz cegadora me deslumbra. ¿Es el sol? Al levantarme, una pierna me lo impide. Palpo con la mano al mismo tiempo que parpadeo para enfocar bien a la persona que tengo al lado. Cuando lo consigo veo que es Nekane, que duerme a mi lado abrazándome. Giro la vista al otro lado y Sila

me atrapa con su pierna. Estamos en el suelo del salón, lo noto en mis costillas y en que el culo se me ha quedado como una piedra.

¿Nos quedamos dormidas en el salón? Así estaríamos….

—Necesito ir al baño urgentemente. Dejadme levantarme.

—Umm. Un ratito más mama.

Nekane se hace la remolona y... ¿me ha llamado mamá? Estamos peor de lo que pensaba. Sila ni se inmuta. Con mucho esfuerzo consigo zafarme de las chicas y me voy directa al baño. Las cervezas no tienen espera, mi vejiga está a punto de reventar.

Ahora, sentada en la taza del váter, recapitulo todo lo que pasó ayer. Todavía no lo puedo creer, fui capaz de plantarle cara. Ese peso que llevaba arrastrando durante años se desprendió de mi cuerpo como si saliera volando. Puede parecer una tontería, pero me siento más ligera.

«Eso es por todo lo que has meado», ironiza mi voz interior. Ya me he acostumbrado a esa insolente que hay en mi cabeza, es parte de mí. Y, si soy sincera, me gusta.

Preparo café y observo a las chicas espachurradas en el suelo, aún duermen. No entiendo cómo pueden hacerlo, yo tengo la espalda destrozada y ellas en cambio, están la mar de felices. Si pudierais verlas...

—Ese olor... dime que no he perdido el olfato en la pea de ayer, que ese aroma exquisito es de café. —Sila es la primera en asomar la cabeza por la cocina, seguida de Nekane.

—Quería agradeceros lo que me estáis ayudando y qué mejor forma que con una buena taza de café.

—Buen empezar, pero ¿y los bollos?

—Tomad, aquí los tengo. No se me olvida que una resaca se combate con mucha azúcar.

Después del desayuno me despido de ellas. Es hora de empezar a recorrer mi camino.



20. Cuando la nieve cubra el prado

Como cada mañana me siento con mi café en la puerta de casa, pero esta vez es diferente. Yo soy diferente. Mi sonrisa perenne me delata.

La maquinaria de mi cabeza se ha puesto en marcha para comenzar a vender por las redes sociales: Lo primero es crear mi nombre y mi logo. No soy muy diestra en estas cosas, pero creo que podré hacerlo. El nombre de *La Costurera Novata* me resulta atractivo. El logo lo diseño con las letras en cursiva junto a una máquina de coser antigua y pongo una combinación de colores algo alocada. Nada de grises, ya bastante tristeza ha habido en mi vida. Los rosas, naranjas y azules predominan.

Será mi seña de identidad: un gran colorido en las telas de mis accesorios. Porque no solo van a ser mochilas, voy a hacer todo tipo de bolsos y fundas.

Lo siguiente ha sido crear una página de Facebook e Instagram para poder mostrar mis productos, Candela ha ido explicándome todos los pasos. Creo que, por ahora, para darme a conocer será suficiente.

Esto ya va tomando forma. Estoy tan entusiasmada que no me doy cuenta de la hora que es, así que preparo algo ligero para almorzar y sigo con la tarea.

El primer post que pongo en las redes es la imagen de mi logo y un breve resumen de lo que voy a vender. Ahora toca hacer fotos del producto, este pueblo tiene lugares maravillosos para hacer unas magníficas instantáneas y qué mejor modelo que Sila. Se lo propondré a ver qué le parece.

Cruzo la calle y llamo al timbre. Me recibe con una sonrisa en sus labios.

—Hola, Carlota, pasa. Estoy preparando café, ¿quieres?

—Hola. Sí, me muero por un café bien cargado. Llevo todo el día delante del ordenador y mi cerebro necesita un descanso.

—¿Qué estás tramando?

—Pues si te digo, que ya tengo el logo y las redes sociales de la empresa…

—¿De verdad? Y ¿cómo te vas a llamar al final? —pregunta expectante.

—*La costurera novata*. ¿Qué te parece? —Ahora la intrigada soy yo.

—Pegadizo. —Se frota la barbilla—. Mucho. Me gusta.

—Una costurera siempre está aprendiendo cosas nuevas, patrones, puntadas. Soy nueva en esto y siempre aprenderé algo por el camino, de ahí el nombre.

—Me parece una idea estupenda.

Mientras tomamos café le cuento mi próxima misión, hacer fotos a las diferentes mochilas y bolsos en entornos del pueblo, usándola como modelo.

—Vale, me utilizas como modelo con una condición.

—¿Cuál?

—Que tú también salgas en ellas. Que menos que la chica que está detrás de este proyecto, también de la cara. ¿No te parece? —Una sonrisa maliciosa aparece en su boca dejando la mía abierta de par en par. Discrepo.

—Uf, soy bastante tímida. No sé si seré capaz de salir en las fotos. Además, no soy muy fotogénica. —rebato la idea.

—No digas tonterías, eres guapísima. Ahora lo que está de moda es la naturalidad. Personas sencillas, sin maquillajes ni filtros. Alguien cercano y real. Y esa, querida amiga, eres tú.

nada. —Respiro profundo. Tal vez tenga razón.

—Me vale. Vamos que tenemos que hacer muchas fotos antes de que la luz natural se vaya.

Salimos dispuestas a ser las nuevas ganadoras del Pulitzer a la mejor foto del año con unas simples mochilas, claro que, con un móvil de gama media, poco podíamos hacer. Pero al menos lo intentaríamos.

En la plaza del pueblo, junto a la fuente, disponemos varias mochilas y algunas niñas que juegan por allí deciden unirse al reportaje. Las instantáneas quedan geniales. Muy desenfadadas. Muy naturales, como Sila pretendía.

Nos marchamos al puente que daba al sendero del pueblo, por allí pasa el río. Un lugar idílico. Sila se coloca uno de los bolsos con tonos verdes, acorde con el paisaje y se apoya en la barandilla del puente dándome la espalda para que se vea bien. Otra foto que sale perfecta.

Llevamos horas con nuestro proyecto: reporteras mochileras. Se está haciendo de noche, por lo que dejamos el nuevo catálogo de moda de Internet para el día siguiente con muchas esperanzas puestas en nuestro futuro inminente.

—Carlota, se me está ocurriendo…

—Esa mirada... ¿debo preocuparme? —Miedo me da.

—No mujer. ¿Qué te parece si hacemos un par de fotos en los manzanos de Nick y en su llagar?

—¿Llagar?

—Sí, claro. Llagar o lagar, como prefieras llamarlo. Es donde Nick elabora la sidra, un lugar fantástico para hacer unas fotos a unas mochilas. Sinceramente, en mi cabeza tengo las adecuadas que combinarán perfectamente con ese escenario tan singular.

—Y, a Nick, ¿no le importará?

—Por eso no te preocupes, yo me encargo. Aunque siendo para ti, no creo que se oponga. —Una sonrisilla maliciosa asoma por su rostro.

Llegamos a casa y nos despedimos con la promesa de vernos a la mañana siguiente para continuar con el catálogo en el llagar de Nick. No estoy muy convencida, no me gusta mucho eso de pedir favores, pero sé que él no tendrá ningún inconveniente en dejarnos hacer fotos.

La mañana llega y una sonriente Sila ya me espera en la puerta.

—Buenos días. Déjame entrar que voy a elegir las mochilas y bolsos que usaremos para el reportaje. Recuerdo una en tonos marrones que quedará estupenda junto a las tinas de sidra. Y para los manzanos, a ver…

Sila va mirándolos uno a uno con detenimiento. Eso de combinar los colores con el entorno es una idea genial, que a mí no se me habría ocurrido nunca. Menos mal que me está ayudando...

—Tengo dos. Mira, Carlota, están en tonos naranjas y verdes. Me gustan con el fondo de los manzanos. ¿Qué te parece?

—Me encantan, nos los llevamos.

—Por cierto, Nekane se une a nosotras. Espero que se deje fotografiar, aunque ella es menos dada a retratarse. —Mi niña interior estaba dando saltitos de alegría. La implicación de mis amigas en mi

proyecto me llenaba el alma.

—Vamos que al final se nos hace tarde.

La mañana pasa rauda entre flases. Nick no se ha opuesto a nada. De hecho, nos ha dejado a nuestro aire. Las tres hemos disfrutado como niñas, unas haciendo poses distintas entre manzanos y sidra y otra, haciendo de fotógrafa profesional.

Al entrar en el llagar me quedo unos minutos en silencio impresionada por todo lo que ven mis ojos. Es todo de madera. Las tinas, dispuestas en línea, se yerguen silenciosas como gigantes inertes. En el fondo de la estancia se encuentra lo que parece ser una prensa bastante antigua. Me quedo mirando la estructura que, aunque desvencijada por los años, parece que funciona a la perfección.

—Era de mi abuelo.

La voz de Nick me saca de mis pensamientos. Lo miro maravillada, pues en aquel lugar parece que no ha pasado el tiempo.

—¿Aún funciona? —Observo con atención la prensa mientras él me mira embelesado.

—Sí, Claro. Es la que uso para prensar la manzana.

Más que una prensa me parece un elemento de tortura de esos que usaban en la Edad Media, pero evidentemente no se lo he dicho. No quiero parecer una inculta.

—Me gusta el sitio. No sé cómo explicarlo, pero aquí me siento bien.

—Podrás venir cuando quieras y probar la sidra. Incluso si algún día te animas podré enseñarte con más calma el proceso que hay que seguir para elaborarla.

—Me encantaría. Te tomo la palabra.

Cada vez me siento más cómoda, más segura de mí misma. Ya no soy la Carlota que había llegado al pueblo con muchas inseguridades y miedos. Aquí me he hecho fuerte. *Grande*.

Seguimos con la sesión de fotos con la mirada escrutadora de Nick. Nekane dirige la orquesta, ella no se atreve a salir en la instantánea. Yo, en cambio, me siento más confiada y hago de modelo espontánea con una sonrisa radiante. Con un vaso de sella lleno de sidra en la mano y, junto a una tina, poso con una de mis mochilas.

—Nick, ¿Por qué no te pones junto a Carlota escanciando la sidra mientras ella observa cómo cae el líquido? Sería una foto estupenda.

—Sila, no creo que él quiera…

No me da tiempo de terminar la frase y ya lo tengo pegado a mí.

«¡Dios como huele el jodío! Me lo comería ahora mismo». Yo también...

—Claro que quiero. Siempre que sea por una buena causa. —Está demasiado cerca de mí. Este hombre me pone como una moto, es tan varonil y a la vez delicado.

Sila continua con su trabajo de fotógrafa improvisada, mientras Nekane se ríe y yo… yo estoy embelesada en esa forma tan profesional que tiene de escanciar el líquido. No me doy cuenta del objetivo de estas capullas: dejarnos solos.

El sí, y no le disgusta. Al contrario, parece divertirle la situación.

—Creo que las fotógrafas se han ido.

—Vaya, parece que la sesión de fotos se ha terminado. —Mi cara se vuelve roja como el tomate maduro deseando ser recogido de la mata. ¿Me estoy poniendo filosófica? Estar tan cerca de Nick no me deja pensar con claridad.

—Ven. Relájate. Prometo no comerte si tú prometes sentarte a mi lado y beberte la sidra conmigo —comenta guiñándome un ojo, guasón.

Tras ello me escruta con la mirada. Imagino que espera que dé un paso más. Quizás que me sincere con él. La verdad es que es un buen momento y lugar.

Nos sentamos junto a un barril que hace de mesa improvisada con unas sillas de madera que, bueno, ya han dado sus mejores años de vida.

—Creo que te debo una explicación. Lo del otro día… —No me deja terminar la frase.

—En realidad, no me debes nada. Tu vida pasada, como bien dice la palabra, es pasada. Ahora estás aquí. Eres tú la que decides que quieres hacer, si quedarte o marcharte. Pero si eliges quedarte, me gustaría tener algo contigo.

—Lo tendré en cuenta, pero antes necesito que lo sepas. Que veas quién fui en el pasado y quién soy ahora.

Narro mi experiencia desde el principio. La pérdida de mi familia, el unirme a él como a un bote salvavidas, el estar sola aun estando a su lado. Todo. Mi llegada al pueblo, su llegada y su repentina marcha.

Me observa en silencio, intentando digerir por todo lo que he pasado. Lo mejor de su expresión es que no muestra lástima ni pena. Escucha atento mi historia, como si yo fuera un cuentacuentos y él un niño de cuatro años, solo que esto no es un cuento y él tiene treinta y tantos.

—Has pasado por mucho tú sola, pero ahora nos tienes a nosotros. Me tienes a mí. —Su mano se aferra a la mía y empieza a acariciar el dorso haciendo leves círculos. Mi pulso se acelera con ese pequeño gesto. Cierro los ojos y mantengo el control. Yo ya he tomado una decisión y debo ser totalmente sincera.

—Lo sé. Ahora he de recuperarme. El proceso no será sencillo, porque a veces siento que flaqueo. Soy fuerte y podré con ello, voy a pedir ayuda a un especialista. Será lo mejor.

—Te admiro, no todas las personas que han vivido lo mismo que

tú, son capaces de llegar a esa conclusión. Eres muy valiente por pedir ayuda. Muchas mujeres se rinden y acaban presas de su decisión. Más que una vida, es una tortura...en los mejores casos.

Sé a lo que se refiere, y no quiero ser una de ellas. Yo deseo vivir a toda costa, sentirme libre, valerme por mí misma sin alguien al lado que me diga lo que tengo que hacer o lo que hago mal. Como él solía recalcar a cada momento. No. Esa etapa de mi vida terminó.

—Quiero que el negocio de las mochilas salga adelante, y para eso debo volcarme totalmente en él.

—Lo entiendo. —Un halo de decepción asoma en su mirada.

No quiero hacerle daño, pero por una vez en la vida tengo que pensar en mí. Necesito caminar sola.

—Puede que me equivoque, porque lo cierto es que me gustas mucho. Siento cosas aquí —digo tocándome el pecho.

—Ahora viene el, pero…

—Pero acabo de salir de una relación muy tóxica. Ese hombre me lo quitó todo, era un ser sin ningún objetivo más que el hacerle feliz. Dejé de cuidarme, de verme reflejada en el espejo. Solo lo veía a él y, ahora que lo he comprendido, necesito verme a mí. Pensar en mí y en todo lo que puedo llegar a hacer. Soy joven y tengo un futuro por delante.

—Sabes que deseo entrar en ese futuro, que voy a esperar que encuentres tu camino, y cuando lo hagas mis brazos estarán abiertos para recibirte.

—No quiero que me esperes. Ni siquiera sé el tiempo que necesito para sanarme. Tal vez días, meses, años incluso. Tal vez nunca. Esa herida cicatrizará, pero seguirá ahí. Tendré miedos. No seré una buena opción para una relación.

—Deja que eso lo decida yo, ¿no te parece?

—Nick… —Me observa con los ojos tristes, sabe que esto es una despedida.

—Dime que algún día, me darás una oportunidad para conocerte.

No quiero darle falsas esperanzas, pero tampoco quiero despedirme. Sabía que esto al final no sería un adiós, sino un hasta luego. Así que le doy una respuesta absurda, la primera que se me viene a la cabeza.

—Cuando la nieve cubra el prado…

Epílogo

Hoy el prado ha amanecido nevado. Una tímida risilla me ha sorprendido y sin poder evitarlo, una más grande se ha instalado en mi rostro.

Me siento en el lugar de siempre, con mi taza de café humeante en la mano y un libro en la otra. Mi ritual de cada mañana. Estoy en casa, en mi hogar. En ese espacio donde yo soy la dueña del universo. Cuando el negocio de las mochilas (así es como lo llamo, aunque ahora tengo una gran variedad de accesorios, pero esa fue la idea original), empezó a dar sus frutos decidí comprar la casa de Candela. Por suerte ella no puso ningún impedimento, la casa de su abuela estaría en buenas manos, y lo mejor de todo, es que podría venir a visitarme siempre que quisiera.

Conecté con este lugar en cuanto pisé la entrada. Su sencillez, junto con los tonos cálidos calmaron mi corazón y mi alma. Me dieron esa paz que pedía sin saberlo.

Sin duda, no concibo otro hogar que no sea este.

Aquí forjé mi familia adoptiva. El pueblo me aceptó como una más del lugar. Sila y Nekane nunca me han dejado sola, no han dejado que me caiga. Nuestra canción, esa que sonó en mi cabeza el día que decidí cambiar, sigue siendo nuestro grito de guerra. Cuando siento que flaqueo, mi voz interior me recuerda que soy *grande* y me tararea esa música celestial para mis oídos. Esa que me hace seguir hacia delante. Sé que tendré momentos como ese toda mi vida, mi psicóloga me lo recuerda cada vez que tengo una sesión, pero he aprendido a gestionar mis emociones. Poco a poco he ido mejorando en mi día a día.

Vigilo la puerta de Sila, hoy no sale a saludarme. Me imagino donde se encuentra y una sonrisa sale de mis labios. Esos dos… No sé lo que tardarán en estar juntos, sin embargo, sus cuerpos se llaman a gritos. Están hechos el uno para el otro. Seguro que serán muy felices si se dan la oportunidad.

Sentada en el porche, noto como un escalofrío recorre todo mi cuerpo. Una figura masculina se acerca hacia mí. Es muy temprano para que haya gente por la calle, sin embargo, sabía que vendría. Mi sonrisa se mezcla con su mirada pícara, esa que me enciende la sangre sin necesidad de cerillas. Tira de mi brazo para que me levante, lo tengo tan cerca…

Me ha estado esperando y eso significa que tengo que cumplir mi promesa. Por mí, por él. Porque merecemos ser felices. Me rindo ante sus encantos y su mirada velada...

«Vamos, Carlota. No hagas sufrir más al chico. Me muero por catarlo».

Me da un suave beso en la mejilla que logra que el vello de mi brazo se erice. Me susurra al oído las palabras que esperaba escuchar con ansias.

—¿Sabes? —Sus ojos, cómplices, me sonríen—. La nieve ha cubierto el prado cuando más te echaba de menos, cuando más te necesitaba. ¿Qué me dices? ¿Nos tomamos ese café pendiente?

No puedo negarme, ya no. Sé que es él. El hombre que llenara mis silencios con sus sonrisas. El que jamás me abandonará. Me lo ha demostrado todo este tiempo. Ha respetado mis tiempos y he de reconocer que, también lo necesito. Lo necesito como jamás necesité a nadie...

Ahora que ya te has leído el libro, te vuelvo a hacer la pregunta del principio: ¿Qué preferirías estar sola o sentirte sola?

Reflexiona sobre ello. Yo ya lo tengo claro...

FIN

Agradecimientos

No sé cómo empezar, pero lo primero es agradecer a mi marido, Miguel, que me ha apoyado en este proyecto tan difícil para mí.

A mi familia, tengo que agradecerle todo el apoyo que me dieron en un momento en el que mi vida se destruyó por completo. A ellos siempre les tengo en mi corazón.

Mi padre, se merece una mención especial, él me dio alas para volar. Me enseñó a disfrutar de los libros. Papá, siempre te tendré junto a mí, te quiero.

A mi madre y hermanos que, aunque estemos un poco lejos, siempre están ahí.

No voy a ponerme a agradecer con nombres porque si no jamás acabaría, tengo la gran suerte de tener a mi lado a tantas personas...amigos, familiares, lectores, escritores que me apoyan en esta locura.

Pero sí tengo que hacer una mención especial a dos grandes escritoras y amigas que, me han acompañado en este camino. Elisabeth Gilmore gracias, no solo por ayudarme a corregir el libro con mis incesantes coletillas, si no por estar ahí, junto a mí, pronto brindaremos con un buen vino. Y a Mary Fort, gracias por una portada maravillosa, pero, sobre todo por ese apoyo incondicional. Las dos sois una constante en mi vida y espero que siga siéndolo. A ti Mary, ya brindaremos con una cerveza por las playas malagueñas.

Y, por último, agradecer a todas las lectoras y escritoras que he ido conociendo en los grupos de lectura y que están deseando leer mi historia.